



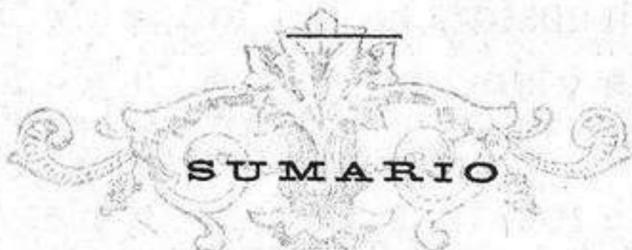
LOS ESTUDIOS

SOBRE

EL REINADO DE FELIPE IV

POR EL SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO



SUMARIO

- I. Observaciones preliminares sobre los dos volúmenes de estudios históricos que acaba de publicar el Sr. Cánovas.
- II. De las diversas formas de narración histórica, y en particular de los textos de narración de verdadera historia compuestos como obra artística.—Cómo se trata hoy la historia bajo esta última forma.
- III. Contraste del método de exposición histórica del Sr. Cánovas con estos estilos de narración.—Diferencia entre las obras históricas de su primer tiempo y las de ahora.
- IV. Importancia de los textos y reflexiones que acaba de publicar sobre el reinado de Felipe IV.—Que, no obstante los vacíos que pueda tener este trabajo, aun presentándose sólo como una exploración histórica preliminar, es ya la obra de más valía de que hoy disponemos para el estudio político de nuestra decadencia.
- V. Excepcionales condiciones del Sr. Cánovas para escribir, con el mayor arte de la gran narración histórica, todo el reinado de Felipe IV.—En sus trabajos de historiador sobresale siempre la nota política.—Su parecido con Guichardino por la forma de exposición histórica y por los procedimientos de investigación crítica.

15 de Noviembre de 1889.—TOMO LXXVI.—VOL. III.

15

I

Con el título modesto de *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, y previniendo además al lector que «no trata de encerrar en dichas páginas un trozo de historia compuesto con todo arte, sino de exponer una serie de textos y reflexiones», acaba de enriquecer el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo la selecta *Colección de escritores castellanos* con dos preciosísimos volúmenes consagrados al esclarecimiento de los más importantes negocios de aquel reinado, justamente considerado como el más crítico de nuestra historia moderna, pues en él la monarquía española pasó de un modo decisivo de la supremacía á la decadencia. Desde las primeras páginas de estos volúmenes, produce gratísima sorpresa el contraste entre la humildad de los encabezamientos y preámbulos, y la substancia del fondo, la importancia y copia de las noticias y documentos, y la elevación, serenidad é imparcialidad de los juicios, por todo lo cual están destinados á ser libros de los más indispensables de consulta y estudio para quien aspire á conocer y escudriñar las causas que trajeron á tan asombroso encumbramiento nuestra supremacía militar y política, y las que determinaron luego por manera tan fulminante la dislocación y pavorosa decadencia de la monarquía española.

No hemos de examinar estos escritos desde el punto de vista de su mérito literario; bástenos indicar sobre esto que el Sr. Cánovas se mostró siempre refractario al procedimiento de aquellos rebuscadores del buen decir que sacrifican la substancia del pensamiento á las exterioridades de dichos y giros de gramática, estilos retóricos, filigranas y alambicamientos de locución castiza. Ciertamente que el estilo vivifica ó mata cuanto toca, pero esta virtualidad se origina de la propia concepción del autor, del modo como en él se engendran las ideas, más bien que de los artificios y vestiduras en que

se envuelve. El mero culto de la forma jamás produjo grandes escritores, pero agostó en cambio ó mostró huecos á muchos ingenios, reduciendo en ellos el buen decir á melindrerías y empalagos de estilo. Dese, por el contrario, la primacía al pensamiento, y cualquiera que no presuma de escritor, pero que conciba ideas vivas, enérgicas, bien definidas y trabadas, y esté poseído de lo que ha de tratar, por mediana que sea su cultura literaria, sentirá fluir de su pluma términos gráficos, locuciones adecuadas y elocuentes, giros é imágenes que graben en la palabra como en acero lo que quiere expresar. Nunca se dió verdadero y grande escritor, aun entre aquellos poetas de prosa ó verso más deslumbradores por el esplendor de la forma, si en sus páginas no se siente rebosar el pensamiento; pues del propio modo que se forma, según dicen, el diamante en la naturaleza mediante presiones enormes, las obras más preciadas del ingenio humano necesitan como condición primera para producirse una presión enorme de ideas.

Tal es, á nuestro parecer, como escritor y orador, la característica del estilo del Sr. Cánovas. Su expresión brota espontánea y enérgica, generalmente sin aliño de ninguna especie, pero atroquelada en pensamientos de temple excepcional, debido á una concentración y vigor intelectual que vierte siempre más ideas que palabras. Su pluma más parece cincel ó buril que paleta, y aun rara vez llega á pulimentar por completo las grandes piezas de mármol, prefiriendo dejarlas á media labra, después de haberlas trabajado hasta descubrir las líneas generales del conjunto magnífico que sobre ellas concibe y de haber perfilado con esmero alguna de sus partes principales. Así la frase, por su propia dureza y falta de pulimento, alcanza en él extraordinario nervio y relieve; refleja una belleza abstracta y de pura razón, más bien que esas bellezas del todo externas hechas para el mero agrado de los sentidos; es, en suma, la forma más adecuada para interpretar los conceptos de un entendimiento tan privilegiado que, además de copiosísimo caudal de juicios propios y originales, producto de lentas elaboraciones y largas experiencias de la vida, dispone á la par de tal fuerza de asi-

milación, que lo que acaba de percibir no lo transmite ya á modo del espejo reflector de las imágenes de cuanto le rodea, sino comunicándole instantáneamente nuevo ser y el temple acerado de las ideas que lleva más de antiguo arraigadas, de suerte que el dato reciente y los juicios definitivos que de este dato novísimo se desprenden, parecen como infundidos en él por privilegio nativo.

Esta condición de la naturaleza intelectual del Sr. Cánovas trasciende principalmente á su modo de tratar la historia, cuyo campo cultivó siempre con actividad y predilección no superada ni aun por las que él mismo consagró á la política. Con efecto, en todas las épocas de su vida los trabajos de más alto vuelo y alcance que salieron de su pluma fueron obras y estudios de historiador; y en el método de investigación crítica, así como en las formas de exposición que adoptó para escribirla, es donde mejor se descubre su ingenialidad propia y la acción producida en su espíritu por las sucesivas experiencias de la vida.

II

Es la narración histórica como un inmenso telar en que trabajan sin descanso los hombres y los siglos. Sobre ningún orden de conocimientos se ha escrito tanto como sobre éste, pues parece que no hay otra labor en que con más anhelo desea cada cual dejar impresa su huella propia, aun á riesgo de profanar ó deshacer la obra de sus predecesores. Así para el tejido de esta trama aportan todos individualmente ó en común las mejores galas de que disponen. Los unos se limitan al modesto oficio de analista que va apuntando al día los sucesos que presencia ó que oye referir; los otros, como eruditos, interrogan los documentos, comprueban y pesan los testimonios y acopian los materiales de la historia encasillándolos en cronología. Éste, cuidando sólo del hilo de la narración, redacta los áridos extractos del escri-

ba monacal de los siglos medios, ó bien refiere con candorosa ingenuidad las hazañas de la vida real en que le tocó tomar parte; aquél confía los recuerdos de las grandes empresas al cuerpo de las leyendas y perpetúa la memoria de los héroes en cantares de gesta, en himnos de los sagas ó en romances, ó bien lleva la historia al teatro, al poema épico ó á la novela y esculpe en ella sus ideales artísticos. Abundan, por último, los que sin cuidar de nada de esto, sin acudir á las fuentes ni presumir tampoco de combinar dramas, ni crear personajes épicos, ni buscar fábulas para novela, tomando prestado, de autoridades más ó menos respetables, el hilo de los hechos tal como lo encuentran en el relato expresa ó tácitamente aceptado por la generalidad de las gentes como voz legítima de la historia, acometen, sin embargo, la aventurada empresa de refundir por propia propia cuenta el texto de la narración de un reinado, cuando no el de la historia general de una nación ó la universal del género humano, y llevan á cabo su peligroso cometido fiados no más que en sus facilidades narratorias, en la exuberancia é intuición del propio ingenio ó en el vuelo de una fantasía generalizadora. La mayor parte escriben historia de esta suerte para dar muestras de sí, más bien que para dar á conocer los hechos pasados; pero también inducen á ello otros móviles más generosos. Los hay que así escriben la historia creyendo prestar grandes servicios, pues se imaginan haber descubierto alguna quinta esencia que explica el misterio de las leyes por que se rige el desenvolvimiento del espíritu humano; ó bien presumen que con la conformación práctica y experimental de lo sucedido en todos los tiempos dejarán demostrada en la plenitud de la mayor evidencia alguna teoría ó serie de apotegmas políticos ó filosóficos. Hay otros que toman la pluma dominados por alguna pasión de secta ó bandería y queriendo ensañarse contra sus adversarios hasta en el supremo asilo de la historia, arrancan allí losas de los sepulcros para levantar barricadas. Los hay, en fin, que, poseídos de justa indignación ante las infamias y bajezas que presencian en la plaza pública, se sienten arrebatados por los clamores de la justicia en su conciencia, y

se alzan como acusadores del inicuo y vengadores del oprimido ante el supremo tribunal de la posteridad.

Sea con unos ú otros móviles, esta última manera de escribir la historia, que parece de primera intención la más fácil y llana de todas, por lo mismo que liberta al escritor de las férreas ligaduras de la ciencia y de los abrumadores trabajos de crítica y compulsión de documentos, es, no obstante, la que ofrece mayores escollos y requiere más altas dotes de entendimiento para ganar palmas con ella. Quien atina á apoderarse de los secretos con que por medio de ella se producen las grandes bellezas, conquista puesto preeminente sobre todos; su narración, acogida por la posteridad como modelo vivo de perfección, es el texto único sobre el cual quiere seguir en adelante el hilo de los sucesos, y los libros de críticos y eruditos quedan relegados á muy secundario lugar, como obras indigestas sobrecargadas de citas y testimonios. Pero rara vez en el transcurso de las generaciones humanas surge un historiador de esta talla. La antigüedad sólo produjo á Tucídides, el maravilloso historiador de la verdad desnuda, á Tito Livio, de majestad oratoria apropiada á la grandeza romana, y á Tácito, que grabó en la historia como epitafios y estigmas eternos sus sentencias imperiales. En parangón con éstos, sólo puede presentar el Renacimiento á Maquiavelo y Mariana, inexorables analizadores de la razón de Estado, aunque partiendo de principios morales radicalmente opuestos; y en cuanto á los tiempos modernos, á pesar del extraordinario florecimiento de los estudios históricos, únicamente pueden incluir en esta lista el nombre de Macaulay, genio nacido en los confines que separan á la historia puramente crítica de los alegatos de la pasión de partido y apologías de bandería, naturaleza de lozanía oratoria como la de Tito Livio, y con temple de entendimiento siempre más literario, descriptivo y artístico que científico y justiciero.

En pos de éstos viene una segunda fila bastante más nutrida, aunque compuesta también de historiadores de extraordinario mérito; tanto que entre ellos figuran oradores como Bossuet, políticos como Guichardino, de temperamento todavía más positivo y sagaz que el de Maquiavelo, y es-

tilistas como Salustio, igual á Tácito por el nervio del lacónismo, pero con menos amaneramiento en las sentencias, igual asimismo á Tito Livio por la magnificencia retórica, pero superior á él por la sobriedad. Mas, aun sumando los personajes de estas dos categorías, la falange por ellos formada en el transcurso de los siglos resulta de todas maneras muy exigua; pero es tan innumerable, en cambio, la turba multa de sus imitadores, que nunca dan abasto los infolios de bibliografía para enumerar los nombres de los dignos de especial señalamiento.

Ninguno de ellos, ni el más eximio, se sustrae á la influencia de su tiempo. Sin perder la genialidad propia, cada uno de los escritores que se dedican á cultivar de esta manera la historia, vacía instintivamente sus obras en el molde estético de su época, realizando con esta forma aquel grado de belleza que se compadece con su personal valer. El más modesto de los narradores ó cronistas de la Grecia antigua presenta siempre algún destello de la pureza y sencillez de líneas que resplandece en la escultural belleza del Ática. Tampoco le falta al romano de los tiempos del clacisismo algún retal de la más hermosa púrpura imperial ó republicana. El escritor del Renacimiento, aplicado á la reproducción servil de los modelos clásicos, nunca lleva esta idolatría hasta borrar en él del todo la espontánea emanación del genio propio y la superioridad del principio cristiano. No hay en los siglos XVII y XVIII narrador que no cuide ante todo de lo que llaman la seriedad ó gravedad de la historia. Rechaza por ello pormenores familiares y anécdotas íntimas; no admite ningún personaje sino en traje de aparatosa gala; abre en la historia especiales encasillados para cada rama de la actividad humana, porque el espíritu simétrico que lo domina le hace refractario á todo relato que reproduzca los sucesos tal como se presentan en la vida, enlazados y compenetrados en la unidad de un mismo movimiento. Más tarde, á medida que se avecina nuestro siglo, no se concibe la narración de historia sin alguna manera de filosofía, con mucho gasto de consideraciones, paradojas y antítesis sobre el salvaje y el civilizado, sobre la libertad y la tiranía, la

asociación natural y la constitución histórica de las naciones. Acabamos, por último, menospreciando también la gravedad de las antiguas etiquetas y rúbricas de estilo con que nuestros padres referían los grandes negocios de paz y guerra; hicimos hábito de contarlo todo, gustamos de la erudición chismosa, y el narrar sucesos se convierte al mismo tiempo en materia y medio predilecto de los autores, para exponernos cada cual sus particulares metafísicas sociales y políticas, por manera más ó menos indirecta ó discreta.

De este modo, los que con esdño de las tareas del compilador de datos y de las disquisiciones del que analiza pesa y discute pruebas, ahora más fácilmente que en otro tiempo abandonan los estudios para meterse á historiadores, extraen á hurtadillas ó á la desvergonzada del fondo común de los impresos la trama de su narración; y sin molestarse en inquirir si real y verdaderamente fueron las cosas según las cuentan, se apropian sin dificultad, *mutatis mutandis*, el cuerpo de historia que otros formaron, pues ellos sólo cuidan de dar la explicación filosófica de los sucesos. Así en este siglo, que entre todos descuella por sus admirables trabajos de investigación histórica, junto á los magistrales trabajos de los Niebuhr, de los Savigny, de los Ranke, Mommsen, Curtius, Grote, Opper, Rawlinson y otros, hallan más numerosa clientela de lectores, y cobran el barato de la publicidad con fama de sabios y eminentes escudriñadores de lo antiguo, no pocos sicofantes, aficionados los unos á empedrar sus períodos oratorios con fechas memorables ó nombres propios de varones ilustres, desvividos los otros por adornar la historia con las galas de inventiva y rica fantasía apropiadas al desenvolvimiento dramático de las fábulas, de la novela y del teatro, ó de las pinturas de idilio. Esta raza de tratadistas y pintores de historia apareció ciertamente en la tierra mucho antes que las generaciones contemporáneas; pero nunca se mostró tan fecunda como en nuestro siglo; nunca hubo tantos enanos puestos en puntillas para medirse con Bossuet; nunca le salieron tantos competidores á Vico;

nunca formaron, en fin, hormiguero tan nutrido y activo los autores de sistemas y perspectivas de conjunto que, con aparato de seriedad y austeridad científica, consumieran sus vigili- as organizando y disciplinando los accidentes de la historia, á fin de que todas las figuras, sucesos y períodos quepan armónicamente dentro del molde por ellos inventado, como médula y quinta esencia de todo lo que aconteció al hombre desde la creación hasta nuestros días. Sin duda los cinco ó seis mil años en que ahora puede extenderse nuestra perspectiva sobre los annales del mundo producen extraños espejismos, y alucina á más gentes el vértigo de las alturas; y como los adelantos de las demás ciencias han aportado también á la historia política nuevos medios de estudiar en su más íntima compenetración los diversos factores de la vida humana, se producen á porfía filosofías de la historia desde los campos más distintos de la especulación científica. Los unos, al llegar á la revolución francesa, creen hallarse en la cumbre de un nuevo Sinaí, donde la humanidad recoge al fin las verdaderas tablas de la ley; otros averiguan, como naturalistas, la existencia prehistórica de un Adán desconocido, y al reconstituir su genealogía explican como indeclinable consecuencia de la ley de la selección de las especies cuanto ha ocurrido hasta ahora á los humanos y les ha de acontecer en lo venidero. No falta tampoco quien encuentre muy distintas clavijas para la *Historia de la civilización*. Para Bukle, por ejemplo, que tuvo en su día largo rato embelesadas á las gentes, proceden del trato alimenticio del arroz las instituciones peculiares de la India y los rasgos característicos de sus poblaciones. Siendo este alimento de aquellos indígenas más rico de oxígeno que de carbono, se impone allí el espíritu de casta, prevalecen instituciones opresoras, son tan mezquinos los salarios como elevados los tipos de renta y arrendamiento; y las desigualdades de fortuna, la servidumbre y la tiranía, las fórmulas del derecho y las costumbres quedan como estereotipadas. Desgracia irreparable ha sido para semejante doctrina, según observa Sumner Maine, que resultara luego inexacto el hecho fundamental en que se apoya, y llegásemos á comprobar

que sólo se sustenta de arroz una parte muy reducida de la población indiana, y que la misma Europa hace de este artículo mayor consumo que la India (1).

Inútil fuera dilatar esta enumeración; naturalistas y metafísicos, políticos y retóricos, se imaginan haber descubierto mediante fórmulas recónditas las leyes inexorables que rigen los destinos del mundo; y á la par que nos presentan claves seguras al parecer para descifrar los arcanos de la grandeza y decadencia de medos, persas, fenicios, griegos y romanos, á la par que ponen de manifiesto á reyes, señores, comunidades y consejos de la Edad Media como precursores y artífices más ó menos conscientes de la revolución que ahora transforma al mundo, no vacilan tampoco en vaticinar con igual certeza y mayor precisión que los verdaderos profetas cuál es en cada pueblo lo condenado á total desaparición como caduco y estéril, y á qué factores y sujetos corresponde, por el contrario, de derecho propio el disfrute de lo presente y un dominio indiscutible de lo venidero.

De todos estos diferentes estilos de componer historia han resultado á no dudar algunas obras amenas ó artísticas, más comprensivas, ya que no más verdaderas, que las de los siglos pasados; pero fuera en cambio inútil buscar entre ellas el más preciado de los beneficios que puede prestarnos esta gran ciencia, que cuando se saben consultar las experiencias seculares que atesora es la principal maestra de la vida para pueblos, príncipes, gobernantes y observadores de los misterios y contradicciones del corazón humano. Ningunas lecciones, en efecto, pueden ser de mayor provecho práctico que las recogidas en los anales de una historia verídica é imparcial; y el historiador digno de actuar como juez en este augusto tribunal es el mejor maestro de pueblos y reyes, no sólo porque, ensalzando y rehabilitando ó fulminando sentencias condenatorias, hace entrever á cuantos desempeñan algún papel en el mundo cuál será su destino en el juicio definitivo de la posteridad, sino también porque trae al servicio de lo presente toda

(1) SUMNER MAINE. *Estudios sobre la historia del derecho*.—Influencia de la India sobre las ideas de la Europa moderna.

la experiencia de lo pasado. Pero el requisito más esencial para el desempeño de este altísimo magisterio consiste en no apartarse jamás de severa imparcialidad, fundando siempre la sentencia en diligente compulsa de todos los elementos de prueba. Al que así analiza este proceso, sin más objeto que el presentar la verdad descubierta por el tiempo, no cabe confundirlo con los escritores que, envueltos en el torbellino de intereses efímeros del día, sólo piden á la historia, ó meras satisfacciones literarias, ó la justificación de tesis preconcebidas, y revuelven los anales patrios á impulsos de pasiones políticas ó sectarias, manteniendo como apologistas ó difamadores violentas polemicas que halaguen y conciten las pasiones ó prejuicios reinantes en la opinión vulgar de sus contemporáneos, que ellos explotan en beneficio propio.

III

Con estos estilos de narración histórica contrasta el método de exposición peculiar del Sr. Cánovas y su manera de investigar los archivos. Hizo su ensayo de historiador presentando un texto de narración destinado á servir de continuación á las historias de Mariana y Miniana. Abarcaba, por tanto, su libro desde la muerte de Felipe II á la de Carlos II, dejando los fastos de la casa de Borbón á colaboración distinta. Manifestaba como principal propósito al frente de este escrito el «llenar en algo un vacío que se nota en nuestra historia; y es la descripción de nuestra decadencia, no menos notable, ni menos grande, ni menos digna de estudio que la romana.» Aplicóse con verdadero amor á llenar este vacío, extendiéndose por ello en la materia más de lo que al parecer exigía la buena proporción del libro. Fué, en suma, esta obra, según él mismo la calificó, la primera de alguna importancia en que estampó su nombre.

Nada tiene de extraño ciertamente que acusen notables

diferencias sus primeros escritos históricos y los de ahora, pues nunca la naturaleza, ni aun con quienes se muestra más pródiga, consiente que la perfección se alcance el primer día; y por muy desigual que ande el tiempo en formar los sujetos, por más que para éstos vuele, mientras que para aquéllos aparezca perezoso y tardío con exceso, siempre el juicio de los hombres vase perfeccionando cada día, hasta llegar al complemento y sazón de *sindéresis* que cada cual acierta á recoger en el comercio de la vida, hasta mostrarse como varón consumado en el punto de su madurez. El mal es que muchos nunca llegan á estar hechos, ni llegarán jamás por mucho que vivan á ser cabales, faltándonos las más de las veces alguna prenda, aunque no acertemos á definir cuál sea. Pero salvadas estas desigualdades de sujeto á sujeto, que son como los sellos aristocráticos y plebeyos de la diversidad de condiciones estampadas por la propia mano de la naturaleza en cada uno de los hijos de nuestra raza, ninguna persona racional puede sustraerse á que sus juicios y aficiones se modifiquen con el desarrollo físico y moral de la vida. Y aunque no pocos resulten con seso refractario á la sabiduría y aparezcan desvariando siempre con tanto variar, ilegándoseles á adular mediante el estudio ó el trato de mundo hasta las ideas simples, no obstante tales excepciones, por lo general, el tiempo es incomparable agente para purificar el ingenio, realzar el gusto y sazonar el pensamiento, mayormente si transcurre nuestra existencia en el manejo de materias transcendentales y aplicado el entendimiento á variedad de empleos en los cuales le sea dado reunir con observación juiciosa más rico caudal de experiencias y noticias. Forzoso era, por consiguiente, que en los primeros escritos sobre historia producidos por el Sr. Cánovas, no brillaran con todo su esplendor aquellas cualidades que luego el tiempo trajo á deslumbradora perfección; pero ya se descubrían, sin embargo, algunos espléndidos indicios de sus notas más características.

Despuntan allí desde luego grandes dotes de historiador político, narración concisa y sencilla, clarísima exposición de los negocios de Estado, viveza y sobriedad de estilo, aunque

mezclada á las veces con algún trozo de cierto aparato, como en los principales párrafos de la introducción y en determinadas disertaciones; intención justiciera, pensamientos de alto vuelo, juicio comprensivo que abarca las cuestiones en sus más diversos aspectos y procura descubrir en la conexión más íntima de los sucesos el origen y las consecuencias de las transformaciones sociales y políticas. Por de contado que con estas cualidades ya en aquel escrito de sus primeros años supera á Miniana, y no tenemos todavía texto alguno de narración histórica que al suyo aventaje para seguir el hilo de los acontecimientos de nuestra historia en todo el transcurso del siglo XVII. El defecto capital de que se resiente su obra consiste en que para lo concerniente á aquel período estaban á la sazón tan inexploradas las principales fuentes de nuestra historia, que, no obstante la enorme masa de documentos y testimonios recogidos después en los archivos de España y de Europa, son á la hora presente quizás de más importancia los que aún quedan por reconocer. Tuvo, pues, que formular juicios con datos muy incompletos, sin poder ver las más de las veces sino los desenlaces desgraciados; así resultaron no pocos fallos temerarios, fueron condenados sin pruebas bastantes reyes y ministros cuya rehabilitación se impuso luego, y el mismo concepto general de los actos de nuestros gobernantes en los días de la decadencia, las causas fundamentales de nuestra ruina se atribuyeron sistemáticamente á ineptitudes y torpezas personales que hoy empezamos á apreciar de manera muy diversa. Quedó por estos motivos tan sin acabar en aquel estudio la descripción de nuestra decadencia, que años después el mismo Sr. Cánovas andaba bosquejando aún la historia de la Casa de Austria, y los dos volúmenes que acaba de publicar sólo quiere presentarlos como andamios provisionales para la misma obra.

Pero á su vez estos dos volúmenes de estudios históricos sobre aquellos mismos tiempos que ahora nos presenta, ponen muy de manifiesto las diferencias de fondo, forma y método que en su naturaleza de historiador ha desenvuelto la madurez, aunque conservando sus caracteres distintivos. Si los años borraron mucho de su primer estilo, en cambio por ellos

otras cualidades han cobrado en él extraordinario realce. El temperamento político es siempre la nota que sobresale como característica; pero ahora ahonda mucho más en el análisis de los caracteres, en la lógica de los sucesos, en el conocimiento de las dificultades de gobierno, de las ambiciones, intereses y móviles diversos que arrastran á los hombres; reconoce con superior maestría la naturaleza, fuerza y poder de las instituciones y de los elementos sociales dentro de las circunstancias propias de las respectivas épocas, y por ello en la liquidación de las responsabilidades da á cada uno lo suyo con acierto más justiciero. Por ello también ahora, en vez de propender dentro de las páginas de historia á la disertación teórica, y de tomar á los hechos como medio de exponer y demostrar sus personales doctrinas y apotegmas de escuela, ciñe, por el contrario, todo el razonamiento á la más estricta comprobación de las circunstancias y condiciones en que se desarrollaron los sucesos. De aquí que en lugar de libros de historia, como los primeros que escribió sobre nuestra decadencia, sin una sola cita que viniera á ser testimonio y prueba de sus asertos, ahora, por el contrario, pone su mayor esmero en no adelantar nada sino apoyado en cuantos medios de prueba y testimonios diversos que acerca de ello pudo recoger, se atiene al estudio de textos y documentos analizándolos en sus más íntimos y menudos pormenores, sólo presta crédito á lo que ellos demuestran, no aventura inducciones sino con exquisita prudencia, formulando casi siempre bajo toda reserva y como conclusión dudosa los juicios que en ellas funda. Aparta, en fin, de los anales patrios, sin reparos ni contemplaciones, todos aquellos falsos cronicones, sentencias injustas y erróneos supuestos introducidos por la malicia ó ignorancia de los tiempos pasados y presentes, importándole poco verse en desacuerdo con la opinión de los más, con tal de ajustarse á la evidencia de los textos. Lejos de arredrarse ante los contemporáneos para proclamar con entereza la verdad, pone, por el contrario, en todo relieve cada una de las piezas del proceso, hasta con cierto alarde de irritar por ello á derecha é izquierda á los forjadores de sistemas cuyas ingeniosas lucubraciones

nes resultan desconcertadas y sumidas de improviso en descrédito.

Este procedimiento es el único que se compadece con la verdad histórica, aunque sea forzoso convenir que con él se malogran fatalmente las vigiliadas de los consagrados á la rebusca de fórmulas sintéticas que expresen las pretendidas leyes inexorables de la historia. Y aun á pesar del diligente empleo de semejantes cautelas, la historia será siempre el más falible é ignorante de todos los tribunales y en el que el éxito brutal influya y soborne más fácilmente las sentencias de la justicia humana. Porque si hasta juzgando á aquellos de nuestros contemporáneos que conocimos y tratamos más de cerca incurrimos en tremendos errores, ¡cuánto más sujeto á engaños es el juzgar á aquellos á quienes sólo conocemos por su sombra! Para que fallemos acerca de ellos, ó intentemos reconstruir su carácter, el tiempo sólo guardó á lo sumo algunos fragmentos dispersos de los sucesos principales en que ellos fueron actores, algún indicio privado ó público de los móviles que determinaron su voluntad, algunos rastros medio borrados de las intrincadas circunstancias de tiempos, lugares y personas en medio de las cuales se desenvolvió su existencia. No debe extrañarnos, por consiguiente, que hasta los más doctos y sesudos historiadores, no habiendo podido por falta de tiempo ó de testimonios investigar á conciencia sino algunos puntos de la historia que trazan, sacrifiquen á estos incidentes el resto de su narración, sin perjuicio de rellenar los vacíos y enlaces de los demás sucesos asimilándose relaciones y juicios ajenos, pintando cuadros de costumbres y retratos, refiriendo anécdotas, discurriendo sobre generalidades de la política, del arte militar, de la hacienda, de ciencias y letras, ó engolfando, por último, su imaginación en los espaciosos horizontes de lo que pudo ser, pero no fué. Si el caudal propio que aportan á la narración histórica no compensa con creces lo que toman de segunda, tercera ó cuarta mano semejantes autores, por más que hayan producido alguna página magnífica, deben clasificarse más bien como retóricos que como historiadores. La historia ciertamente, lejos de repugnar la

factura artística, busca en ella, por el contrario, según indicamos antes, su expresión más espléndida é indeleble; pero es ante todo una ciencia refractaria á excesos de inventiva y que ha de ceñirse á ver exponer y juzgar la realidad de lo acontecido; y para ver, exponer y juzgar con justicia lo pasado, lo primero que necesita son documentos auténticos é irrecusables, pues no alcanzará jamás nuestro entendimiento á descubrir la verdad en lo acaecido á generaciones que nos precedieron en la tumba, si estas mismas generaciones no nos legaron los precisos elementos para reconstruir la memoria verdadera de lo que fué, en la realidad de su vida, aquello que ahora perece en los sepulcros como polvo y ceniza. Lo que primero hemos de preguntar, por tanto, al acometer el estudio de un sociedad que desapareció, es cuáles son los testimonios que nos legó y si éstos son bastantes para que podamos formar de ella idea exacta.

IV

Esto es lo que ha hecho el Sr. Cánovas respecto de la Casa de Austria en general, y más especialmente respecto del importantísimo reinado de Felipe IV. Por feliz concurso de extraordinarias y privilegiadas circunstancias, dispuso cual nadie en nuestro tiempo de valiosos acopios de noticias particulares y papeles de Estado, y nadie tampoco le superó en inteligencia y nobleza de miras para aprovechar en beneficio de la historia estos medios de conocimiento, procurados los unos con la personal é infatigable diligencia del autor, traídos los otros á sus manos por transmisión hereditaria ó como natural y justísimo tributo á la alta posición conquistada en política y letras. Así le fué dado penetrar hasta las verdaderas fuentes de la historia y escudriñarlas en sus partes más reservadas. Sin esfuerzo se alcanza, tras de esto, la importancia de un trabajo histórico al cual, además de tales condiciones de los medios materiales de prueba, ha prestado

el autor todo el realce de su superior aptitud para la alta crítica histórica, de su gran pericia en materias de gobierno, de su genial disposición para ir derechamente al fondo de las cuestiones sin omitir el conocimiento cabal de los más ínfimos detalles, de su perspicacia, en fin, para investigar y analizar el desenvolvimiento de las cosas humanas, explicándose sus respectivos pormenores de un modo circunstanciado y preciso. De esta suerte, desde las primeras páginas de semejante trabajo percibimos que caminamos por terreno muy firme y por senderos que nuestro guía exploró y desbrozó en todas direcciones, penetrado siempre del convencimiento de que la condición más fundamental para la historia estriba en la averiguación de los hechos, así como el gran arte del historiador estriba á su vez en presentar y juzgar á estos hechos con todo el fuego de la vida y competencia de conocimientos técnicos que requiere cada uno de los diferentes ramos de especulación y experiencia que en ellos se com-
penetran.

Á no dudar, otros autores, con estas mismas pruebas de convicción en la mano y llevando sus razonamientos por distintos rumbos, deducirían tal vez conclusiones muy diversas que las que sobre ellas formula el Sr. Cánovas; pero por ahora, y tratándose no más que de estos dos volúmenes, en los cuales sólo ha querido levantar una andamiada provisional y preparar sillares para reconstruir el reinado de Felipe IV, importan, á nuestro juicio, mucho menos las conclusiones que el camino trazado y los materiales reunidos. Gracias á este esfuerzo preliminar, á los materiales que ha ordenado y á la labra que ha hecho en ellos, deja abierta en nuestra historia hermosísima vía para que en lo sucesivo tengan todos fácil acceso en las interioridades de un reinado que es tal vez el más importante de nuestros anales durante los tres últimos siglos, no tanto por el balance de glorias y desventuras en los cuarenta y cuatro años de su duración, como por ser el momento crítico en que nuestra supremacía se pronunció en decadencia. Son, en efecto, de tal importancia las reflexiones y textos atesorados en estos dos volúmenes acerca de las capitales cuestiones de Estado de

aquel reinado, que con ellos nos sentimos introducidos en los propios consejos del gobierno del monarca español. El lector que los estudie atentamente, puede seguir el trámite de aquellas deliberaciones y examinar por sí los protocolos, estimando el pro y el contra de cada uno de los pareceres apuntados en las consultas y el peso de las gravísimas consideraciones de alta política que en cada caso determinaron la conducta de nuestros gobernantes. Más todavía que páginas de historia parece el contenido de estos volúmenes una colección de minutas, registros, actas y admirables resúmenes de discusión de aquel severo Consejo de Estado de la monarquía española, concebido por los Reyes Católicos, organizado y amestrado por Carlos V y Felipe II, y que luego, por espacio de largos años, aún muy entrados ya en el período de nuestras desventuras, continuaron las naciones envidiándonos con asombro como el más sabio, experimentado y sagaz de todos los consejos de gobierno.

El Sr. Cánovas examina y discute los más importantes negocios de Estado ventilados en aquel gran Consejo durante el reinado de Felipe IV: la ruptura de la tregua con Holanda, de donde trajeron su origen los principales infortunios que luego sobrevinieron á la monarquía, la rebelión de Cataluña, la separación de Portugal, las negociaciones con Richelieu y Mazarino, el reconocimiento del gobierno de Cromwell, la batalla de Rocroy, así como los constantes y terribles apremios que para resolver todos estos conflictos imponía la situación económica y militar de esta monarquía, compuesta de cuerpos y fragmentos de nación mal trabados, elementos de enflaquecimiento en su mayor parte, más bien que asientos de poderío por su régimen de gobierno que los hacía rebeldes á la política unificadora de la Corona, única que á la sazón comprendiera y anhelara la obra salvadora y patriótica de la unidad nacional. Quizás en algunos puntos no parezcan admisibles del todo las apreciaciones del autor; tal nos parece á nosotros, por ejemplo, cuando intenta eximir al Conde Duque de la principal responsabilidad en la ruptura con Holanda, ó cuando propende á presentar á Felipe IV casi tan consagrado á los cuidados del gobierno

en el comienzo del reinado como lo fué más tarde, hasta con excesos de rey papelista, después de la caída de Olivares, ó cuando rebaja la altura de Richelieu dando á entender que á su sistema político debe achacarse la culpa inicial de los desastres que en nuestros días recogía Francia en los campos de Sedán. Quizás también, no obstante el minucioso examen de pruebas, resultan todavía sobrados vacíos en alguna de las más importantes cuestiones que trata de esclarecer, tal, por ejemplo, en lo referente á la separación de Portugal. Sólo hace una ligera referencia á las alteraciones de Evora, algo indica acerca de la misión de Pujol; pero ni aun incidentalmente intenta rasgar los velos de misterio que encubren aquellas otras intrigas tan hábiles como persistentes movidas en Portugal por Richelieu desde su advenimiento al poder. Nada dice de la misión secreta de M. de Saint Pe y demás agentes enviados á Lisboa para preparar la insurrección, nada de los manejos y connivencias del cardenal con los caudillos del partido llamado nacionalista, y particularmente con D. Antonio Coelho de Carvalho y don Francisco de Mello, que luego figuraron en 1641 como primeros embajadores del duque de Braganza en la corte de Francia; nada dice, en fin, de la extraña aparición y arresto dos años antes de la rebelión de Portugal de aquel príncipe Casimiro, hermano de Ladislao, rey de Polonia, singular aventurero que pasó por las más extrañas condiciones de vida, figurando unas veces como soldado, otras como jesuita y cardenal, después como capitán de cosacos al servicio del emperador, más tarde como aspirante al virreinato de Portugal, después como rey de Polonia, y que tras de haber luchado en los campos de batalla como enemigo irreconciliable de Francia, murió al fin en Nevers, de abad de Saint Germain des Pres y de Saint Martin de Nevers. Este singular personaje, salido de Varsovia en 1638, dos años antes de la rebelión de Portugal, con aspiración de ocupar el cargo de virrey en Lisboa, ya sea que se lo ofreciera el Conde Duque, ya que él acudiera por propia cuenta á gestionar su nombramiento en la corte de Felipe IV, infundió tales recelos á Richelieu que lo hizo arrestar en la misma

raya de nuestra frontera y lo tuvo desde entonces encerrado en Vincennes, hasta que en 1641 se tuvo segura noticia del triunfo del duque de Braganza.

Pero por más que queden sin el debido esclarecimiento incidentes tan importantes como éstos para liquidar en justicia y con conocimiento bastante de causa la parte de responsabilidad que pueda caberle al Conde Duque por su falta de diligencia ó acierto en conjurar á tiempo tales peligros; por más también que en otros particularas puedan parecer algo infundadas las conclusiones de rehabilitación ó censura que formula el Sr. Cánovas, de todas maneras su exposición es siempre tan clara, circunstanciada y precisa, brilla constantemente en él por tal manera la imparcialidad en la presentación de pruebas, es ya de suyo tan considerable la abundancia de documentos y de pormenores de cargo y descargo por él aducidos, que cualquier lector diligente puede en toda ocasión formar juicio propio y fiscalizar la buena lógica de los razonamientos.

Excusado será añadir, tras de esto, que, á nuestro parecer, no poseemos ningún libro de historia tan sustancioso é instructivo como éste para el gobernante que quiera estudiar á fondo nuestros errores y desastres, y sacar al menos de los infortunios pasados alguna enseñanza para lo presente y venidero, pues, según observa con profunda verdad el autor, «mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, lo mismo á una nación que á un individuo.» Deben asimismo consultar con predilección este libro aun aquellos también que sin aspiración de aprovechar como políticos las lecciones de lo pasado para el mejor gobierno de lo presente, busquen cuando menos en los anales patrios exacta noticia de cómo se produjo desde el siglo XVII en adelante nuestra decadencia, y de qué responsabilidades ó merecimientos particulares son acreedores los que como gobernantes aceleraron la ruina, así como los que atinaron al menos á dilatar largos años los más terribles desastres. No disponemos, en efecto, hasta ahora de estudio histórico alguno que á éste aventaje en poner de relieve las verdaderas claves de nuestra deca-

dencia; ninguno determina con más severa imparcialidad y pruebas tan decisivas la parte de censura ó encomio que á cada cual corresponde.

Sobre el reinado de Felipe IV, tanto como sobre el de Felipe II, han corrido hasta aquí, con autoridad de sentencia firme, sobradas diatribas y difamaciones. Para juzgarlos, se prestó ante todo crédito, con harta ligereza, á las maledicencias de algunas relaciones coetáneas; los libelos difamatorios de los enemigos del rey ó del ministro fueron casi las únicas pruebas admitidas en el proceso. Así en las más extensas narraciones de los libros de historia que presumían de verídicos é imparciales, como en los pequeños manuales destinados á la juventud que concurre á las aulas, quedaba fallado que el conde duque de Olivares, personaje inepto y desatentado, sin otros méritos de encumbramiento que el favoritismo real, para dominar al monarca le distrajo de los negocios, y para tenerle distraído le hizo disipado, y corrompiendo al rey, desmoralizó á la nación. No es de extrañar, por tanto, que con tales enseñanzas, inculcadas á nuestras generaciones desde la más tierna infancia, parezca ahora á no pocos de todo punto injustificado y paradójico cualquier elogio que se tribute al rey ó á su valido. Pero abrigamos la convicción de que aun aquellos mismos que sientan más arraigadas tales preocupaciones, si estudian con detenimiento las reflexiones y textos presentados por el Sr. Cánovas, reconocerán al fin que no le ha guiado en esta rehabilitación del rey D. Felipe IV y de su privado tan aborrecido ninguna mira de singularizarse en la alabanza contra la opinión general, sino un espíritu justiciero de dar á cada cual lo suyo. Y por de contado, tenemos por cierto que, salvo en algún detalle secundario, esta rehabilitación, tal cual él la traza, se impondrá al cabo como el juicio definitivo de la historia.

V

Se alcanzará sobre todo este resultado de un modo completo el día en que el mismo historiador acabe de dar á la estampa, como cuerpo de historia escrita con todo arte, la relación entera de aquel reinado. Largos años hace que viene atesorando sobre esto con infatigable actividad valiosísimo caudal; tiempo es de que lo entregue al disfrute del público, presentándolo envuelto en el majestuoso y clásico ropaje de la gran narración histórica. Rara vez reunirá un autor dotes y elementos tan propicios para empresa semejante; y entre los contemporáneos, ninguno llega como él al maravilloso poder de reproducir en medio de los archivos de nuestra Casa de Austria algo parecido á la sublime visión del profeta Ezequiel y realizar allí lo que nuestro Fr. Jerónimo de San José, en su libro del *Genio de la historia*, señaló como la gran misión del historiador; es decir que, «acercándose á los monumentos de la venerable antigüedad, donde yacen como en sepulcros gastados ya y desechos, vestigios de sus cosas, polvo y cenizas, ó cuando mucho huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos cuya memoria casi del todo pereció, los restituya á vida con su espíritu juntándolos, uniéndolos, engarzándolos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia, añadiéndoles para su enlazamiento y fortaleza nervios de bien trabadas conjeturas, vistiéndolos de carne y extendiendo sobre todo este cuerpo así dispuesto una hermosa piel de varia y bien seguida narración, é infundiéndole últimamente un soplo de vida con la enérgia de un tan vivo decir que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y del papel.»

La gran experiencia adquirida en la vida política aparta al Sr. Cánovas de todo peligro de que la historia caiga en sus manos á los artificios literarios del puro retórico; está

connaturalizado, por el contrario, con el vivo decir, la rapidez y enérgica condensación de los hombres de acción. Y al propio tiempo por su educación clásica tampoco hay peligro de que, como es habitual en políticos y hombres de negocios, inquiera á lo sumo en los hechos confirmaciones prácticas de doctrinas, extraiga sólo de ellos máximas, advertencias, sentencias y moralejas, cuando no se limite á apuntar los sucesos como elementos de utilidad prosaica, recogiendo acerca de ellos datos y documentos importantísimos si se quiere, pero inútiles en esa forma para quien no sea del oficio. Justifican plenamente este aserto nuestro los dos tomos de estudios sobre el reinado de Felipe IV. Advierte al comienzo el autor que no han de encerrar sus páginas un trozo de historia compuesto con todo arte. Con efecto, el primer volumen va consagrado por entero á exposición y controversia de negocios de Estado; sin embargo, aun de estas intrincadas cuestiones, dilucidadas casi silogísticamente con la fría dialéctica del estadista, brotan de su pluma no pocas páginas admirables, no ya por el estudio y manera del estilo, sino por la mera coordinación de los materiales y una agrupación tan magistral de los rasgos y accidentes más característicos, que toda la vida de la nación en aquella época y la fisonomía original de los personajes aparecen allí reproducidas en el conjunto de su grandeza y de su debilidad y con el encadenamiento natural de sus acciones en los conflictos internos y externos de la monarquía. En cuanto al tomo segundo, dedicado á fragmentos de historia de la milicia española y á descripciones de batallas, sin que el autor haya pretendido revestir la majestad del historiador clásico, es todo él, sin embargo, desde sus primeras líneas una magnífica joya, modelo de la gran narración trazada sin más pasión que la de la verdad y sin otros adornos que los de la hermosura natural del drama de la vida sobre el escenario más alto de las naciones.

Pero por cima de todas las aptitudes nativas del Sr. Cánovas para los trabajos históricos, en él sobresale constantemente la nota política como la más característica de su

temperamento intelectual. El historiador descubre en él ante todo al político. Su manera de exponer, de escudriñar el sentido de los sucesos, de penetrar los caracteres y las intrigas de los sujetos, de analizar legajos y protocolos y de trabar la narración, es siempre la manera propia del estadista. En el ordenamiento de su relación, salvo en la ocasión solemne de las grandes batallas, no traza cuadros ni retratos, refiere y no pinta; rarísima vez consiente que, á la manera de Tito Livio, los mismos personajes expongan en el curso de la narración los motivos de sus acciones; él mismo nos las explica, relegando al apéndice los documentos originales. Al punto de haber reproducido, por excepción, un discurso del Conde Duque ante las Cortes, lo analiza y discute para presentar mejor el pensamiento íntimo del ministro. Y es que instintivamente busca él una exposición rápida y concisa de mucho más nervio que colorido. Pone muy de relieve que el hombre no vive sólo en la plaza pública ó en los campos de batalla, y que la vida de los talleres, del comercio, de la industria, de las artes y ciencias, de las costumbres públicas y hasta de los hábitos familiares y domésticos ejerce influencia mucho más decisiva en las grandes contiendas humanas y en los avances y resultados definitivos de la historia que las batallas de las armas y la acción y los triunfos de este ó de aquel personaje, pues lo que aprovecha, en suma, para mantener la supremacía entre las naciones es un poder constante, una fuerza segura y progresiva con que responder á los varios azares de la política y de los campos de batalla. Pero á la par que dedica á todos estos elementos la atención que merecen, por constituir el fundamental arraigo de las existencias nacionales, no por ello relega á olvido, ó por lo menos á demasiado secundario lugar, como es manía de algunos contemporáneos, las principales figuras de los príncipes, ministros, guerreros y negociadores que intervinieron y gobernaron en los respectivos sucesos. No se empeña, á la verdad, según queda indicado, en producir grandes retratos de estos personajes conspícuos; algunos retrató, en otros trabajos de su primer tiempo, con el consabido tejido de antítesis y metáforas que para casos

tales recomienda la retórica; pero diríase que, á medida que ha penetrado más á fondo en la vida y en más estudio, debe parecerle este género un mero entretenimiento académico, propio para los que no tienen otra cosa que decir. Sea como quiera, el consagrar páginas enteras á retratar, en lo físico ó en lo moral, á los sujetos no encaja en la manera actual con que el Sr. Cánovas trata la historia. Los bosqueja, á lo sumo, de pasada mediante breves toques, y en ocasiones varias, prefiriendo que ellos se descubran y caractericen por sus propias obras antes que por la factura literaria del narrador. En cambio, los grandes negocios de guerra, diplomacia y hacienda aparecen tan admirablemente expuestos hasta en sus más ínfimos pormenores, y la marcha general de la vida del Estado resulta presentada tan de mano maestra, que estos novísimos trabajos del Sr. Cánovas sobre la Casa de Austria constituyen verdaderos modelos de narración histórica, no obstante no haber pretendido todavía realizar con ellos una obra de arte, y sí sólo una exploración preliminar.

En nuestro juicio, á ningún historiador se asemeja tanto como á Guichardino. Como él, se encierra en la estricta realidad de las cosas, sólo quiere describir los sucesos tales como fueron de verdad y en todos los múltiples y de continuo mudables aspectos con que se presentan. Busca constantemente siempre el conocimiento de los hombres y de las artes de su dominación, dentro siempre de este orden concreto de circunstancias diversas, pero no pretende deducir de los hechos grandes sistemas de filosofía moral y política, ni hablar tampoco de las cosas del mundo en términos generales y por preceptos y reglas, considerando sin duda que apenas hay regla de conducta sin excepción, y que esta excepción sólo puede formularse en el libro de la discreción y prudencia de cada sujeto. Lo único que intenta recoger en los hechos es esa gran enseñanza de vida práctica que, sumando la experiencia propia con la ajena, alecciona á cada cual á descubrir y usar la debida discreción y prudencia que requieren las excepciones de cada caso. Guichardino tenía

también largo hábito de gobierno, mucho conocimiento de los hombres y de los negocios de Estado, había apreciado desde el poder los verdaderos usos que pueden tener las teorías, y por eso descuella siempre como observador exacto, práctico, substancial, nunca dispuesto á fugas de la realidad y, por el contrario, de mucha maestría y prudencia para reconocer las condiciones y soluciones de gobierno más acomodadas al tiempo. Cierto que el historiador, por los gustos literarios y artísticos del Renacimiento, propendía en tiempo de Guichardino, mucho más que ahora, á exponer y explicar los sucesos, componiendo los discursos que en tales circunstancias debieron pronunciar los principales protagonistas. Cierto también, y esto lo añadimos no más que como necesaria salvedad á la analogía, cierto que á Guichardino, por triste contagio de su época, le obcecó el sentido escéptico del utilitarismo más grosero; y según observa muy atinadamente Montaigne, «á pesar de tantas causas y efectos que se ofrecen á su consideración, á pesar de tantos y tan varios consejos y acciones como tiene que referir, jamás, ni aun por vía de excepción, atribuye una sola vez entre sus móviles algo á la virtud, á la religión ó á la conciencia, cual si éstas anduvieran totalmente extinguidas por el mundo; por el contrario, la causa de todas las acciones, por buenas que aparezcan ó que lo sean en sí mismas, la refiere siempre á alguna coincidencia feliz de la inclinación viciosa ó del provecho. Es imposible imaginar, sin embargo, que entre el número infinito de los actos que juzga no se haya producido alguno por recta conciencia, pues no cabe concebir que se apodere de los hombres tan universal corrupción, que alguien al menos no se libre de su contagio. Esto me induce á temer que haya en ello algo de estrago del propio gusto, y que tal vez, lo que en realidad le ocurre, es que juzga á los demás por sí mismo, género de corrupción muy peligroso y común entre los humanos.»

Creemos que el parecido en los procedimientos de investigación crítica seguidos por ambos historiadores no ha de ser menor que el que resulta de la vestidura y forma de exposición histórica en que uno y otro se envuelven. Abraza la

relación de Guichardino brevísimo período, de 1490 á 1534; pero son cuarenta y cuatro años que, por la grandeza, variedad y complicación de los acontecimientos, imponen mayores dificultades al historiador que otros anales de varios siglos. Son los años aquellos en que Italia pasó del apogeo de la paz y del maravilloso florecimiento de sus repúblicas y señorías autónomas á los horrores de la invasión y á ser el principal campo de batalla de las mayores ambiciones de la tierra; los cuarenta años aquellos en que, para el bien como para el mal, en la política, en las artes y en la guerra se produjeron allí tales caracteres que los hombres parecen titanes; el período aquel del Renacimiento, á un tiempo orgía y tragedia, horrible bacanal y epopeya asombrosa en que todas las fuerzas, todas las virtudes y vicios de nuestra naturaleza hacen gigantesca explosión para gozar en nueva vida del poder y de la gloria y de todos los deleites del espíritu y de la carne; período en que aparecen como contemporáneos por las ciudades de Italia los papas de la estirpe de los Borjas, Médicis y Della Rovere, Bayardo y el Gran Capitán, Doria y el condestable de Borbón, Comines, Savonarola y Maquiavelo, Francisco I y Carlos V, Copérnico, Bramante y Miguel Angel, Leonardo Vinci, Rafael, Ticiano, Ariosto y Bernardo Tasso, Lucrecia Borja y Victoria Colonna; período en que todos los tronos y señorías de la península se vieron envueltos en espantosa tempestad, pereciendo las casas más ilustres entre tragedias tan espantosas que la ficción no llegará jamás á combinar horrores que igualen á los que recayeron sobre los últimos vástagos de las casas de Aragón y de Sforza. Tenía, en fin, Guichardino que trazar la historia de su patria durante aquellos días en que todas las ciudades y estados de Italia, superiores al mundo entero en civilización y cultura, teniendo á su servicio no sólo los más grandes artistas, sino también á los más hábiles políticos, aparecen, sin embargo, delante de los ejércitos invasores y en medio de desolaciones, de pestes y saqueos, como bacantes embriagadas por todos los deleites del humanismo, y que sobre el borde mismo de espantoso precipicio se entregan entre puñales y venenos á los desenfrenos del placer, satisfaciendo sus pasio-

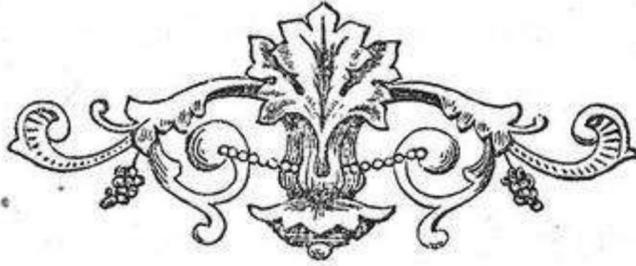
nes á despecho del presentimiento de la propia ruina, á modo de los héroes enamorados que figuran en la Iliada. La empresa que acometía el escritor florentino era, por consiguiente, de las más arduas que se pueden ofrecer al historiador.

Verdad que para ello disponía de la inmensa ventaja de haber sido testigo, cuando no actor muy principal en gran parte de los sucesos que había de referir; pero, sin embargo, en lo relativo á los tiempos más críticos de esta historia, en lo relativo á las primeras escenas del drama iniciado con la llegada de Carlos VIII, sólo podría conservar como impresiones personales muy vagos recuerdos de la infancia. Compensábale, en cambio, en esto el inmenso tesoro de notas y relaciones diplomáticas acumuladas en los archivos de Estado de su patria por los activos agentes de los principados italianos que, en víspera de la invasión, la alarma del peligro derramó por toda la cristiandad, y cuyos despachos é informaciones constituyen para los comienzos del siglo XVI la fuente de información histórica más admirable y caudalosa de cuantas han podido disponer los historiadores. Ninguno de aquellos papeles tenía desperdicio; allí estaban recogidos todos los secretos por manos tan peritas como las de los embajadores venecianos, por nadie igualados en sentido práctico, tacto y sagacidad, así como por las de aquellos embajadores florentinos, primeros maestros á su vez en el arte de escudriñar caracteres y pasiones individuales, calcular y adivinar proyectos y tendencias, y describir la verdadera situación de los negocios. Guichardino apenas dejó en el texto de su historia rastro alguno de sus trabajos de información; así es que cuando en el siglo presente, ante las impugnaciones que Ranke le dirigió contra la veracidad de su testimonio y la autenticidad de sus noticias, fué menester rebuscar en el archivo doméstico del historiador florentino; apareció allí no sólo el original, que acredita por sus muchas enmiendas los escrupulosos cuidados del autor hasta en nimiedades de forma, sino también enormes legajos de memorias históricas, notas, apuntes, minutas, extractos y copias íntegras de los despachos de embajadores y comisarios de la Señoría y de los Diez. Sin conocer íntimamente

el método de estudio y los procedimientos de información habituales al Sr. Cánovas, á juzgar sólo por el contenido y forma de sus dos recientes volúmenes, no creemos aventurado afirmar que deben parecerse en mucho á los del historiador florentino, sin más diferencias en su manera de inquirir y recoger antecedentes que el tener que desenvolverse en la más amplia escala que para esto exige el hallarse más distante de los tiempos cuya historia escribe, y además porque la crítica histórica requiere en nuestros días obras mucho más comprensivas.

J. S. DE TOCA.

(Concluirá.)





LOS MALES DE LA PATRIA

V

LA INMORALIDAD PÚBLICA

Continuación (1).

Si es un hecho evidente el incremento de la inmoralidad pública de medio siglo á esta parte, y se admiten como causas principales las anteriormente expuestas, por débil que sea nuestra voz, séanos permitido invitar á las personas susceptibles de dirigir alguno de los elementos del País á que concentren sus esfuerzos, á fin de reprimir el vicio y fomentar la virtud.

Negamos á las escuelas reaccionarias que gocen el privilegio de ser las únicas á propósito para moralizar y robustecer un Estado decadente, que en lugar de encaminarse á su regeneración se debilita todavía más; y sin hacer alardes innecesarios de amor á la libertad y á la democracia, presentamos, entre otras, las siguientes razones:

1.^a En tiempos de gobiernos despóticos y absolutistas se sucedieron los reinados de mayor decadencia y de mayor abyección.

2.^a En tiempos de gobiernos reaccionarios estallaron

(1) Véase la pág. 159 de este tomo.

revoluciones justa y fuertemente motivadas por la corrupción política y social en que la Nación se consumía.

3.^a Es ó debe ser independiente de las opiniones políticas que imperen en los gobiernos la reforma de las costumbres, la severidad en las leyes y la mayor probidad en la gestión administrativa.

4.^a Oportunidad, tiempo y reposo gozaron de sobra en nuestros días varias situaciones conservadoras y pseudo-liberales para haber impedido el incremento de la inmoralidad pública y haber remediado el desbarajuste administrativo.

La imparcialidad nos obliga á consignar además que todos, absolutamente todos los gobiernos que se han sucedido en el poder, desde largo tiempo hasta la fecha, han sido incapaces, impotentes ó perversos para corregir la inmoralidad pública.

Habiendo asegurado anteriormente que sin fuertes vendavales creemos imposible se purifique la pestilente atmósfera que nos rodea, ni señales de alivio aguardamos en nuestros días; pero no son pesimistas como nosotros casi todos los compatriotas, y debemos sujetarnos por algún momento á su optimismo.

El malestar de las clases populares, aquí como en todas partes, engendra las emigraciones, el incremento de la inmoralidad pública y la mendicidad, tres calamidades públicas que nadie desconoce, y contra las cuales no son bastante vigorosas ni la acción oficial ni las asociaciones benéficas que existen. Antes, por el contrario, más parece aumentar la general miseria por falta de abnegación ó de patriotismo, ó dicho de otro modo, de suficientes virtudes cívicas. De preferencia inclinados á contemplar grandezas, á satisfacer ambiciones y á multiplicar los goces materiales, mejor que movidos á compasión, cuando se mueven, se fijan muy poco las clases acomodadas en la enorme masa de seres desgraciados que hay entre nosotros, sujetos á horribles privaciones, sumidos en la ignorancia ó empujados por el hambre á los delitos. En vano se pretenderá reprimir las emigraciones, ó encauzarlas á gusto de los gobernantes. Entre los ap-

tos para el trabajo, pero que carecen de él en períodos demasiado considerables, el número de los que irradian á países mejor regidos y más prósperos que España y sus provincias ultramarinas ha de ir en sucesivo aumento, y no se necesita ser profeta para prever que antes de acabar este siglo pasará de 50.000 el promedio anual de emigrantes. La consecuencia más dolorosa de este aumento es la creciente relación entre los seres inertes ó improductivos y la masa trabajadora que en el País continúa. De donde forzosamente han de resultar mayores dificultades para reprimir la mendicidad y disminuir la inmoralidad en los años sucesivos.

Obsérvese, además, que la caridad cristiana llegó adonde buenamente pudo ir en los pasados tiempos, en que la Iglesia poseía valiosos recursos y ejercía extraordinaria influencia. Siglo tras siglo, millares de fundaciones benéficas se esparcieron por toda la Nación, que no había de estar exenta de piedad, ya que era tan inmenso el fanatismo. Muchas de ellas subsisten y subsistirán indefinidamente; otras cayeron en demérito ó en ruinas. La caridad cristiana ha multiplicado también en nuestros días otros establecimientos piadosos, algunos de muy bella apariencia, pero de menos solidez, por regla general pequeños asilos de colores franceses, con sus especialidades en su objeto y sus especialidades en sus funciones, acerca de las cuales nada nos permitiremos criticar.

Mas, por muchas miserias que los establecimientos benéficos antiguos y modernos hayan remediado ó remedien, ¿llevan camino de destruir la terrible plaga de la mendicidad? Muy dignos de alabanza son los esfuerzos de las caritativas señoras que dedican una parte mayor ó menor, siempre la más bella, de su existencia en socorrer á los desgraciados, aisladamente ó en asociaciones, donde brillan sus talentos, ó cuando menos su celo. Todos estos esfuerzos, sin embargo, serán ineficaces, no pasarán de leves paliativos, si los hombres dotados de recursos y de medios de acción dejan de imprimir la virilidad necesaria para impedir el desarrollo de la mendicidad, al propio tiempo causa del incremento de la inmoralidad pública y de las emigraciones.

Aunque varios economistas distinguidos hayan probado que las masas populares son las que alcanzan mayor suma de bienes con el desarrollo de la civilización, sin duda tales ventajas se refieren á las clases humildes dotadas de suficiente resistencia muscular y del correspondiente vigor espiritual, no á los impedidos, no á los abyectos, no á los últimos vástagos de las razas degeneradas que pululan por las naciones decadentes y tampoco faltan en las más prósperas. En proporción, los desdichados inútiles para el trabajo seguirán en mayor número y en situación relativamente más lastimosa, cuanto más acrecienten el bienestar de los trabajadores y las emigraciones. Por otra parte, son los obreros industriales, de preferencia á los agrícolas, quienes obtienen las inmediatas ventajas de la interminable lucha entre el capital y el trabajo, y no se olvide que para España la relación entre los primeros y los segundos es la más baja de todas las señaladas para los pueblos civilizados.

Ello es, en último extremo, que la miseria se remedia en nuestra patria de un modo muy defectuoso, pues aquí, en mayor proporción que en parte alguna, á la sombra de infelices por siempre desventurados, se entremezcla y confunde esa hedionda canalla de mendigos de oficio, una de las más repugnantes manifestaciones de la inmoralidad pública; y siendo, como son, pequeños é incompletos para su objeto los establecimientos benéficos, apremia la necesidad de remediar á tiempo tantos infortunios. O se recurre al socialismo del Estado y se reorganiza con gruesas partidas del presupuesto la Dirección de Beneficencia, ó las altas clases sociales se deciden resueltamente á sacudir su apatía y á establecer y dirigir fundaciones cuyo principal objeto sea corregir la pereza, ahogar la imprevisión y remediar las desgracias.

Entendiendo que la exagerada y ruinosa centralización y la amortiguada iniciativa individual son las causas más poderosas de nuestro atraso, juzgamos más expeditos, más eficaces y más económicos los asilos que se fundasen con carácter privado para diversos grupos de gente desamparada, que los sostenidos por las provincias y los municipios, éstos á su

vez, preferibles á los creados y administrados injusta, desproporcionada y torpemente por el Gobierno central. ¿Harán algo en este sentido las generaciones venideras? Así es de esperar, ya que en todo tiempo ha sido la más inicua injusticia y la más bárbara crueldad que miles de criaturas, sin consuelo ni auxilio alguno, carezcan de pan; en tanto, miles de egoístas, embrutecidos por la materia, arrojan puñados de oro en el fango del lujo y de los vicios más desenfrenados, buscando en orgías y extravagantes caprichos los más groseros placeres con que sus miserables corazones pasan de los latidos del tedio á los latidos del rencor, del aburrimiento á la venganza, de la concupiscencia á la impiedad, de la ingratitude á la mentira, de la vanidad á la soberbia.

La riqueza y la fuerza de las naciones, principal, si no exclusivamente, es proporcional á la cantidad de trabajo y de economía de sus habitantes. Como efecto útil en la masa general de trabajo, estamos los españoles en una de las peores situaciones; desde el punto de vista de la previsión y de la economía, la situación no es mala, es desastrosa. Lleven con paciencia los compatriotas si en este punto se compara á España con los países todavía sumidos en la barbarie.

No comenzaremos una larga disertación acerca de las Cajas de ahorros y de socorros mutuos, de las que tanto se ha escrito. Pasó el tiempo de hablar y hora es de obrar; pero es mucha vergüenza que á fines del siglo XIX únicamente existan treinta Cajas de ahorros, en veintidós provincias. Entre ellas sólo doce cuentan con más de un millar de imponentes; únicamente cuatro, las de Barcelona, Madrid, Bilbao y Valencia, figuran con cifras que pasan de un millón de pesetas, y siguen á éstas Jerez, Santander, San Sebastian, Sabadell y Mataró con partidas comprendidas entre medio y un millón. Las otras Cajas arrastran una vida demasiado lánguida, pero al menos existen. ¿Y qué hacen todavía á estas horas las veintisiete provincias restantes? ¿Carecen de personas ilustradas, de almas generosas, de ricos propietarios en número suficiente para apreciar las ventajas de las Cajas de ahorros? ¿Cómo entienden la civilización, la moralidad pública y los deberes

de proteger á los humildes las ciudades de Sevilla, Murcia, Granada, Burgos, Almería, Oviedo. Linares, Gijón, Cartagena, San Fernando y otras que pasan de 30.000 habitantes y carecen aún de Cajas de ahorros? ¿Ó piensan que son de esas fundaciones que también han de crear y dirigir los Gobiernos? ¿Saben cuántos miles de Cajas de ahorros, con cuántos imponentes y con cuantos millones de pesetas existen las demás naciones civilizadas? Repetidas veces publicaron muchos diarios que del asunto trataron y ocioso es reproducamos tan conocidas estadísticas. Sí repetiremos á las ciudades mencionadas, y á otras de menor cuantía, que eviten señales tan evidentes como éstas de no haber acabado de salir de la barbarie.

La generosidad y la previsión de las clases acomodadas tienen que ser la salvaguardia de la honradez y del orden de las clases populares. Esos caciques de las capitales que turban en las alcaldías y en las diputaciones deben hacerse más dignos de los honores con que se lucran y adornan; pues, de otro modo, merecen que el vulgo se mofe de ellos repitiéndoles esta verdad: «¡Ahí va ese alcalde, mirad ese diputado de una capital que todavía no tiene Caja de ahorros! ¿Será bribón ó salvaje ese cacique? Ellos ó sus hijos pagarán, tarde ó temprano, sus graves deudas de previsión y de patriotismo.»

No cientos, sino miles de Cajas de ahorros habría en los dominios españoles si se interpretaran mejor los sentimientos caritativos y se comprendieran acertadamente las virtudes cívicas. Esa tacañería de dar limosnas con ochavitos y mendrugos, esa dureza de corazón al encogerse de hombros á la vista de las desgracias, esa perversa inclinación á fomentar entre el pueblo diversiones que le hacen más grosero en vez de ilustrarle, nos explican por qué sólo tenemos treinta Cajas de ahorros.

Se ve crecer la mendicidad y la holganza, y en nada se alivia la miseria; se deja caer en la prostitución y en las malas artes á los huérfanos de obreros honrados, víctimas de su deber en la flor de su vida, y no se remedia el abandono de una pobre viuda y de unas inocentes criaturas; se da el mal ejemplo de la disipación y del despilfarro á la gente trabaja-

dora, y no se le enseña otro camino de redención que el de las emigraciones.

Exige el patriotismo á las personas acaudaladas de las ciudades que carecen de Cajas de ahorros se concierten para establecerlas sin más sacrificio que un poco de buena voluntad y la sustitución por imposiciones, generalmente insignificantes, de las pequeñas gratificaciones que suelen dar en varias épocas del año á sus distintos servidores. Una vez fundada la Caja, rápidamente se aficionan al ahorro todas las clases sociales, aliviándose mucho la suerte de los desheredados, como por todas partes sucede, sin dejar el cuidado de esa suerte al innoble juego oficial de la lotería.

No damos á las Cajas de ahorros una importancia tan exagerada que las consideremos como la exclusiva solución para redimir á la gente menesterosa, sí una de los más eficaces para corregir ó refrenar la inmoralidad pública. Dedicándose á la fundación y al fomento de esas Cajas, tomando la iniciativa donde mayor necesidad hubiera é interesando en ellas á los obreros agrícolas, los más desamparados y los más ignorantes, ¿no tendría el clero una buena base para reconquistar parte de su importancia perdida, excitando en su piadosa labor á las altas clases sociales, tan adormecidas y tan apáticas todavía? Es preciso regenerar y revivir al País por todos los medios y con todos los elementos de alguna fuerza disponibles.

La instrucción popular es otro de los recursos para moralizar un país donde abundan los ignorantes y los viciosos. Ni á los elementos democráticos ni á los elementos católicos negaremos los valiosos esfuerzos que han hecho y siguen haciendo en pro de la cultura general; pero los resultados sólo se perciben en los grandes centros de población, no en la casi totalidad de las comarcas agrícolas. La intervención directa por el Estado en la instrucción primaria es uno de los más perniciosos efectos del socialismo oficial á que estamos imprescindiblemente sometidos, y sobre esa intervención hemos de insistir en el capítulo siguiente.

¿En dónde se reúnen los representantes más genuinos y más perjudiciales de la ignorancia nacional? Todos lo saben:

en los establecimientos penitenciarios. Con relación al promedio anual del quinquenio anterior, de 17.801 confinados, no sabían leer 8 590, sabían sólo leer 1.190 y únicamente 323 poseían la instrucción que nos atrevemos á calificar de superior. Respecto á la cultura, entre aquel número había 9.168 de educación descuidada, 7.627 nada más que mediana y sólo para un millar se calificó de esmerada. Estos datos son, creemos nosotros, para mover á compasión á los filántropos y á las personas ilustradas. Pero ¿hay bastante filantropía, al mismo tiempo que bastante ilustración, para remediar estos males? Desde que tenemos uso de razón oímos hablar de reforma penitenciaria, y después de tantos informes, libros, folletos y artículos de periódico, de tantas leyes, proyectos de ley, decretos y reglamentos, se consiguió fundar en Madrid una Carcel-Modelo, objeto de cuchufletas y burlas á todas horas. Un modelo material, en todo caso, pero no espiritual, según las noticias. Los demás presidios y cárceles siguen próximamente lo mismo que en tiempos de Calomarde. La filantropía está representada por unas cuantas ceremonias de las Juntas oficiales, es decir, por una de tantas bromas insulsas de la fantasía nacional; y con este motivo volvemos á nuestro tema. Somos tan inclinados al socialismo del Estado, que si no existiera en otras partes del mundo, de fijo lo inventaríamos en España. Estamos enviciados á pedirlo todo de los Gobiernos, para tener el placer de calificarlos, sin excepción, de rematados.

Si bien la administración de justicia y el régimen de los establecimientos penitenciarios son funciones oficiales, que nadie osaría disputar á los Gobiernos ni á los tribunales, el País, á tener más ilustración y más energía, podría contribuir mucho á mejorar la suerte de los penados, ayudando por mil medios la acción oficial. Nada más lógico que combatir un mal donde causa los peores efectos, y por lo tanto, nada más racional que combatir la ignorancia en las cárceles y presidios. Devolver á la sociedad instruído, educado y con amor al trabajo á un individuo que hubo necesidad de recluir por su ferocidad, por su ignorancia y por su desidia, sería una de las obras más patrióticas y caritativas que las

personas de valimiento y respetabilidad pudieran acometer. Otro campo inmenso y casi del todo inculto que pudiera ganar el clero, para reconquistar influencia y consideración entre los ciudadanos. ¿Impediría algún Gobierno que las personas ilustradas se asociasen en cada localidad para mejorar las condiciones de los desdichados que se revuelven en el cieno de las cárceles y presidios? ¿Tan asquerosas son las cloacas donde están aprisionados? ¿Lo han de hacer todo los Gobiernos? ¿Es cuestión de moda, según los años que corran, perder el tiempo en filosofías y quejas, parecidas á las nuestras, respecto á la reforma penitenciaria? Un poco más de energía, un poco más de actividad, que á todos interesa disminuir, en cuanto sea factible, los estragos que causa la inmoralidad pública.

Quédese para los tribunales la administración de justicia; hagan los Gobiernos lo que buenamente puedan respecto al modo material de que las penas se cumplan, pero trabajemos todos por redimir esos nuestros hermanos caídos en la abyección y en la deshonra. Estúdiense, en primer lugar, la manera más práctica que la consignada en leyes y reglamentos de agrupar en distintas secciones los reclusos, con arreglo á sus diferentes circunstancias; véase qué grupos reclaman una instrucción elemental de que carecen, qué otros aprovecharían algunos conocimientos superiores; examínense con más inteligencia y esmero las aptitudes de los penados, á quiénes sería acertado reunir en colonias agrícolas, á quiénes convendría adiestrar en ciertos oficios; por qué sistema se les estimularía al trabajo, sin necesidad de convertir los establecimientos penitenciarios en empresas industriales, para quiénes serían ociosas las pláticas morales y qué otros utilizarían mejor las sanas advertencias de las personas piadosas. Penetren en las prisiones las almas bienhechoras capaces de dar enseñanzas y consejos; sacrifiquen más dinero á remediar determinadas miserias; dirijan miradas compasivas á las pobrecitas familias de los encarcelados, y tengamos todos mayor espíritu de caridad, seguros como debemos estar que la caridad es semilla que en todos los terrenos fructifica.

¿Nos hemos dejado llevar un poco de nuestra fantasía? Es muy probable, pues prometimos á los optimistas ponernos algunos momentos de su parte.

Debido también á los cuidados de sensibles y piadosas señoras de varias ciudades, se sostienen las escuelas dominicales, con objeto, como es sabido, de elevar el nivel intelectual de las pobres sirvientes y apartarlas unos instantes de las muchas ocasiones de pecar que, como enjambres de abejas, rodean á la gente moza. No diremos si sería conveniente que en esas escuelas se alterasen los cuadros de enseñanza, cambiando algo de sus menudos estudios por varias artes ó manipulaciones de más apremiante necesidad á las incautas ó mal preparadas jóvenes, obligadas por su suerte infeliz á sujetar su voluntad á la ajena. Creemos, sin embargo, que después de tantos años en que esas escuelas siguen funcionando, los resultados no son tan brillantes como en un principio se idearon. En inmensa mayoría las hembras dedicadas al servicio doméstico se burlan de esas respetables instituciones y pretenden más positivas ventajas, que las hallan inmediatamente, si no son muy escrupulosas, en las grandes ciudades. Entran con facilidad suma en la corriente general de la inmoralidad pública; y unas por la orilla, otras por en medio de ella, siguen su curso, ora con perfecto conocimiento de causa, ora rodando ciegas al fango de tan revueltas aguas. Al igual de ciertos gremios de vendedores que, atraídos por la codicia, aprendieron á robar en el peso, en la medida, en la calidad y en la vuelta de la moneda, las pobres sirvientes averiguaron también los estragos de la inmoralidad pública, oyeron decir que España es un presidio suelto, y mientras no les dan tiempo á mejores informes, se llaman á la parte en el caudal de sus amos, á quienes suponen provisionalmente empleados gandules, busconas de alto copete, contratistas sin conciencia, políticos intrigantes, mercaderes sin escrúpulo, horizontales sin vergüenza ó petardistas de oficio.

Materia es ésta que daría lugar á difusas é interminables reflexiones, si tuviésemos afición á minuciosos detalles. Tampoco la tenemos á encontrar diferencias entre los industria-

les y horteras de buena fe y los que llenan sus trastiendas de sapos y culebras.

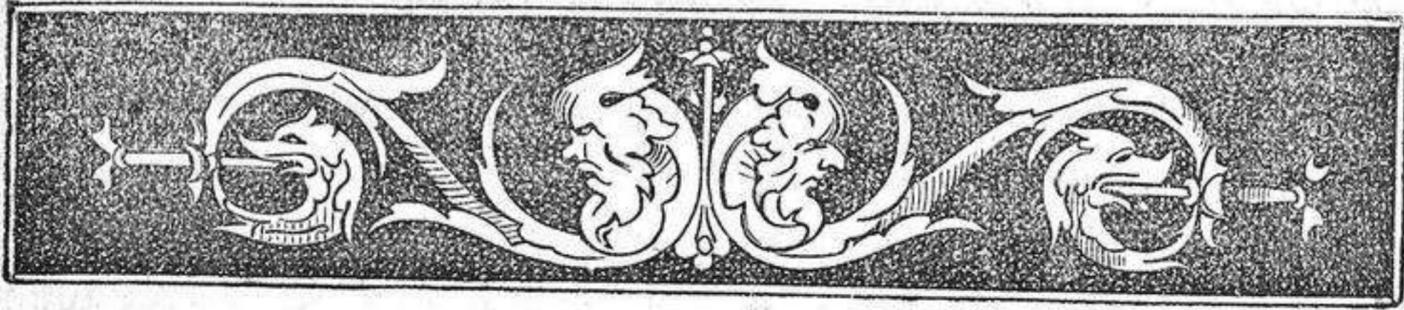
En último extremo, muestras vemos por todas partes de empeorarse las condiciones morales del País, y á nadie mejor que á los patriotas empeñados en asentar la sociedad española sobre bases nuevas conviene investigar el modo de corregir los estragos de la inmoralidad pública. Encubiertos con la piedad cristiana los reaccionarios inculparán por sistema á los demócratas, aunque sea injusta ó hipócritamente, la perversión de las costumbres; por cuya razón, en el estado actual de la patria, los elementos liberales deben estudiar con celo y actividad la manera más enérgica de que nuestro país sea verdaderamente digno de la libertad y de la democracia, es decir, más honrado y más laborioso de lo que muchos se figuran.

Obliga á los Gobiernos, por su parte, dar mejor ejemplo á todas las clases remediando, en lo que buenamente sea posible, el desbarajuste administrativo, una de las causas principales de la inmoralidad pública.

L. MALLADA.

(Se continuará.)





NOTAS

TOMADAS

POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS,
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDAN, AL SENEGAL (I)

(Continuación.)

Antes de abandonar á Timbuctú, séame permitido decir dos palabras acerca de lo que nuestro comercio podía hacer para entrar en relaciones con aquella ciudad. En la costa del Sahara posee España territorios, desde el cabo Bojador hasta el cabo Blanco, en los que se encuentra la factoría de Río de Oro, y cuya región está poblada, en su mayor parte, por tribus nómadas que se dedican á llevar á Timbuctú, por el camino de *Walata*, que es el más corto, la sal que se procuran en los criaderos de *Tishit*, y por las populosas de los *Ulad-Bu-Sbaa*, que habitan junto á cabo Blanco, cuya tribu es la de más importancia, no sólo por dedicarse al comercio, sino porque en su calidad de *sherifes* tienen una especie de salvoconducto que les libra de la rapiña de los árabes que habitan todo el país llamado *Adrar-Temar* y de los que viven hasta *Walata*.

Creo que, entrando en relaciones con los *Ulad-Bu-Sbaa*, y atrayéndolos á nuestra factoría, alejando de ellos toda des-

(I) Véase la pág. 145 de este tomo.

confianza y proporcionándoles los géneros que van á buscar en los *socos* (ferias) del Sus, Guad-Nun ó San Luis del Senegal, se formaría una corriente comercial que, de poca importancia en un principio, llegaría á convertirse de pequeño arroyo en caudaloso río.

Durante mi peregrinación por el Sudan y por todos los pueblos que he tenido que atravesar, siempre he encontrado árabes, en su mayoría, de los *Ulad-Bu-Sbaa*.

El trayecto que tendrían que recorrer las caravanas, creo que es mucho más corto que el que hicimos nosotros desde *Ilig* á Timbuctú, con la ventaja de ir por país habitado. De Río de Oro á Adrar creo no se invertiría más de diez días de viaje, diez de Adrar á *Imodhelan*, en donde se reunirían con las caravanas que con sal vienen de *Tishit*, tres desde *Imodhelan* á *Walata*, y de este pueblo á Timbuctú diez días; total, treinta y tres días, cuando desde *Ilig* á Timbuctú invertimos cuarenta y cinco días á un paso muy ligero.

La cuestión es empezar por atraer á los jefes del *Adrar* y *Ulad-Bu-Sbaa* para que éstos hagan viajes á Timbuctú con nuestras mercancías, y comprarles las que á su regreso traigan del Sudan.

El viaje de Río de Oro á Timbuctú es menos penoso que el que nosotros seguimos á causa de que, mientras nosotros no encontrábamos agua mas que de seis en seis días, por este camino se encuentra casi todos los días; y tan es así, que los *Ulad-Bu-Sbaa* conducen por él á Timbuctú los caballos que compran en los *socos* del Sus y Guad-Nun, invirtiendo unos sesenta días en el viaje.

Por último, con una buena dirección se podría, quizás, hacer un verdadero *río de oro* de la factoría de este nombre, estableciendo corrientes comerciales entre ella y la ciudad de Timbuctú, y cuyas corrientes podían establecerse sin verificar grandes sacrificios.

Los géneros que tienen más aceptación en Timbuctú son las piezas de tejidos ordinarios de algodón teñidas de azul, que se llaman *guineas* y los árabes las nombran *jont*; las ordinarias de algodón crudo de tejido muy claro y las blanqueadas, teniendo siempre presente la baratura del género

de preferencia á su calidad, algún té verde, azúcar de pilón refinada muy cristalizada, y otros mil objetos que el trato con los árabes darían pronto á conocer.

En cambio traerían goma arábica, marfil, oro, plumas de avestruz y otras cosas que fuera fácil colocarlas en Europa.

DE TIMBUCTÚ Á BASICUNO

Como ya he referido, quedó arreglada nuestra marcha para el día 17 de Julio de 1880, en el que, con dirección á *Basicuno*, salimos de Timbuctú, caballeros en nuestros camellos, y el Doctor en su pequeño asno, acompañados hasta las afueras de la ciudad por cuantas personas conocíamos. Ya nos encontrábamos á alguna distancia cuando vinieron á avisarnos que *S. M. Fandagomo*, Rey de los *Tuaregs*, venía á darnos el adiós de despedida, lo que nos obligó á detener un poco nuestra marcha para esperar á *S. M.*, que al poco rato le vimos llegar sobre un hermoso caballo, acompañado de una gran escolta de *tuaregs* montados sobre caballos ó en parejas sobre camellos, y todos armados como si fueran á entrar en batalla; el jefe nos saludó dándonos una muestra de consideración nunca vista, según nos dijeron los que nos acompañaban. *Fandagomo* representaba tener de cuarenta y cinco á cincuenta años, y era de formas atléticas; después de saludarnos y desearnos un feliz viaje, partió para sus tiendas, y nosotros proseguimos nuestro interrumpido viaje, entrando otra vez en el país llamado *Asawad* que habitan los *Brabish*, de donde eran naturales los arrieros que nos conducían, hasta internarnos en un bosque de mimosas y tamarindos, en el que descargamos y descansamos hasta que refrescó el día, y entonces seguimos nuestro viaje hasta la noche, que hicimos alto en un sitio desprovisto de arbolado.

Los *Brabish* se dividen en doce tribus que, reunidas, forman la conocida por ese nombre; son gentes pacíficas y se

dedican, como he dicho antes, al transporte de sal desde *Taudenni* á Timbuctú; y su espíritu de independencia y amor á su país es tan fuerte, que ni los feroces *Tuaregs*, sus vecinos, han podido jamás apoderarse de *Arawan*, y han sido derrotados cuantas veces lo han intentado; son los *Brabish* de muy buenas condiciones y no atacan á nadie; pero si son atacados, se defienden con valor temerario.

El día 18 levantamos el campo; continuamos marchando por el mismo bosque que el día anterior, siguiendo la dirección SO.; dejamos á nuestra izquierda unas pequeñas montañas al pie de las cuales se desliza el río Níger, que los naturales llaman *Um Eyyerad* (Madre de las Langostas); el calor que nos abrasaba nos obligó á detenernos desde el mediodía hasta las tres, que volvimos á marchar, yendo á pernoctar en el territorio ocupado por los *Turmus* y á cuya kabila pertenecían nuestros conductores.

El día 19 empezamos la jornada tan de madrugada como el día anterior; continuamos avanzando por el bosque, que cada vez se hacía más espeso y su vegetación más exuberante; como el agua se nos había concluído, aprovechamos el descanso del mediodía para que los guías fueran á tomarla de un brazo ó afluente del Níger que llaman *Tahaquimet*; en este día tuvo el Doctor Lenz un acceso de fiebre, que desapareció con un gramo de sulfato de quinina.

Ya en Timbuctú empezó el Doctor á sentir el malestar precursor de la fiebre que hoy se le ha declarado, y que desapareció bajo la influencia de la quinina, pudiendo continuar el viaje el día 20 á las seis de la mañana.

Aún no habíamos hecho tres horas de marcha, cuando se levantó un huracán que no nos dejaba caminar y nos obligó á echar pie á tierra, y de prisa y corriendo empezar á armar las tiendas, porque las lluvias torrenciales de los Trópicos se nos venían encima, como así fué, pues antes de concluir de armar la primera, ya llovía á torrentes y nos mojaba todo el equipaje, que pudimos colocar dentro de la primera que se armó, ínterin luchábamos con el viento para colocar otra, que nos derribaba apenas era arbolada; por fin, después de mil fatigas, pudimos arreglarlas y meternos dentro.

Para aprovechar el agua que las tiendas escurrían, colocamos algunos objetos que, á medida que se llenaban, nosotros vaciábamos en los odres hasta llenar dos de éstos y tener la necesaria hasta hallar en donde encontrarla otra vez.

El Hach-Alí, sin saber por qué, se mostró muy enfadado conmigo, y empezó á increparme en un tono agresivo; al verme yo agredido tan injustamente por aquel miserable, le increpé más duramente y llegué á amenazarle con mi revólver, con la firme intención de concluir con él y desembarazarnos de aquel estorbo, que de nada nos había de servir en adelante más que para delatarnos, como ya lo había hecho en Timbuctú; y en esta ocasión, como en otra que dejo referida, le salvó la vida el bondadosísimo Doctor sujetando mi brazo antes que pudiera ofenderle, manifestándole la sinrazón de su conducta, que era cada día más impertinente y nos ocasionaba serios disgustos, tanto á él como á mí, y por último, viendo que eran inútiles sus tentativas para subyugarme, pues repelía la fuerza con la fuerza, me dejó en paz por entonces, mas nunca estaba descuidado por su mala conducta, que ya nos era en extremo sospechosa.

Pasamos todo el día en las tiendas, y por la tarde, cuando serenó el tiempo, pudimos admirar el bosque, convertido en un pantano, en el que nos fué forzoso pernoctar y permanecer hasta la una de la tarde del día 21, en cuya hora levantamos el campo y caminamos hasta las cinco de la tarde, que encontramos terreno un poco firme, y dimos alto para pasar la noche en él, porque los animales no podían continuar marchando con el peso que se les aumentó con la mjadura del equipaje y tiendas, y preparar nuestra comida, que se reducía á arroz ó *alcuscus* de sorgo.

Antes de levantar tiendas, el día 22, llegó un enviado del Sadic, shej de la kabila *Turmus*, pidiéndonos, en su nombre, fuéramos á sus *jaimas*, que tenía mucho placer en hospedarlos. Al oír tan atenta invitación, seguimos al enviado, que nos condujo al duar donde residía el jefe de la kabila, y desde aquí entramos en un terreno mezclado de arena y arcilla, de vegetación exuberante, y dejamos á nuestra espalda los interminables arenales.

Unas cuarenta ó cincuenta jaimas, esparcidas en la llanura, formaban la residencia del shej; todos los habitantes salieron á recibirnos, disparando sus fusiles en son de fiesta, y algunos, con sus tambores y gaitas, nos rodeaban; por fin, el shej nos dió la bienvenida, y con ella una gran tienda de piel de carnero, curtida y pintada de rojo, como todas las que ellos usan, en donde nos arreglamos mientras ponían las nuestras junto á ésta.

Nos envió dos carneros vivos y cuatro grandes platos de madera llenos de leche; nosotros, en cambio, le regalamos un sable, y nos rogó, con mucha insistencia, que pasáramos el día siguiente en este sitio, y cuyo ruego aceptamos con el mayor placer.

Á los árabes les llama mucho la atención cuando ven á alguien con bigote, y el Doctor, que no conocía bien los usos y costumbres de la gente que habita aquellos parajes, nunca quiso acceder á cortárselos un poco, sin darse cuenta del riesgo que por esta pequeñez corría; y sólo viendo que nosotros se lo aconsejábamos y que los árabes le indicaban que nadie usaba bigotes mas que los cristianos, se vió en la necesidad de recortárselos, aunque no de la mejor voluntad, y encargándome se los recortaran lo menos posible; armado yo de unas tijeras, le di un buen golpe en las guías y se las corté completamente; cuando se vió al espejo se irritó sobremedera, enfadándose conmigo extraordinariamente; mas yo, por toda respuesta, le dije que durante el camino, hasta llegar al Senegal, tendría tiempo de que le crecieran; éste fué el único pequeño disgusto que tuvimos los dos durante todo nuestro largo y penoso viaje.

Los días 23 y 24 fueron de descanso en el duar, y sus habitantes nos enviaron carneros asados, leche y pollos, que nos sirvieron para reponer nuestras perdidas fuerzas; los carneros los asan envolviéndolos en la piel y metiéndolos en un hoyo que cubren con arena, y encima colocan gran cantidad de leña que encienden y dejan arder hasta que se consume, y, retirando las cenizas y la arena, sacan el carnero asado.

En la tarde de aquel día nos visitó el shej de la kabila lla-

mada *Iguiladen*, deseoso de ver algo extraordinario del *Haquim*, como ellos le decían, y, cuando fué de noche, cogió el Doctor un pedazo de alambre eléctrico, como había hecho en Timbuctú, y lo encendió, produciendo la luz sobre ellos el mismo efecto mágico que sobre los habitantes de aquella ciudad, hasta el punto de que todos á una decían *magó*.

Los ascendientes de los *Iguiladen* son árabes y dicen proceden de la tribu árabe llamada *Ensar*, que fué la primera que ayudó á Mahoma en sus primeras expediciones; hoy se han asimilado á los *Tuaregs*, cuyas costumbres y dialecto usan, y son despreciados por los mahometanos porque no observan con toda exactitud los preceptos del Korán.

Durante nuestra estancia en el duar fuimos agasajados por todos sus habitantes, que á porfía nos enviaban carneros, leche, manteca y pollos.

El 25, después de despedirnos de los *Turmus*, que también nos habían agasajado, continuamos la marcha por un bosque de mimosas y tamarindos, que espesaba á medida que nos internábamos y nos presentaba ejemplares de otras especies de árboles; después de descansar un poco durante el mediodía, continuamos la marcha y pasamos aquella noche en medio del bosque.

El 26 proseguimos nuestro viaje, algo molestados por el calor y la sed, que no podíamos apagar por habérsenos acabado el agua, cuya provisión tuvimos que reponer en unas pozas que la contenían casi corrompida.

Desde que empezamos á beber el agua corrompida nos sentimos mal del estómago, y lo peor no era que nos sintiéramos mal ahora, sino lo que nos esperaba; porque desde aquel sitio en adelante no esperábamos encontrar agua potable sino las que contienen las *daias* ó charcas que forman las lluvias, y en las que bebe el ganado, lavan ropa y cuerpo aquellos habitantes, y, por último, se bebe; no hay estómago que resista aquel líquido, y menos si uno piensa las materias que en sí contiene; esto no nos agradaba, y menos si considerábamos la calidad de nuestras provisiones; pero como la necesidad nos obligaba á sacar fuerzas de flaqueza en la esperanza de días mejores, nos resignamos y al anochecer le-

vantamos nuestras tiendas en un bosque en el que pasamos la noche.

Á las seis de la mañana del día 27 levantamos el campo, y aunque molestados por un viento fuerte que nos auunciaba la proximidad de la lluvia, seguimos nuestra marcha con dirección Sur; y en el bosque, que era más espeso mientras más nos internábamos en él, vimos algunas cebras, gacelas, pisadas de león, de bueyes salvajes y de girafas.

La lluvia, que nos estaba amenazando desde el principio del día, se nos vino encima á las cuatro de la tarde y nos obligó á levantar nuestras tiendas y pernoctar en aquel paraje.

El día 28 seguimos nuestro viaje con tiempo lluvioso y viento muy violento, hasta el extremo de impedir que nuestra jornada fuera tan larga como los días anteriores, obligándonos á montar las tiendas á las tres de la tarde para descansar en aquel paraje hasta la mañana siguiente y reponernos algo de las molestias sufridas en aquel día.

Con tiempo bonancible, á las seis de la mañana del 29, proseguimos nuestra interrumpida marcha y llegamos á un sitio llamado *Ras-el-Ma* (Cabeza del Agua), y como el agua se nos había concluído, los guías tuvieron que ir por ella á un sitio llamado *Embiba*; en este sitio abundan mucho los leones, y pudimos ver sus huellas enmedio del bosque; los guías, para evitar el ataque de animales dañinos, hicieron grandes hogueras durante aquella noche y las alimentaban sin cesar para que el fuego no se extinguiera.

Si hasta aquí habíamos viajado con seguridad, por pertenecer á los *Brabish* todo el territorio que habíamos recorrido, en adelante no era lo mismo, por entrar en el territorio de los *Ulad-Alush*, que no gozan en el país de muy buen nombre, porque roban á todo el que pasa por su kabila; así fué que todos prevenimos nuestras armas, y hasta los guías mostraban gran recelo al viajar por este país; al finalizar el día plantamos nuestras tiendas dentro del terreno de los *Ulad-Alush*.

El 30 por la mañana entramos en un bosque tan pintoresco y de tan variada vegetación, que nos distrajo por demás,

llegando por momentos á olvidar nuestro cansancio y á no acordarnos del calor que cual plomo derretido caía sobre nuestras cabezas.

Si variada es la vegetación de dicho bosque, no lo es menos la de animales que en él se guarecen y que á cada instante saltaban delante de nosotros; tanto, que uno de nuestros guías no pudo resistir á la tentación de tirar sobre una hermosa cebra, que quedó muerta del tiro y nos sirvió aquella noche de succulenta cena.

Aquella noche pernoctamos en el mismo bosque, en una deliciosa explanada cubierta de flores silvestres, aunque sumamente intranquilos por los peligrosos vecinos que nos rodeaban y de los que, como del león, habíamos visto pisadas recientes.

El día 31 seguimos marchando todo el día por el mismo bosque, y después de descansar desde las doce hasta las dos, proseguimos nuestra marcha hasta un duar de los *Ulad Alush*, en donde pasamos la noche y fuimos muy bien recibidos y obsequiados, dándonos buena cena y leche en abundancia, y que nosotros agradecemos extraordinariamente por los vehementes deseos que teníamos de beber cualquier cosa que no fuera el agua inmunda que la necesidad nos obligaba á beber; así que no nos saciábamos de beber de aquella leche, que á todos nos pareció ser la mejor que en nuestra vida habíamos bebido.

El 1.º de Agosto partimos muy temprano para aprovecharnos del fresco de la mañana y descansar las horas de calor, y á las doce llegamos á una *daca* ó poza, en donde descansamos y repusimos nuestra provisión de agua, que ya se nos había concluído; y digo provisión de agua, cuando debía decir de cieno, que otra cosa no era lo que en dicha poza recogimos; y cuando la fuerza del sol se mitigó un poco y empezó á refrescar, seguimos caminando hasta el anochecer, en cuya hora acampamos en medio del bosque.

El día 2 fué tan monotonó nuestro camino, que nos fatigamos bien pronto y resolvimos levantar tiendas y descansar para reponer nuestras abatidas fuerzas por las marchas continuas al sol que, como fuego, nos abrasaba, sin que

pudiéramos contrarrestarle con un buche de agua pura, sino con cieno.

Bien de mañana empezamos la jornada del día 3 de Agosto, y con un calor abrasador nos internamos en el bosque, marchando hasta las doce de la mañana, en cuya hora, después de haber dejado á nuestra espalda el pozo llamado *Busriba*, plantamos nuestras tiendas para librarnos del sol que nos abrasaba; nos despojamos de nuestras vestiduras exteriores, almorzamos un poco de arroz condimentado con una poca de carne seca que llevábamos de los carneros que nos habían regalado los *Turmus*, y nos empezábamos á dormir cuando á las dos de la tarde sentimos un ruido extraño que nos despertó sobresaltados y nos obligó á salir de nuestras tiendas al Doctor Lenz, á el Hach-Alí y á mí; no bien nos encontramos fuera de ellas cuando vimos á nuestros conductores disputando con una banda de árabes de los *Ulad Alush* para que les devolvieran los camellos que les habían cogido; visto esto y hacernos cargo de nuestra situación, fué cosa de un momento, y consultándonos más con la vista que de palabra, decidimos defendernos hasta morir antes que aquellos desalmados quitaran nuestro equipaje y provisiones.

Ya era tiempo de tomar una resolución, porque apenas habíamos cogido nuestros revolvers y nuestros árabes se habían armado con carabinas, cuando cuatro hombres á caballo y quince á pie, armados con escopetas de chispa de dos cañones, se presentaron en la explanada en donde estábamos acampados, y á toda prisa se dirigían á recoger el botín que á tan poca costa creían alcanzar; verlos asomar, formarnos en ala los siete que allí estábamos y marchar hacia ellos con las armas preparadas para hacer fuego, fué cosa del momento.

Al ver aquella gente nuestra actitud, empezaron á dar espantosos gritos para atemorizarnos, y al ver que nada conseguían con sus gritos, el que parecía su jefe, y en efecto lo era, á grandes voces nos intimó que nos separáramos del equipaje si no queríamos ser muertos por ellos; yo les dije que haríamos fuego sobre ellos si daban un paso más adelan-

te, y que si querían llevarse nuestro equipaje, sería mezclado con nuestra sangre.

Viendo el shej que estábamos resueltos á cumplir lo que le decíamos, mandó á su gente que hicieran alto mientras que él trataba de convencernos de lo disparatado que era el hacer armas contra ellos. El Hach-Alí, con su escopeta en la mano, se dirigió al shej, acompañado de los dos arrieros, y el Doctor Lenz y yo con dos árabes quedamos en línea guardando los equipajes. Empezó una discusión por nuestra parte para hacerles comprender que, si nos atacaban, seríamos vencidos por el número, pero que ellos tendrían sus bajas, porque no cesaríamos de defendernos mientras uno de nosotros viviese, y que tomábamos aquella resolución porque preferíamos morir de un tiro mejor que quedar abandonados en el desierto, sin camellos, sin provisiones y sin nuestras notas; les dijimos que por qué atacaban de aquella manera á unos *sherifes* que iban á hacer la guerra santa al Senegal, y nos dijeron que todo cuanto hay en su terreno les pertenecía, y más siendo cristianos, como le habían dicho unos árabes, y que llevábamos grandes riquezas de Timbuctú para el Senegal.

Durante la conferencia del shej *Bubeqquer* (que así se llamaba aquel capitán de asesinos y ladrones), algunos de los de la banda quisieron meterse entre nosotros con el pretexto de pedirnos agua, pero se lo impedimos apuntándoles con nuestras armas, así que se quedaron en su sitio; y, viendo el jefe que de ningún modo podían conseguir por fuerza nada de nosotros, nos dijo que no quería ya perder el viaje y que mandaría retirar los suyos si nosotros le dabamos el pago de su trabajo. Aceptamos su proposición si mandaba devolvernos los camellos, porque sin éstos no podíamos seguir nuestro camino, y, acordándose que se devolverían, dió orden á su lugarteniente para que los trajeran, y á los demás que se retiraran, pues nosotros no conducíamos nada que pudiera merecer la pena de morir algunos de ellos por tan poca cosa.

El árabe del desierto, cuando ve, como veía en aquel momento, que alguno va á morir, no sigue adelante su ataque, pues cada uno se dice que si él muere no lleva parte en el

botín, y los otros lo llevan sin derramar sangre ninguna.

De mala gana se marchó la banda después de entregarnos los camellos, y se quedó con nosotros aquel endiablado *shej* que tan mal rato nos había hecho pasar. Sin separarnos uno de otro, y arma al brazo, empezamos por ofrecerle tres duros en plata, y no mostrándose satisfecho, le dimos media pieza de tejido blanco de algodón, un jaique del Hach-Alí, un cobertor de algodón, una manta de lana fabricada en Timbuctú que llevábamos como cosa rara, y por fin, para su carmitad, un par de babuchas rojas, con lo que se quedó conforme.

Aprovechando su presencia entre nosotros, y juzgando que apenas nos separáramos de él otra banda de los *Ulad-Alush* nos iba á atacar, proyectamos el que nos acompañara hasta *Basicuno*, y habiéndoselo propuesto, aceptó si le pagábamos el viaje, á lo que accedimos gustosos, y emprendimos la marcha sin detenernos hasta las dos de la madrugada, que descargamos los camellos, porque el hambre y el cansancio nos impedían continuar; y quedó uno de guardia, por temor de que nos hiciera alguna mala pasada aquel bribón, aunque todos éramos guardianes y ninguno se entregó al descanso.

Mientras vivamos, todos los que componíamos aquella pequeña caravana no podremos olvidar lo que sufrimos en este día; si demostramos cobardía ó miedo, hubiera concluído nuestro viaje de la manera más desastrosa que viajero alguno ha concluído el suyo, porque, si no moríamos de un tiro, quedábamos enmedio del desierto, sin víveres y sin bestias que nos condujeran y, lo peor, hasta sin agua con que mitigar el horrible calor que hacía.

Después de descansar unas tres horas, á las cinco de la mañana del día 4 de Agosto emprendimos nuestra marcha en dirección á *Basicuno*, donde pensábamos entrar aquel día; durante la jornada no cesaban de salirnos al encuentro fuertes partidas de los *Ulad-Alush* que, al ver con nosotros al *shej Bubeqquer*, daban media vuelta y se internaban en el bosque; así fuimos dejando atrás algunos *duares* habitados por los *Ulad-Alush*, y desapareciendo de pronto el bosque, nos encontramos en un llano en el que se veían campos cultiva-

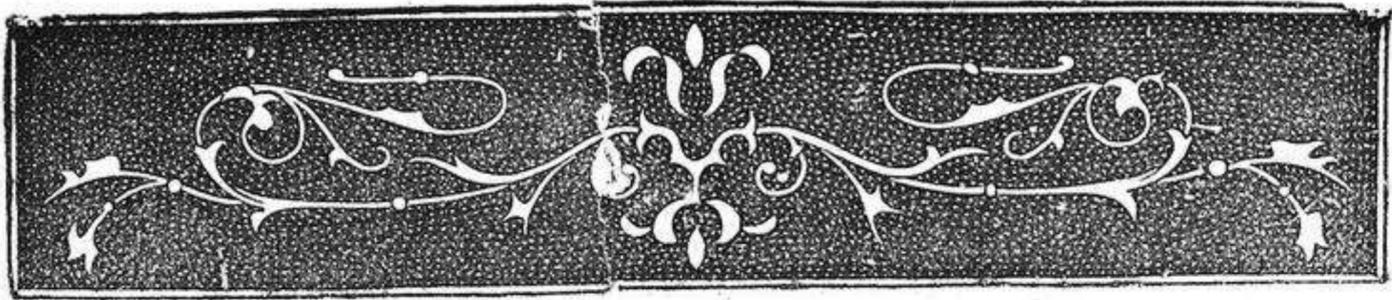
dos de *sorgo* y maíz; nos encontrábamos á algunos labrando sus tierras de una manera muy original, pues por todo instrumento agrícola tienen un pequeño pedazo de hierro puesto en un palo, y con él hacen un hoyo en tierra, en el que depositan la simiente, que tapan con el pie, y se concluyó la operación.

Es tan feraz aquel terreno que las cañas de *sorgo* y maíz alcanzan proporciones gigantescas, hasta el extremo de que los sembrados que atravesamos cubrían á camellos y jinetes. A las cuatro de la tarde entramos en *Basicuno* y fuimos á hospedarnos en casa del jefe de la población, el que nos cedió una habitación que no aceptamos, prefiriendo montar nuestras tiendas en el patio.

CRISTÓBAL BENÍTEZ.

(*Se continuará.*)





IN ARTICULO MORTIS

EPISODIO DE LA GUERRA DE SUCESIÓN

TRANQUILIDAD completa gozaban las monjas del convento de Santa Cruz, allá en apartado lugarejo de la provincia de Toledo, cuando las huestes del Archiduque Carlos aparecieron en las cercanías del piadoso recogimiento atemorizando con aparatos de guerra el inocente espíritu de las siervas de Dios.

Al ver los sencillos campesinos, mientras cuidaban sus yuntas, destacarse á lo lejos la silueta de los soldados enemigos que formaban las avanzadas del ejército invasor, refugiáronse temerosos al lugar, propalando la triste nueva, que vino á infundir entre todos la consternación y el espanto.

Corrían de boca en boca los atropellos cometidos por la soldadesca del Pretendiente, y eran de oír las descripciones que se hacían acerca del incendio de las casas donde moraban los partidarios de Felipe V, el brutal atropello de las mujeres arrebatadas á los brazos del padre ó del esposo, el saqueo de los conventos y la profanación de las iglesias. Todo relato bárbaro ó sangriento era acogido por verídico, sin reserva ni duda, y bajo

estos auspicios, la aproximación de aquel ejército se tenía en los pueblos afectos al Monarca francés como una espantosa desgracia.

Era la caída de la tarde cuando el enemigo se presentó en una altura que dominaba al pueblo, y desconociendo las fuerzas que D. Felipe tendría allí preparadas, se contentó con tomar posiciones esperando la venida del nuevo día para comenzar el bloqueo. Los del lugar, que no contaban para su defensa con más tropa que doscientos infantes y cuarenta jinetes, amén de algunos paisanos armados, determinaron resistir heroicamente hasta quemar el último cartucho, y entretuvieron la noche combinando un plan de resistencia, para lo cual distribuyeron la gente del modo y forma que se dirá más adelante.

El convento de Santa Cruz, construído en las postrimerías del reinado de la piadosa D.^a Isabel I, era un edificio gótico, de maciza fábrica, el único que por su solidez y situación ofrecía ventajas positivas para resistir un asedio, puesto que, á más de su abundante sillería, por el un lado defendía la entrada natural del pueblo, y por el otro la de la plaza, puntos estratégicos que el enemigo trataría de aprovechar. El caso es que el convento quedó aquella noche transformado en ciudadela, no sin protesta de las acuitadas monjas, que poseídas de espanto contemplaban su casa con un mal presente, y amenazada con otro mayor. Una Junta compuesta del jefe de la fuerza militar, del alcalde y de algún vecino ricacho se instaló en la portería del convento, ocuparon las ventanas los paisanos, y la infantería procuró situarse en sitio conveniente para impedir la entrada del enemigo en el lugar, quedando la caballería de reserva para arrojarse sobre los austriacos en un momento oportuno. Estos preparativos, la confusión natural que en tales situaciones se produce, las idas y venidas de unos y otros, y el chocar de las escopetas en el solado de las habitaciones, tenían atribuladas á las pobres monjas; así es que la prelada y la tornera, la clavaria y la recepto-

ra, y todas á un mismo tiempo daban disposiciones, aventuraban ideas, manifestaban pareceres que eran aprobados sin discusión acto continuo, pero acto continuo también desechados ante cualquier objeción, por pueril que fuese. Sólo una demostró entereza y serenidad: Lucila.

Hallábanse las monjas en la sala capitular.

—Madre priora—dijo Lucila adelantándose ante la prelada, anciana respetable por su virtud y por sus años,—la tribulación que nos amenaza es obra de los hombres consentida por nuestro amado. Si conviene, nos libraré de ella; si la merecemos por nuestros pecados, sufrámosla con resignación.

—Así me gusta—exclamó la prelada tomando entre sus huesosas y descarnadas manos las finas y torneadas de Lucila;—veo que piensas con cordura. Aunque lo callé expresamente porque no te envanecieras, sabe que muchas veces he seguido tu opinión en asuntos graves de la comunidad.

Lucila se inclinó ruborosa por aquella alabanza, y estampó enternecida un apretado beso en la diestra de la prelada.

Lucila era hermosa, alta, de formas esculturales, de modales naturalmente distinguidos, de tez morena, de perfil correcto, de ojos grandes y expresivos, que tenían la negrura del azabache y los destellos del mejor pulimentando brillante. Por su aspecto, su corpulencia y su dignidad parecía una de aquellas matronas romanas que nos describen los clásicos. En su mirada se veía la franqueza, en su sonrisa el candor, en su voz la amabilidad; pero voz, sonrisa y mirada, saliéndose de lo vulgar, descubrían un espíritu vigoroso y un corazón templado á golpes como el acero. Un sayal blanco con escapulario igual cubría su cuerpo; la capa de coro ocultaba las perfecciones de su busto, y una toca de lino rizado le aprisionaba el rostro haciendo resaltar su hermosura, porque de este modo no dejaba á la vista distraerse con otros encantos. Estaba en el convento como en un co-

rreccional, merced á ciertos amores contrariados por sus padres. Se la amenazó con hacerla monja si no accedía á una boda de conveniencia preparada por la familia, y la joven aceptó de buen grado la reclusión antes que entregar su mano á quien no amaba. No era, pues, profesas, ni novicia, ni educanda: vestía el hábito de la orden, cumplía los preceptos de ésta con escrupulosidad y se acomodó de buen grado á las costumbres y rezos de las religiosas. Con ser la más moderna, en el corto período que llevaba dentro del convento había conseguido, sin darse de ello cuenta, dominar en la voluntad de las monjas sus compañeras, al punto de que no se hacía cosa alguna sin la aquiescencia ó auxilio de Lucila, pues era tanto para improvisar unos floreros en el aderezo de un altar portátil, como para bordar un acerico con vidrios, y gustaban todas verla con un mandil de cocinera preparar un ajo de pollo ú oirla cantar el *incarnatus* del Credo en una fiesta religiosa. Pero Lucila ignoraba sus perfecciones morales, y como hacía tiempo que no se miraba al espejo, se había olvidado de que era hermosa. De aquí resulta que á sus muchas bellas cualidades hay que añadir la modestia, y por esto, cuando la prelada alabó su talento delante de las hermanas, el rubor se presentó en su semblante.

—Dice el Alcalde—exclamó una novicia—que si entran los soldados del Archiduque nos matarán.

Lucila se encogió de hombros.

—¿Y qué haremos?—preguntó otra.

—Rezar—contestó la interpelada.—Rezar por los que nos amenazan.

—Dice bien—balbuceó la superiora.—Este es nuestro sitio: recemos.—Y dirigiéndose á su sitio se acomodó en él con la tranquilidad del que ha tomado una resolución, sin cuidarse, ó haciendo que olvidaba, por lo menos, los acontecimientos que iban á tener lugar fuera de aquel recinto.

La sala capitular era una espaciosa habitación abovedada: en uno de sus lados tenía un cuadro de la repre-

sentación de la Virgen, alumbrado por una lamparilla de aceite, cuya mortecina luz se perdía á corta distancia dejando el resto de la habitación envuelto en la sombra. Una sillería de macizo roble ocupaba la parte baja de las paredes del salón, excepto uno de sus lienzos que se hallaba formado por la reja ó red que caía al lado de la capilla mayor de la iglesia.

Luego que las monjas ocuparon sus asientos, comen- zóse á rezar un rosario, dirigido por la prelada, y terminado que fué siguieron rezando á media voz las ora- ciones que cada cual halló más oportunas. Hubo hermana que, dejándose dominar por la natural preocupación á que el conflicto disponía, entabló animada plática con la compañera de asiento, y aun se dice que alguna sin fuerza para resistir la velada, apoyando dulcemente la cabeza en la mano y el codo en un brazo de la sillería, quedóse dormida al arrullo del monótono ruido que las otras pro- ducían con su rezo.

Lucila sentóse en una banqueta á los pies de la prela- da, y ésta, que la observaba atentamente, creyó notar en la reclusa la carencia de aquella tranquilidad de espíritu de que poco rato antes había hecho pública os- tentación.

—¿Qué tienes?—le preguntó poniéndole la mano sobre el hombro con cariñosa superioridad.

—Tengo, querida madre—respondió,—un desasosiego como nunca he sentido, una pesadumbre que me hace verter lágrimas, un presentimiento que me oprime el co- razón.

—¿Temes que atropellen el convento los soldados del Archiduque?

—No, mi buena madre.

—¿Te atormenta el recuerdo del mundo?

—Tampoco.

Lucila dirigió en torno suyo una mirada de investi- gación, y convencida de que nadie la escuchaba, dijo:

—Bien sabéis que yo estoy en el convento por haber- me negado á aceptar la mano del esposo que me propor-

cionan mis padres, rico en más de un cuento de ducados, pero de avanzada edad y de áspero carácter. Y no era esto sólo, sino que mi corazón estaba ya ocupado con otro cariño.

La superiora se echó atrás en el sitial, apoyándose en el respaldo, y se santiguó.

—Sí, yo amaba á un hombre honrado, galán y.....— Después de un momento de pausa añadió:—¡Y pobre!

La anciana hizo un gesto, arrugando el entrecejo y recogiendo la boca. Hasta entonces no se había explicado el fundamento de la resolución de los padres de Lucila, pero se contentó con decir:

—¡Todo sea por Dios!

—Alvaro de Mendoza—prosiguió la joven,—me amaba mucho. Se llama Álvaro. ¿Verdad que es un nombre muy bonito?

—¡Chust!—se apresuró á decir la prelada, poniendo á Lucila la mano en la boca.—Sigue tu relato sin hacer digresiones.

—Mendoza, cuando se convenció de que mis padres no transigían, y que yo me encerraba en un convento, me juró ir á la guerra y dejarse matar para no sobrevivir á la desgracia de verse separado de la mujer que había elegido para esposa.

—¿Cómo te vino á la memoria ese recuerdo? El enemigo malo sin duda.....

Lucila tuvo un instante de vacilación; después prosiguió diciendo:

—Perdón, mi buena madre, si os lo he ocultado. Mendoza se halla en el pueblo. Á través de la celosía le he visto cruzar la calle. La casualidad le ha puesto delante de mis ojos. Es uno de los oficiales que mandan la tropa de infantería.

La anciana se cubrió el rostro con las manos. Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual Lucila, asustada de su espontaneidad, no tuvo valor para añadir una palabra más, y su confidente, cohibida bajo el peso de lo que acababa de escuchar, permaneció como

absorta abarcando poco á poco la importancia del secreto revelado. Repuesta la cariñosa anciana de la impresión recibida, trató de tranquilizar á Lucila, empleando los recursos todos de su sencilla y piadosa oratoria para llevar al ánimo de la contristada joven la resignación que tanta falta le hacía en aquellos momentos; pero sucedió que cuanto más hablaban del asunto las dos mujeres, más zozobra nacía en el corazón de la falsa novicia, fenómeno que acontece muchas veces cuando al cambiar impresiones con otra persona nos damos cuenta exacta de nuestra situación.

Entre consejos de la prelada y contriciones de Lucila se pasó el resto de la noche. Ya empezaban á cerrarse los párpados de las que habían podido contrarrestar la influencia del sueño, ya sentían todas ese frío, ese malestar que se experimenta al venir el alba, después de una noche de insomnio, cuando la naciente claridad del crepúsculo comenzó á destacarse en los cristales que cerraban las ojivas de la sala capitular. Era el momento crítico. Suponíase que el enemigo atacaría al pueblo al romper el día, y las monjas, poseídas de un vago temor, dieron principio á sus oraciones.

No habían transcurrido diez minutos cuando se oyeron tiros á lo lejos. Lucila se puso en pie como movida por un resorte, las monjas abandonaron sus escaños, y la misma prelada, que se arrodilló á los pies de la imagen de Nuestra Señora, demostraba con la palidez de su semblante y la fijeza de su mirada el espanto de que se hallaba poseída. El desorden, aconsejado por el miedo, se hizo dueño de la comunidad, y no hubo de aquí en adelante más que lágrimas, ayes y lamentos. Á los primeros tiros se sucedieron otros que se percibían á corta distancia, lo cual indujo á creer que el enemigo iba acercándose al pueblo. Las tropas que le defendían contestaban de tarde en tarde con objeto de molestar á los contrarios, pero sin presentar á campo abierto la batalla por temor de una derrota, en vista de las fuerzas que los del Archiduque desplegaron en el ataque.

Lucila, como poseída de un vértigo, y sin darse cuenta de sus actos, se asomó á las ventanas, subió á la torre, volvió á la sala capitular, salióse de ella maquinalmente, entró en la iglesia, recorrió los claustros y vino á parar á la portería, donde se paseaba, afectando una tranquilidad que no sentía, el párroco del lugar.

—¿Qué hay?—preguntó la joven.

—¡Son muchos!—dijo el sacerdote moviendo tristemente la cabeza.

En este momento comenzó un nutrido fuego, que demostraba la resistencia que hacían los encargados de defender la entrada del lugar.

La puerta del convento estaba entreabierta, protegida por un retén de soldados á las órdenes de un sargento.

Lucila miraba á los soldados con curiosidad, y decía para sí:

—Estos deben saber dónde está el capitán Mendoza..... Quizá sean de su compañía..... ¡Tener al lado quien me dé noticias de él, y no podersele preguntar!....

—Lucila—exclamó el sacerdote dirigiéndose á la joven,—aquí no estás bien.

Pero la interpelada no se movió de su sitio, ni cambió de postura, ni pestañeó siquiera: parecía petrificada, con los ojos fijos, como queriendo adivinar lo que pasaba fuera del convento.

—¡Lucila!—volvió á repetir el párroco.—¿Oyes lo que te he dicho?

—No sé lo que pasa por mí—murmuró ella en voz baja.—¡Si supierais!... Mendoza está aquí. Debe ser el capitán de estos soldados.

El sacerdote nada replicó; quedóse un rato con la boca abierta, mirando de hito en hito á la joven, de quien, como antiguo conocido, sabía los secretos. El padre Bermúdez, así se llamaba el párroco, era hombre de avanzada edad, había pasado su vida, desde la adolescencia, entregado por completo al estudio de las ciencias naturales, por las que profesaba un entusiasmo que los del pueblo calificaban de monomanía; no tenía pa-

rientes, ni amigos, ni contertulios; paseaba estudiando, comía leyendo y se distraía cazando insectos; así es que, ajeno á la lucha de pasiones con que siempre se halló en batalla la humanidad, y desconociendo las grandes tempestades del alma, la declaración de Lucila le dejó mudo de asombro. Comprendió la gravedad de las circunstancias, pero como no era polemista, no se le ocurrió una frase de efecto para convencer á la joven de que debía abandonar aquel paraje.

Ella conoció que le había dominado, y conceptuándose dueña de la situación, se dirigió á la puerta.

—¡Cuidado, sor—dijo el sargento,—que llegan las balas hasta nuestros pies.

El fuego seguía.

—¿Han entrado en el pueblo?—preguntó Lucila.

El sargento se sonrió, retorciéndose el bigote.

—Están en esta calle,—repuso.—Si no fuera por las escopetas que hay en las ventanas del convento, ya los tendríamos delante de la puerta. Hasta ahora llevamos lo peor de la jornada. De no venir pronto los batallones que se han pedido á Toledo, vamos á perecer todos aquí. ¡Voto al!.... Ya tenían tiempo de haber llegado los muy maldit.....

La presencia de la que él tomaba por monja no le dejó terminar los vocablos.

Una bala cayó de rebote al lado de los interlocutores de esta escena.

—¡Tiran á dar!—murmuró el sargento entre dientes.

—¡Hija mía!—exclamó el padre Bermúdez.—Vámonos al interior. Es una temeridad permanecer en este sitio.

Lucila iba á obedecer; pero al echar una mirada hacia la calle, vió desembocar por la plaza una compañía de soldados con un oficial á la cabeza, y dió un grito de terror. El capitán de la fuerza era Mendoza. Lucila, en presencia de su antiguo amante, y al verle en peligro de muerte, experimentó una conmoción terrible, como la que debe sufrir el náufrago sin socorro en lucha desesperada con la masa de agua que le atrae al fondo del

mar. El amor que sentía por Mendoza era un sentimiento purísimo, no empañado por la más ligera mancha de terrenal torpeza. Mendoza tenía un espíritu caballeresco; amó á la joven sin calcular su renta, y hasta sintió pesadumbre cuando supo que era rica. Vista la oposición de los padres de Lucila y comprendiendo que el dinero había puesto ante su pasión valladar infranqueable, decidió tomar parte en la guerra y salir á campaña despreciando la muerte. No buscaba el suicidio, pero sabía que el militar pundonoroso pone constantemente su vida á merced de la casualidad.

En esta situación moral volvieron á encontrarse Lucila y Mendoza.

—¡Capitán!— gritó el sargento levantando el brazo como para contener en su marcha al atrevido oficial.— ¡Alto!.... Que llegan las balas hasta aquí. Tienen los hombres que hacer fuego detrás de la esquina de esa casa, y retirarse al punto. Mirad mi sistema.

En efecto, el sargento, resguardado por la jamba de la puerta, hacía con seguridad su puntería, y tiraba sin peligro, mientras los soldados iban cargando los fusiles, que luego le entregaban. Él sólo hizo de este modo más bajas en el enemigo que todos los paisanos situados en las ventanas del convento.

Lucila, oculta tras el retén de soldados que defendía la entrada de la improvisada fortaleza, seguía con la vista los movimientos del capitán. Le vió detenerse á la indicación del sargento, echarse al suelo, resguardado por la esquina de la casa que se hallaba frente á ella, reconocer la posición del enemigo, y volverse á los soldados arengándoles con enérgicas frases. Éste fué para la joven un momento de indescriptible angustia. Adivinó las intenciones de Mendoza, que trataba de salir con su gente al centro de la calle presentando á pecho descubierto el combate.

—Resignación—dijo el padre Bermúdez al oído de Lucila.—Lo que quiere hacer el capitán es una locura.

—¡Dios mío!—añadió ella como hablando consigo

misma.—Va á cumplir la palabra que me dió de dejarse matar si no conseguía ser mi esposo.

El sacerdote se quitó el sombrero para presenciar aquel acto de temeridad que se iba á desarrollar ante su vista, y como si estuviese ya en presencia de un cadáver, murmuró una oración en latín.

Mendoza, seguido de su gente, se precipitó de improviso en medio de la calle, al grito de ¡viva D. Felipe!

Una descarga de los alemanes hizo retroceder á los soldados, que se replegaron otra vez detrás de la esquina que habían abandonado, dejando sólo al oficial. Éste, con la espada en la mano, les incitaba inútilmente al combate.

Lucila no se pudo contener en presencia de la desesperada situación de su amante, y colocándose bajo el dintel de la puerta, gritó con acento de horrible angustia: ¡Álvaro! ¡Álvaro!.... El capitán se volvió hacia el sitio en que oyó pronunciar su nombre, reconoció á Lucila, y ya iba á echarse en sus brazos, cuando otra descarga le atajó en el camino; dejó caer la espada, llevóse las manos al pecho, dirigió á su amante una mirada de profundo abatimiento y cayó desplomado sobre el suelo.

Cuando Lucila vió mortalmente herido á Mendoza quiso ir en su socorro, pero el padre Bermúdez la asió de las ropas y la contuvo; entonces se entabló entre la joven y el sacerdote una lucha corporal que duró breves momentos, hasta que Lucila, gracias á las fuerzas que su robusta naturaleza le ofrecía, aumentadas por su desesperada resolución, pudo desasirse del pobre clérigo y colocarse junto á Mendoza. Una vez allí levantó entre sus brazos el cuerpo casi exánime del capitán, con idea de resguardarle en el convento y curarle, si posible fuera, de sus heridas. El rasgo de Lucila dejó suspenso y atónitos á los soldados que presenciaban esta escena. Era un cuadro sublime ver á la joven, con su hábito de novicia, sosteniendo sobre su seno el cuerpo del valiente oficial. La sangre que del pecho de éste corría á borbotones, manchó abundante el blanco sayal

de Lucila; las balas silbaban á su alrededor, y muchas se hundían ante sus pies, levantando pequeños remolinos de polvo. El cuadro duró un segundo. Se oyó otra descarga, y el plomo enemigo detuvo á Lucila en el apogeo de su generoso sacrificio. Se vió á ésta vacilar, estrechando con inútiles esfuerzos el cuerpo del capitán, dirigir al cielo una mirada de resignación, y luego, abrazada á Mendoza, rodar sobre el piso de la calle.

Ante aquel espectáculo tan horrible, ante aquel poema de amor cuyo trágico fin presenciaban los soldados, se olvidaron de cargar los fusiles; el sargento se limpió con el dorso de la mano una lágrima furtiva que se deslizaba sobre su rostro; y el párroco, conmovido por tan raro ejemplo de abnegación y temeridad, con balbucientes palabras y temblorosa mano echó la bendición á los dos amantes en el momento en que sus ojos se cerraban para dormir el eterno sueño de la muerte.

Los alemanes no lograron hacerse dueños del lugar. Momentos después de terminada la escena que acabamos de describir, aparecieron cuatro regimientos de Don Felipe á la vista del pueblo, y las tropas del Archiduque se vieron obligadas á huir.

Los padres de Lucila fundaron una capilla en la iglesia del convento de Santa Cruz, y bajo la misma losa enterraron los restos de aquellos dos amantes, casados *in articulo mortis*.

CARLOS CAMBRONERO.





CELEBRIDADES PORTUGUESAS

OLIVEIRA MARTINS

UANTOS compatriotas nuestros han escrito acerca de Portugal lamentándose, con harta razón desgraciadamente, de lo poco que conocemos aquel país. Romero Ortiz, Fernández y González, los Sres. Giner de los Ríos, D. Rafael María de Labra y D. Luis Vidart, en sus interesantes publicaciones, advierten y censuran, y con ellos todos los que han visitado la noble nación portuguesa, el extraño fenómeno de que, por desconfianza ó abandono que no cabe justificar, estemos punto menos que á oscuras respecto á lo que allí acontece. Nótase en Portugal constante y señalado progreso en todos los ramos de la actividad humana. En Portugal hay hombres de ciencia notabilísimos, pensadores profundos, políticos de gran instrucción, novelistas de privilegiado talento, militares eminentes, ingenieros que pueden parangonarse con los mejores del mundo. Portugal nos da, confesémoslo francamente, muchos ejemplos que deberíamos imitar; no se entrega á las exageraciones que nosotros; su administración está bien organizada, los servicios públicos fun-

cionan con regularidad, y el hombre emprendedor no tropieza con los obstáculos que aquí matan toda iniciativa.

¿No es, por lo tanto, sobre justo, conveniente que procuremos estudiar con especial detenimiento el vecino reino? ¿Hasta cuándo hemos de mantener una ignorancia que nos perjudica y desdora? Grande es el influjo de la prensa, y mucho puede contribuir á que desaparezca tan inconcebible indiferencia, dedicando mayor atención á los hombres y acontecimientos de Portugal.

Estas consideraciones me han movido á emprender la tarea, para mí gratísima, de ir dando á conocer á los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA las principales figuras de Portugal. Bien merece inaugurar esta galería el Excmo. Sr. D. Joaquín Pedro Oliveira Martins, y lo merece tanto más, cuanto que, á los méritos sobresalientes de su extraordinario talento, á las simpatías que despierta el hombre que sin otra ayuda que su decidido amor al trabajo y su inquebrantable fe vence en el terrible combate por la existencia, une la valiosa circunstancia de sentir marcado cariño por nuestra patria, en la que, primero en Galicia y después en Córdoba, dirigió importantes empresas industriales.

Oliveira Martins en Portugal, como Cánovas del Castillo en España, han demostrado cuánto puede conseguirse con el esfuerzo propio, si por ventura se dispone de excepcionales condiciones personales. Como Cánovas, ha aplicado Oliveira su prodigiosa actividad intelectual á bien distintas materias, y en todo el vigor de la edad aún (nació en Lisboa en 1845), tiene publicadas muchas é importantísimas obras sobre literatura é historia, administración y antropología. Cual si esto no ocupara bastante su entendimiento, hállase al frente de la Dirección de Tabacos de Portugal, dirige uno de los periódicos más acreditados de Lisboa (*O Reporter*), ocupa honroso lugar en los escaños del Parlamento, es presidente de la Sociedad de Geografía Comercial de Oporto, y redacta dictámenes é informes sobre el trabajo na-

cional, el fomento de la población y riqueza rurales y la creación del Banco Nacional de emisión.

“Su mundo—dice D. Rafael María de Labra (1)—es la discusión científica con aplicaciones prácticas, en cuyo terreno se presenta con una independencia de juicio, una elevación de miras, una amplitud de estudios, un poder de observación y una originalidad de soluciones, unido todo á una maestría verdaderamente peregrina en el modo de escribir, que hacen de Oliveira Martins una gran personalidad del Portugal contemporáneo y justifican la atención que le han consagrado, fuera de su país, hombres como Laveleye y nuestro Valera (entre otros), criticando algunas de sus substanciosas obras.”

Dos años hace que se publicó en París un librito (2) concienzudamente compuesto en Lisboa por el ilustre literato Sr. Moniz Barreto, librito dedicado en absoluto al examen psicológico de Oliveira Martins. Tras la anteportada aparece, en fototipia, el retrato del esclarecido varón lusitano, y al verlo acrece la simpatía que en el ánimo despierta la lectura de sus obras. Mirada intensa, penetrante y expresiva, frente recta y espaciosa, nariz aguileña, tupida barba, cuello robusto, aspecto que denota tenacidad y energía; retrato, en fin, que nos trae á la memoria el de otro hombre de gran talento, que también luchó con la escasez en sus mocedades, que también triunfó sin ajeno valimiento, el de Emilio Zola.

Pienso yo, no sé si fundadamente, que necesita ser de férrea complexión quien logra, colocado en determinadas condiciones de la vida, sobresalir por modo tan notable, porque no basta el temple de alma, si ésta se aloja en cuerpo enfermizo y desmedrado. Mas lo cierto es que al contemplar á Cánovas, á Oliveira Martins ó á Zola, surge la idea de la robustez física, unida, por venturoso acuerdo, á la robustez intelectual.

(1) *Portugal contemporáneo*, pág. 262.

(2) *Oliveira Martins*. Estudio de Psychologia.—Paris, Guillard, Aillaud e C.^a, 1887. En 8.^o, 95 páginas.

Aunque he leído cuidadosamente buena parte de las treinta obras que Oliveira Martins ha dado ya á luz, sin modestia lo declaro, ni las conozco bien, ni dispongo del talento analítico de que da gallardo testimonio el Sr. Moniz Barreto. Razones éstas que me inducen á atenerme en casi todo lo que voy á decir al excelente estudio del citado escritor.

Afirma éste con razón que se distingue Oliveira Martins por lo bien que ve y describe el interior de las almas. Aparece esta facultad desde sus primeros escritos, y va acentuándose más y más en sus últimas producciones. Á ella debe su fuerza de historiador y su encanto de escritor. ¿En qué consiste tal facultad? Consiste en la representación minuciosa y exacta de los estados por que pasan la sensibilidad y la inteligencia ajenas, y en la intuición precisa y completa de los fenómenos que ofrecen la inteligencia y la sensibilidad propias. Todos poseen la primera de estas aptitudes en grado suficiente para adaptarse al medio social en que viven, y la segunda para sentirse como un todo distinto é individual. Pero en ciertos espíritus existe aquella facultad en grado muy notorio, y los hombres que la poseen son capaces de advertir las impresiones más delicadas y efímeras de su alma y del alma ajena, de observar los más incoercibles sentimientos y pensamientos; de mantener atenta y activa su curiosidad, lo mismo bajo la fuerte acción del dolor y del placer físicos, que bajo el encanto de comprender y de inventar. Cuando alcanza su máximum, las inteligencias privilegiadas en que aparece, Balzac y Shakespeare, por ejemplo, pueden transformarse en sus creaciones y vivir en sus personajes, con intensidad adecuada á la realidad; y como la imaginación es en ellos tan extensa como exacta, su obra aseméjase á la naturaleza en cantidad y en calidad: el analista francés escribirá la *Comedia humana*, y fijará en el lienzo de la novela, con todos los caracteres de la vida, cortesanas, presidiarios, jueces, sacerdotes, industriales, poetas; todos los estados de la voluntad desde la indecisión has-

ta el crimen, todas las modalidades de la inteligencia desde la ineptitud hasta el genio; el poeta inglés compondrá su teatro y dará la teoría completa de las pasiones y de las imágenes, tales como laboriosamente las construyen el psicólogo y el clínico. Esta especie de imaginación es la más preciosa de todas: el que la posee transfórmase por simpatía en los objetos que describe.

Oliveira Martins tiene en grado sumo esta excepcional facultad. Abundan en sus libros ejemplos que así lo atestiguan. Basta citar el paralelo que, al comienzo de su *Historia de Portugal*, hace de las dos naciones peninsulares, página verídica y profunda que inaugura brillantemente aquella hermosa galería de retratos.

“Hay en el genio portugués, dice, un no sé qué de vago y fugitivo, que contrasta con la terminante afirmativa del castellano; hay en el heroísmo lusitano una nobleza que difiere del furor de nuestros vecinos; hay en nuestra literatura y en nuestro pensamiento una nota profunda ó sentimental, irónica ó amable, que en vano se buscaría en la historia de la cultura española, violenta sin profundidad, apasionada pero sin entrañas, capaz de invectivas, pero ajena á toda ironía, amante sin ternura, magnánima sin caridad, más que humana unas veces, y otras semejante á las fieras. Trágica y ardiente siempre, la historia española difiere de la portuguesa, más propiamente épica; y las diferencias de la historia indican las desemejanzas de carácter. Compárense Calderón con Camoens, Garret con Espronceda, y se verá la verdad de la afirmación y la sagacidad del historiador.”

Magnífico es el retrato que Oliveira Martins traza del primer rey de Portugal, Alfonso Henríquez: disipadas á la luz de la crítica las nebulosidades del patriotismo, venciendo con el alcance de la vista la magnitud de la distancia, aparece el busto del fundador de la monarquía iluminado de frente, en plena resurrección histórica.

Más interesante aún es el retrato del primer Pedro. El psicólogo multiplicó aquí los pormenores y los casos de la vida privada, porque el personaje que describe tiene

más influjo social que político. Para comprenderlo, abandona las modernas costumbres intelectuales, la reflexión sujeta á pauta y la emoción equilibrada; y en presencia del viejo rey hace surgir la visión concreta y los sentimientos de terror y amor que debía causar á sus vasallos del siglo XIV. Para que se vea figura tan pintoresca, no compone una disertación, pinta un cuadro. El historiador se penetra por modo tan admirable de la realidad, que el lector cree contemplar al famosísimo rey, amado y temido á la vez, y siente las emociones que su vista debió de provocar.

Para Oliveira Martins, como para su maestro Michelet, la historia es una resurrección; y, como Michelet, une al poder de la evocación el de la comprensión. En el mismo retrato de D. Pedro, si abundan los pormenores y anécdotas que hacen *ver* los objetos, no escasean los juicios generales que los hacen *percibir*. Así, después de pintar al viejo rey en cuerpo y alma, localízalo en su época y en su medio, é indica las causas de su fuerza, que son los motivos de su influencia. Podrían definirse sus narraciones y descripciones como una serie de alucinaciones en las que la razón se ha mantenido íntegra.

Achaca el Sr. Moniz Barreto á Oliveira Martins el defecto de que no ordena con bastante cuidado sus estudios y mezcla unas cuestiones con otras. Á mi juicio, este defecto es una prueba más de que el entendimiento de Oliveira se distingue por sus excepcionales condiciones. Desordenado fué también Shakespeare, y Shakespeare es, sin disputa, el primer dramático del mundo; desordenado é incorrecto es nuestro Zorrilla, y Zorrilla es el poeta más popular de España.

Ya dedique Oliveira Martins un extenso cuadro al personaje que examina, ya lo encierre en una medalla, siempre triunfa, siempre infunde vida á sus héroes; pinta cuadros á docenas; acuña medallas á centenares. En la *Historia de la civilización ibérica* descuellan Camoens, Colón é Ignacio de Loyola; en la *Historia de Portugal*, Alfonso Henríquez, Pedro el Inhumano, el Condestable,

el Infante D. Enrique, Alburquerque, D. Francisco de Almeida, D. Juan de Castro, el Príncipe perfecto, don Sebastián, el Restaurador, el Rey magnánimo, el pobre D. Juan VI; en *Portugal contemporáneo*, Saldaña, Palmella, D. Miguel y Téllez Jordán, Mousiño, Rodrigo, Cabral, los Passos y muchos otros. Empleando más ó menos trazos, según las ocasiones, el personaje resulta siempre vivo. Oliveira Martins no sólo se complace en la pintura de las opiniones y de las pasiones, sino también en la representación de los pormenores corporales y de las circunstancias triviales. Como buen psicólogo, sabe que las grandes fuerzas presentes en cada individuo, las cuales determinan su biografía, revélanse tanto en el mecanismo de las ideas y en el juego de las tendencias como en los pliegues del vestido y en las arrugas de la sonrisa; como escritor, sabe que sólo el trazo sensible provoca la visión y que el arte de pintar con la palabra es el arte de evocar con ella. No olvida, por esto, cuanto caracterizó á sus biografiados: las costumbres, los achaques, las más ocultas idiosincrasias aparecen daguerreotipados por su imaginación y escribe con una prosa que tiene las inflexiones y hasta los movimientos de la vida.

RAFAEL ALVAREZ SEREIX,

C. de la Real Academia Española.

(*Se continuará.*)





SEIS DÍAS EN ZARAGOZA (1)

Continuación (1).

Y véase, si no; las víctimas se engrandecen; el vencedor, en cambio, necesita cubrirse de dorados, de plumas y de colores brillantes, como el salvaje que se adorna para parecer más grande y más bello, y cubrir de laurel su cabeza; y no obstante, su nombre pasa y desaparece sin dejar tras tanta gloria más que odio y maldiciones; en cambio, la víctima se eleva y se eterniza. El nombre de Daciano es conocido para maldecirle; venció los cuerpos de los santos mártires; él desapareció, pero los nombres de Valero, Vicente y Engracia vivirán eternamente. La espada traspasará el cuerpo, pero la idea traspasa el espíritu, le domina y señorea. ¿Qué es Alejandro al lado de Sócrates, de Platón, de Pitágoras y de Homero? Un soldado. ¿Qué es la gloria de Napoleón al lado del nombre de Wat y de Newton? Nada; un aventurero que siembra de cadáveres el mundo y muere oscuro, sin recuerdo ni admiración. ¿Qué es el nombre de Morlanes al lado de los laureles del ejército francés? El genio, lo propio que Forment y otros; los generales franceses, la fuerza bestial convertida en sistema. Las

(1) Véase la pág. 193 de este tomo.

ruinas de Santa Engracia serán siempre la idea de la inocente mártir. Ante la resistencia de la fe, la muerte. Ante la resistencia del valor, la cobarde destrucción.

.....

Un desierto patio sigue á la portada, una escalera ancha desciende á la subterránea iglesia; bajamos á esta nueva catacumba. Un silencio, propio de las ruinas, reina en torno. Nadie entra ni sale; me place esta soledad. Unas ruinas llenas de gentes, de vocerío y animación, me hiere; un cementerio en romería del día de los Santos, me repugna. Un cementerio desierto llena el alma; un teatro vacío entristece; dad á cada situación su tinte propio, y el arte y el sentimiento del corazón sentirán, pensarán y creerán llenos de placer.

Y antes de pasar adelante, antes de entrar en describir este misterioso templo, con sus bajas bóvedas, cortas y gruesas columnas, he de hablaros de aquellos sepulcros que, cual los *arcosolimus* de las catacumbas, encierran cuerpos de mártires y sirven de mesa para el incruento sacrificio; permitidme que en aras de un recuerdo histórico, me aleje unos momentos de este sitio para volver pronto á él. Ya os he hablado del arco de Cineja que, frente al paseo de la Independencia y salón de Santa Engracia, señala hoy en el Coso una calle con característicos edificios antiguos. Frente á él se halla la espaciosa plaza de San Francisco, en donde antiguamente se levantó una cruz que se denominaba la Cruz del Coso, y hoy, en su lugar, se levanta una fuente con la estatua de Neptuno. ¡Neptuno en Zaragoza y en el lugar que ocupó la Cruz en el campo de los mártires! No comprendo semejante pagano recuerdo, y menos en dicho lugar; el Municipio tendrá sus razones, que yo respeto, pero apunto y consigno la idea y la consideración que me sugirió el hallazgo de tal mitológica deidad en el campo del triunfo del cristianismo. Pues bien, como decía, el arco de Cineja era puerta que comunicaba con el campo, y en sus lados se extendía la muralla que cerraba la antigua ciudad; el Coso, pues,

con su línea curva, determina la ronda de César Augusto en los antiguos tiempos. Cuanto cae al lado de Occidente es la nueva ciudad, y el Coso delimita en parte su antigua circunvalación.

Y volvamos á los recuerdos de que os hablaba. No satisfecho Daciano con el sacrificio de los diez y ocho varones, ni con el de la inocente Engracia, mandó salir desterrados de la ciudad á cuantos profesaban la doctrina de Cristo, y en el lugar citado reuniéronse para marchar miles de discípulos del Redentor; iban á emprender su camino sin saber adónde dirigir sus pasos, cuando, cerradas las puertas de la ciudad, caen sobre ellos llenas de furia y ansiosas de matanza las tropas del pretor y acuchillan sin piedad á aquella inmensa muchedumbre, que cae enmedio de los gritos de angustia, al filo de sus enemigos. Mujeres, ancianos, niños y mancebos, todos caen y mezclan su sangre en terrible holocausto al Mártir del Calvario. En el lugar del Coso en que antes se ostentaba la cruz hizo amontonar aquellos sangrientos despojos el feroz Daciano y prender fuego en horrorosas piras á aquellos cuerpos santificados por el martirio, pero mandando arrojar entre ellos cadáveres de malhechores, para mayor ignominia. Quemáronse los cuerpos apilándose en *blancas masas veteadas de sangre*, y quedando cual negras escorias los cuerpos de los bandidos y separados completamente de aquéllos. Aquel acto portentoso avivó más la fe de los tibios, dando el resultado que da siempre la estúpida fuerza contra la fuerza de las ideas, y desde entonces las *Santas Masas* vienen siendo signo de fervorosa devoción.

La paz cayó sobre el mundo con el gran Constantino, y el cementerio en que fueron enterradas aquéllas se convirtió en templo, y entregándose su custodia á los monjes por el año 392, con motivo de la venida de San Paulino, según algunos autores, y dando aquel monasterio preladados como San Braulio. La invasión mahometana vino sembrando el terror y el espanto, pero á pesar de ello el monasterio continuó sirviendo de asilo á sus guardianes;

volvió un nuevo período de persecuciones y la sangre de nuevos mártires refrescó esta consagrada tierra. Pasaron años, y el Concilio de Jaca entregó en 1063 la iglesia y el monasterio al obispado de Huesca, al que aún hoy pertenece.

En el año 1589 verificáronse algunas obras, y al practicar unas excavaciones, la Providencia puso de manifiesto los cuerpos de Santa Engracia y Lupercio en dos sepulcros con sus inscripciones, y que sin duda los cristianos habían cubierto nuevamente con la tierra, temerosos de alguna profanación. La milagrosa curación de las cataratas por intercesión del cuerpo de la Santa al Rey D. Juan II avivó más el recuerdo y devoción á la mártir, y legó á su hijo Fernando el entusiasmo por aquellas reliquias, encargándole el restablecimiento del monasterio bajo la advocación de la Santa Engracia. Fernando cumplió los deseos de su padre, y los padres Jerónimos vinieron á ocuparle en 1493. Renovóse la oji-val construcción, y entonces fué cuando Juan Morlanes reedificó al nuevo estilo el templo, para venir á perecer en la noche del 13 de Agosto de 1808, con la más cobarde de las voladuras, por el ejército francés en su retirada. Y hé aquí el recuerdo histórico de que os he hablado anteriormente.

Allí se borraron entre las ruinas las obras del inmortal Berruguete y el sepulcro del canciller D. Antonio Agustín, el del sesudo historiador Zurita, el modesto de Blancas en el claustro. La revolución concluyó con los restos del claustro plateresco con reminiscencias del arte arábigo-hispano y las incomparables obras del simpático Tudelilla; perecieron pinturas, rica biblioteca, quedando tan sólo mudo testigo de tanta destrucción y ruina la portada que hemos visto. ¡Muerte, destrucción, barbarie incalificable en nombre del progreso y de la civilización!

La iglesia, en la que nos encontramos en medio de una deliciosa soledad y calma, ha sido restaurada modernamente, pero en medio de su sencillez, pobreza y

desnudez atrae, encanta y el alma se eleva en medio de aquella especie de catacumba. Aquellas lámparas que arden en sus cinco naves me recuerdan la época de la persecución y las oraciones de los fieles en las encrucijadas de los oscuros antros á que se retiraban los primeros cristianos. Estas lámparas dice la tradición que no ennegrecen las bóvedas, y aumenta más y más aquella ilusión los sepulcros, que á través de columnas se vislumbran en medio de aquella rojiza claridad. Un sepulcro sirve de mesa del altar principal, y en su frente vense esculpidas toscas pero ingenuas y hermosas figuras, por la fe con que serían labradas. Veintiséis figuras le decoran en monótona colocación, decapitadas en su mayor parte, destacándose en el centro una figura de mujer, tal vez Santa Engracia. Lo rudimentario del esculpido no permite dudar de su remota fecha, y con veneración se besa aquella piedra labrada por la fe y consagrada por los años. La santa ocupa el centro del altar con sus compañeros de martirio y en los lados vense otras urnas que llevan la inscripción:

Hic ossa, hic cinerum sancto cum sanguine massæ.

En la del otro lado:

Martyris hac nostri Lambertis truncus in urna.

Otra pobre urna de madera, pero de indelebles caracteres de antigüedad, vese en otro lado: en ella se conservan los cráneos de la Santa y de San Lupercio. En los muros laterales vemos aún otros sepulcros, todos ellos, como los anteriores, dignos de un detenido estudio para el arqueólogo cristiano, y cuya rudeza de formas é inocencia en el dibujo forman, tal vez, para mí su mayor encanto en su manifestación artística. Muchos de ellos son sencillas pilas de piedra sin exornación alguna y llenas de las *Santas Masas*, pero sin la más sencilla inscripción ni vestigios de ella. Sobre todos ellos llama la atención uno semejante á la urna del altar que hemos

citado, y el cual merece fijar la atención en su esculpado. Sus adornos y tallados son muy parecidos á los del otro, y adviértese la timidez en el golpe del escoplo al desbastar los contornos. Tienen reminiscencias de la escultura bizantina de la decadencia, ó cuando menos el temor de incurrir en reminiscencias paganas les hizo concebir pobre y tímidamente ejecutar. En uno de sus lados menores vese á Adán y Eva con el árbol y la tentadora serpiente; en el frente que puede examinarse hallamos diez y seis figuras que deben representar á los mártires, cuyos caracteres latinos designan nombres de igual procedencia. No lejos de este sepulcro vese un trozo de columna á la cual se dice fué amarrada la Santa para sufrir los azotes y el desgarramiento de sus carnes, y en el centro del templo el brocal de un pozo en cuyo seno se contienen las santas masas y yacen envueltos en fraternal unión los restos de aquellos santos mártires. En este templo, humilde, pobre y sostenido por la devoción de los fieles, hermoso lugar de cristiana inspiración que recuerda los tiempos primitivos del cristianismo, he permanecido largo espacio de tiempo. ¡Era tan dulce, tan plácida la tranquilidad y silencio que reinaba en aquella desierta nave, en la que nadie me acompañaba mas que una dama cubierta con las tocas de las viudas y cuyo rostro no se veía mas que á intervalos al ocultar bajo el velo la blanca mano con el no menos deslumbrante pañuelo que enjugaba unos ojos que no veía, pero que adivinaba escaldados por el llanto!

Rogaba aquella mujer con fervoroso entusiasmo, y hondos suspiros escapaban de su pecho de cuando en cuando, cual triste desahogo de un pecho lacerado por interno dolor. Con cauteloso paso salí del templo, temiendo interrumpir aquella dolorida plegaria, y adivinando tras el negro traje una historia de dolor, de esas que sólo hallan consuelo y lenitivo en la abstracción de lo humano y la elevación del espíritu á Dios.

Al subir, y el sol cegarme con sus resplandores, respiré fuertemente: aquella efigie del dolor, aquellas tris-

tes bóvedas y el misterio de la catacumba habían estado pesando fuertemente sobre mi pecho, cual si las piedras pesaran sobre mis hombros. Tal es el poderoso dominio que sobre el hombre ejercen el aire y la luz, y ello no obstante, hay estados del alma en que, cual el de aquella dama, la calma del sepulcro, el silencio y la oscuridad son un consuelo para el pecho atribulado por los vaivenes de la vida y los dolores del corazón.

En la vecina capitanía general sonaban cornetas con desapacible chirrido, y las campanas tocaban el Angelus. Las doce..... ¿es decir que había pasado seis horas entre el Pilar y las ruinas de Santa Engracia? Bien merecían esas horas los dos enlaces consagrados por la fe y la intercesión divina.

Al pasar por la plaza de San Francisco, no quise tomar la calle de Jaime, y penetré por el oscuro callejón que un día fué el arco de Cineja, por donde salieron de la ciudad los mártires para penetrar en el cielo por la puerta del martirio.

—Programa de la tarde: visitaremos la Lonja, la Audiencia y la quinta de Bruil. El tiempo se pasa; nos hallamos tan á placer en esta ciudad, que si seguimos así, hasta creo que va á convertirse en nueva Capua y no nos acordaremos de Madrid, en el que obligaciones más prosaicas que ver monumentos y gozar con los recuerdos del arte y de la historia nos esperan.

—Aprobado; pero sin prisa, ¿eh?

—Señores, que el tiempo es oro, dicen los ingleses.

—Sí, pero nosotros no somos ingleses ni tenemos que temerlos..... á Dios gracias. Tomemos nuestro café con calma, y dejemos que el sol mitigue sus ardores, y en marcha.

Y así convenido, al propio tiempo que tomábamos la *bebida del espíritu*, como dice un amigo mío, despachábamos las cartas recibidas, adoptando la resolución de

no contestar á nadie hasta nuestro regreso al occipucio de España.

Las tres serían cuando, no muy acompañados por las calles, nos dirigimos *cabe* la puerta, como diría un romántico, en demanda de la antigua casa de la contratación, el palacio del dios dinero y el sacerdocio comercio.

Una fachada indefinible artísticamente se os presenta á la vista, y sin embargo, halláis en ella algo de sabor gótico, pero no podéis calificarla como á tal. Dos ventanas que no son ojivales, no son greco-romanas ni plate-rescas ni bizantinas, por más que participan de todos los caracteres, lo propio que la puerta á la que se penetra por cuatro gradas, ocupan el primer cuerpo. Estos tres huecos son arcos semicirculares algo abocinados y con dobles archivoltas, y se hallan inscritos en un cuadro formado por una arista doble; las enjutas carecen de todo adorno, y las columnitas que apean los arcos recuerdan al gótico en sus adornados capiteles. Una ancha faja que señala cuadrados casetones y cubre una doble cornisa biselada sirve de apoyo á tres ventanas iguales á las del cuerpo bajo, pero desnudas de todo adorno, formando el tercer cuerpo una galería de ventanas semicirculares cuyas luces aparecen cerradas y en el tabique una ventana gemela de carácter más bizantino que gótico, con una columnita parte-luz. Un friso ajedrezado con una cornisa sostenida en su saliente por modillones acodados, y remata el conjunto torrecillas en los ángulos. Por toda la fachada vemos pequeños medallones con caras que embellecen aquel indeterminable conjunto y estilo. Esta fachada, sencilla y elegante, no promete gran suntuosidad en el interior, y no obstante, sucede lo contrario. Perfectamente, aun cuando sin excesiva cantidad, alumbrado, encanta desde el primer momento su elegancia, proporción y riqueza, sin pecar de recargado su conjunto. Conozco todos los salones de las casas lonjas de la corona de mi patria: he gozado contemplando el severo y melancólico en su desnuda elegancia de Barcelona, el alegre y primoroso de Palma, y

el majestuoso, señorial y hermoso de Valencia. Estos tres conservan reminiscencias en su estilo, cierta hermandad y parecido, pero el de ésta, como más moderno, no semeja á aquéllos sino en la bóveda de crucería. Es más elegante si se quiere, pero no tiene la gravedad de aquéllos, aquel sello del carácter de los siglos medios. La Lonja de Zaragoza admite muy bien el frac y las amplios pliegues de una falda de corte en las señoras sin que disuene de su artesana ornamentación. Divídese en tres hermosas naves por medio de veinticuatro columnas, de las que diez y seis se embeben en los muros. Son elevadas, dando elegancia á sus frentes un collarino que las ciñe al tercio de su altura con arista de resalte en sus bordes y lleno el intervalo de rica y elegante follajería, carecen de basa y en su apoyo tan sólo aparece un plinto de talón. Los capiteles son caprichosos y tanto como elegantes en su conjunto, afectando el estilo jónico con dobles volutas y con abacos biselados; sobre éstos y en el arranque de la bóveda, en los cuatro frentes del abaco, destácanse escudos con el león zaragozano de sus armas y tenidos por ángeles ó grifos; la bóveda de crucería y semicircular se halla cruzada formando caprichosa estrella, y de la clave se destacan ricos florones pinjantes dorados, formando con las cruzadas aristas un tan elegante como gracioso conjunto; ornamentación que no por ser abundante en este país deja de perder su atractivo con su elegancia y gracia, tan severa como juguetona. Sobre la puerta de entrada campea un hermoso escudo con las armas de España sostenido por leones, todo en relieve y de antiguo dorado. El interior de las ventanas, lo propio que su alféizar, son platerescos tan elegantes como nada recargados en sus adornos, con perfección combinados. De las ventanas diez dan hermosa luz al salón y seis se hallan cerradas. En el arranque de las bóvedas, y á la misma altura de los capiteles, corre en torno del salón una hermosa escocia con rico friso, y en la cual se halla pintada en caracteres góticos la siguiente inscripción: "*Se aca-*

bó esta lonja (la qual y la ciudad tenga Dios de su mano para que siempre se emplehen en iusticia paz y buen gobierno de ella) anyo del nacimiento de nuestro senyor Jesucristo de 1551, conregnantes donya Juana y don Carlos su hijo reyes y emperador nuestros senyores, y iurado don Felipe hijo del dicho emperador por rey en este nuestro reyno y reynos de España, siendo iurados de esta ciudad Carlos Torrellas, Jeronimo Çapata, Juan Bescie Motelin, Juan Campi y Joan de Robres.,,

¿No habéis observado nada en esta inscripción? Creo que sí: habréis notado, como á mí me sucedió desde el primer momento, cómo destaca en primer lugar, con el calificativo de *conregnantes*, el nombre de la infortunada Reina Doña Juana la Loca, madre del Emperador que en vida de aquélla tal prisa se dió en apoderarse del título de Rey, dejando á aquella infortunada Reina en su locura, si es que estuvo lo que podemos llamar loca, en el olvido, después de ser víctima de tantas ambiciones y quebrantos. La consignación del nombre de doña Juana *conregnante* aparece como una protesta al anulamiento á que se había entregado la personalidad y autoridad de la hija de los Reyes Católicos; y allí consignado queda como muestra del amor y merecimiento á la legalidad que representaba el nombre de la madre del César flamenco.

Y vengamos por fin de lo serio á lo cómico: en un ángulo del salón vimos ordenado montón de cabezas, y no penséis en Ramiro ni en la campana de Huesca, que con muecas y satíricos gestos nos miraban riéndose con sus tremendas y descomunales bocas. Eran las cabezas de cartón de los famosos *cabezudos*, y aquellos armatostes de palos que remataban en cabezas tan enormes como las que había en el suelo, los *gigantones*; elementos ambos que tanta participación toman en las fiestas populares de Zaragoza. ¿Quién no ha oído hablar de los *gigantes* y *enanos* en Valencia en sus famosas fiestas, y de *gigantones* y *cabezudos* en la capital aragonesa? No sé por qué aquellos monigotes me hacían daño al verlos

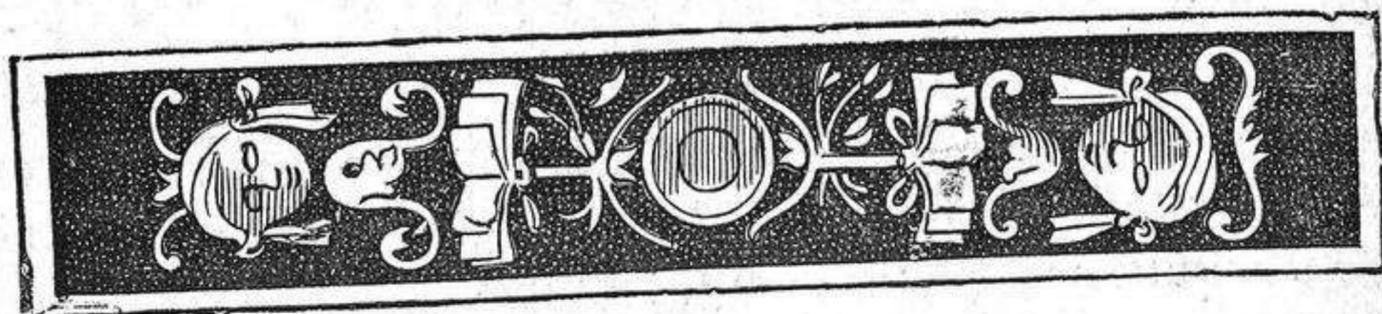
apostentados en aquel salón, en donde tan serias conversaciones y tratos habían mediado cuando nuestra patria era grande y respetada, no sólo por su importancia comercial y científica con nuestras universidades y sus lonjas, representación de las fuerzas vivas del país, sino también por sus ejércitos. La importancia comercial de los reinos de Aragón, Valencia y del condado catalán la demuestran sus palacios comerciales, sus lonjas tan majestuosas y ricas, cuando en el interior de España no se conocía apenas más comercio que el del menudeo. Ver, pues, instalados aquellos seres de cartón me parecía una burla de los tiempos presentes, verdadera época de papel y cartón, descreída y escarnecedora de nuestras respetables tradiciones y añejas glorias. Convertir aquel respetable templo de la formalidad del cambio, de la palabra y del honor de la transacción en guardarropía de teatro me entristecía, y perdono de todo corazón á quien, tal vez sin malicia, convirtió en almacén á tan hermosa obra, á tan respetable palacio.

Y después de contemplar por largo espacio de tiempo tan hermoso salón, nos despedimos de él con el grato recuerdo de su elegancia y gallarda forma.

J. CASAÑ.

(Se continuará.)





REFORMA

DE LA

ORTOGRAFÍA CASTELLANA

(ESTUDIO DEDICADO Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

Continuación (1)

Segundo período.

REGLA 1.^a Se desterrará definitivamente la *x*, sustituyéndola por *cs* cuando está entre dos vocales. Ejemplo: *ecsistir*.

Habiendo perdido la *x* durante el 1.^{er} período, gracias á la regla 2.^a (pág. 185), mucha parte de la boga en que hoy está, es ya más fácil su expulsión definitiva, para completar, sin gran violencia, la aplicación de la regla 6.^a (pág. 28) del *Proyecto*.

REGLA 2.^a La *erre* fuerte inicial se escribirá con el doble signo *rr*. Ejemplo: *rrosa*.

Esta novedad será algo chocante necesariamente al principio, mas no tanto como lo sería en la actualidad, porque durante el 1.^{er} período se habrán empleado ya, según la regla 3.^a, las dos *erres* para todos los demás casos en que se pronuncia fuerte. Hay que tener en cuenta, por otra parte,

(1) Véase la pág. 177 de este tomo.

que, emprendida la corriente reformista, no sería tan difícil continuarla, como lo es iniciarla hoy, que no existe; porque, convencidos los que creen utópico todo lo nuevo, de la facilidad con que esas novedades se hacen familiares, y tocando las inmensas ventajas de las simplificaciones definitivamente adquiridas en el 1.^{er} plazo, estarían seguramente bien dispuestos á avanzar un poco más hacia un término ya no lejano, y nadie se resistiría á completar la regla 3.^a del *Proyecto* (pág. 579, t. LXXV).

REGLA 3.^a Las actuales sílabas *gue*, *gui*, se escribirán *ge*, *gi*. Ejemplo: *sigió la gerra*.

Esta innovación, que sería hoy muy molesta, vendrá como la cosa más natural en este período; porque durante el primero se habrá olvidado el nombre *je* del signo *g*, al que en todas las escuelas se habrá llamado *gue*; y como no se habrá vuelto, en todo ese tiempo, á escribir tal signo con el sonido de jota (regla 4.^a pág. 185), la supresión de la *u* ociosa de las sílabas *gue*, *gui*, para escribirlas *ge*, *gi*, no puede ofrecer más dificultad que la de la *h* muda de *tohalla*, *alhaja*, es decir, un poco de extrañeza al principio, pero ninguna equivocación ni duda en la pronunciación.

Con esta reforma queda del todo planteada la regla 1.^a del *Proyecto* (pág. 573, t. LXXV), con la que desaparece una de las grandes irregularidades de nuestra ortografía.

REGLA 4.^a Las actuales sílabas *que*, *qui*, se escribirán *ce*, *ci*. Ejemplo: *ací me cedo*.

Hoy nos parecería intolerable este modo de escribir; pero se adoptará esta regla con la misma facilidad que la anterior, sin que ninguno pueda vacilar ni tener el más pequeño tropiezo en la lectura, cuando, por la práctica de la disposición 5.^a del 1.^{er} período, nadie llame ya, de larga fecha, *ze* sino *que* al signo *c*, ni le haya vuelto á usar ni ver usado sino con este último sonido.

Esta regla, correspondiente y del todo paralela á la anterior (como lo son entre sí las 4.^a y 5.^a del 1.^{er} plazo), pone del todo en vigor la 2.^a del *Proyecto* (pág. 575, t. LXXV), que, con la 1.^a (pág. 573, t. LXXV), ya completada también por la disposición anterior, significa la desaparición de las dos

mayores irregularidades que tiene la ortografía castellana.

REGLA 5.^a La *i* vocal se escribirá siempre con *i* latina. Ejemplo: *ayer i hoi*.

Los Padres Escolapios introdujeron hace tiempo este modo de escribir, que es gran lástima abandonaran después, y que es oficial en la República de Chile. Lástima grande es también que al adoptar ahora, según se dice, este país, la ortografía de la Academia española, se vea precisado á dar un paso atrás.

(Véase regla 4.^a del *Proyecto*, pág. 24.)

REGLA 6.^a Se pondrá en vigor la regla 2.^a, sobre acentos, del *Proyecto* (pág. 179). Ejemplo: *Sarrià, porfià*.

Este precepto hace desaparecer del Prontuario de Ortografía las reglas más enojosas sobre acentos, que son las referentes á los casos en que concurren vocales que forman ó dejan de formar diptongo. Con él quedan completas las tres únicas reglas que hacen falta para saber acentuar todas las palabras de nuestro idioma.

El acento grave puede parecer un poco raro al principio, porque no lo usamos actualmente; pero prescindiendo de que, como signo pequeño y accesorio que es, no puede causar gran extrañeza, nos tienen muy acostumbrados á él los cajistas por lo mucho que equivocadamente nos lo prodigan, sobre todo en algunas imprentas de provincias.

REGLA 7.^a Se desterrarán todas las mayúsculas, usando en su lugar minúsculas de un número mayor. Ejemplo: *no hazen falta las mayúsculas, don manuel*.

La regla 7.^a del 1.^{er} plazo (pág. 187) hará menos violenta la presente, puesto que en el manuscrito no se habrán vuelto á usar mayúsculas.

Aquí se tropezará, sin embargo, con una dificultad tipográfica, á saber, que no existen los signos un poco modificados de que hemos echado mano en el manuscrito, cuando, como en la *l*, la *f*, etc., no pueden diferenciarse las capitales por el tamaño sin aumentar de altura. Si cuando llegue el caso no se encuentra medio de obviar á este inconveniente de un modo fácil, puede apelarse al procedimiento de usar minúsculas más gruesas, aunque del mismo tamaño, *negritas*, como

hizo antes la Asociación Fonética de París, procedimiento que salva los obstáculos tipográficos, pero que no hace resaltar lo suficiente las iniciales cuando han de ser capitales.

Á más de estas reglas, y con el fin de acabar de preparar las dos reformas referentes á la supresión de la *v* y de la *h* regirán en el manuscrito las siguientes:

REGLA 8.^a Se desterrará del manuscrito la *v*, escribiendo siempre *b*. Ejemplo: *bibir*.

Durante el 1.^{er} período nos habremos acostumbrado á confundir en uno estos dos signos, con la adopción transitoria de una *b* rebajada á la altura de la *t*. Pero ahora puede ya volverse en el manuscrito á la forma natural de aquella letra, que habrá asumido el oficio de las dos.

REGLA 9.^a Se omitirá resueltamente del manuscrito la *h*. Ejemplo: *la istoria del ombre*.

El abandono de esta letra muda en medio de dicción durante el 1.^{er} período y la recomendación de descuidarla también al principio de la palabra, hace fácil la práctica de la regla actual.

Para que se pueda juzgar del aspecto que presentará nuestra escritura con el planteamiento de las reglas del 2.^o plazo, y animar para la 3.^a y última etapa, transcribo á continuación el fragmento de la pág. 190. No debe perderse de vista, sin embargo, que cuando llegue el momento de escribir así, extrañará mucho menos que ahora, porque habrá precedido toda la preparación del 1.^{er} plazo.

TROZO DE ESCRITURA EN ORTOGRAFÍA DEL 2.^o PERÍODO (1).
los higos.—el señor cura era afizionadísimo a la fruta, i sobre todo a los higos. en la cima mas alta de una higuera ce habìa en un extremo de su huerta, cedaban unas cuantas dozenas de higos, ce no sabìa cómo cojer i ce eran ricísimos, pues rreunian las tres condiziones ce han de tener los higos buenos, es dezir, cuello de ahorcado, rropa de pobre i

(1) Por dificultades tipográficas reemplazo las mayúsculas (suprimidas) con minúsculas más *gruesas* en vez de hacerlo con minúsculas más *grandes*, como dice la regla.

ojo de viuda; o lo ce es lo mismo, el cuello ya paso, pelleja descebrajada i ojo llorando almíbar.

—Cosa muí fázil, le dijo el ama; llame usted al chico de mari-juana, i verá usté cé pronto se planta acél en la cima i los coje todos, ce donde acél no suba no sube la ardilla mas lista del mundo.

—Verdad es, contestó el señor cura; pero el tal pericillo tiene para eso un inconveniente, i es ce como es tan pillo i tan traga-fruta, me va a comer la mitá de los higos, mientras coje la otra mitá.

—el ama del señor cura, ce era lista como un demonche, encontró al instante modo de rremediar el inconveniente ce hallaba el señor cura en valerse de pericillo para cojer los higos destinados a los pájaros del zielo, como los llama mistral, el poeta de provenza, a los higos ce se cedan en la rrama mas alta.

—¡jesus, dijo, en cé poca agua se ahoga usté, señor! i tiene usté mas ce ecsijir al chico ce no deje (1) de cantar, hasta enrroncezarse mientras coje los higos, i así no tendrá tiempo de comer uno siciera?

—¡pues es verdá! exclamó el señor cura; ¡cé cosas les ocurren a estas pícaras mujeres!

el ama del señor cura llamó a pericillo, i pericillo, tan despabilado i tan listo como siempre, corrió a ponerse a las órdenes del señor cura.

—vamos a ver, chicito, le dijo éste: ¿te atreverás a subir a acella cima i cojer todos los higos ce tiene?

—¡pues no me he de atrever! sí, señor; ¡concho i cé rricos son! añadió pericillo rrelamiéndose al ver los higos.

—pero oye, le dijo el señor cura alarmado con la codizia ce los higos despertaban en pericillo; es indispensable ce mientras cojes los higos cantes sin zesar un momento.

—¿i cé ciere usté ce cante?

—lo ce a tí te parezca, con tal ce sea cosa buena. canta

(1) El original dice «imponer al chico la obligación de,» lo que he sustituido por «exigir al chico que» á fin de presentar un caso de *x* cambiada en *cs*.

la letanía, la salve, el credo, en fin, lo ce te dé la gana, con tal ce cantes.

—está muí bien, señor.

pericillo se colgó del brazo una zestilla de asa, i en menos ce uno lo cuenta se plantó en lo mas alto de la higuera i empezó a cojer higos, canta ce canta.

cería embaularse los mejores higos; pero para comer tenía ce dejar de cantar; i así ce interrumpía el canto, ya estaba el señor cura gritándole i amenazándole con un terron ce tenía en la mano.

cavilaba pericillo a ver si encontraba medio de jugársela de puño al señor cura; al fin creyó haberlo encontrado. púsose a cantar un rresponso, i, naturalmente, al llegar al *pater noster*, guardó silencio.

—¿cé es eso? le gritó el señor cura alarmado.

—ce estoi rrezando el padrenuestro, contestó pericillo con la boca llena de higos.

—rrézale cantando, condenado a muerte.

—¡ca, no señor! el padrenuestro le rreza usté siempre en voz baja.

el señor cura arrojó al suelo el terron ce tenía en la mano, i dijo soltando una carcajada:

—¡hombre, por lo pillo se te puede perdonar el ce te comas la mitá de los higos!

la mitá de los higos no se comió pericillo; pero, vamos, ce no se dió mala tripada de ellos mientras suponía rrezar el padrenuestro.

Tercer período.

REGLA 1.^a Se desterrará definitivamente la *v*, escribiendo siempre *b*. Ejemplo: *bibir*.

Preparada por el manuscrito en el 1.^{er} periodo la fusión de los dos signos *b* y *v*, y suprimida ésta en el 2.^o, está suficientemente preparada su desaparición de la escritura impresa.

REGLA 2.^a Se planteará la regla 8.^a del *Proyecto*, que dice: «Quedaré desterrada la *h* del alfabeto español, porque es una consonante muda siempre; pero en las voces en que

va seguida de *ue*, en las que la *u* se articula, llevará ésta la diéresis. Ejemplo ¡a! *cé alaja de ombre es mi üesped!*»

La desaparición de esta letra ociosa habrá sido suficientemente preparada por el manuscrito durante los dos períodos anteriores (reglas 9.^a del 1.^o, pág. 189, y 9.^a del 2.^o, página 311).

REGLA 3.^a Se pondrá en vigor la regla 10.^a del *Proyecto* (pág. 37) que dice: «Se desterrarán todas las mayúsculas, usando en su lugar minúsculas de un número mayor, y sólo después de punto final. Ejemplo: *no azen falta las mayúsculas, don Manuel.*»

Esta novedad no extrañará mucho después de su preparación en el 1.^o y 2.^o período (reglas 7.^a, pág. 187, y 7.^a, página 310).

En lugar de minúsculas de mayor cuerpo, se pueden emplear, si no se hallan formas apropiadas para todas, letras más gruesas, negritas, por ejemplo, y aun, si esto se cree preferible, las mismas minúsculas prendidas de guión ó raya y aun doble espacio.

REGLA 4.^a Se adoptarán definitivamente los signos indicados para la *a* y la *g*, y se fundirán los nuevos destinados á las compuestas *ch*, *ll* y *rr*. (Véase el alfabeto pág. 38).

Los dos primeros existen, al menos el de la *g* en algunas imprentas, para ciertos tipos, y habría que generalizarlo á todos los números. Los otros tres son enteramente nuevos, pero no ofrecerán la menor dificultad de lectura.

A fin de que se pueda juzgar del aspecto definitivo que tendrá nuestra escritura cuando sea fonográfica, transcribo á continuación el ya repetido trozo de un cuento de Trueba, con las tres ó cuatro ligerísimas variaciones que van indicadas en las notas, gracias á las cuales se presentan todos los casos en que hay innovación.

TROZO DE ESCRITURA EN ORTOGRAFÍA DEL 3.^{ER} PERÍODO Ó SEA EN FONOGRAFÍA (1). *los igos.*—el señor cura era afizona-

(1) Prescindo de los signos nuevos, que no existen en la imprenta; pero los indico empleando la cursiva. Como en el trozo del 2.^o período uso las negritas para sustituir á las mayúsculas.

dísimo a la fruta, i sobre todo a los igos. en la cima mas alta de una igera ce abìa en un extremo de su üerta cedaban unas cuantas dozenas de igos, ce no sabìa cómo cojer i ce eran rricísimos, pues rreunian las tres condiziones ce an de tener los igos buenos, es dezir, cuello de aorcado, rropa de pobre i ojo de biuda; o lo ce es lo mismo, el cuello ya paso, pelleja descebrajada i ojo llorando almibar.

cosa muí fázil, le dijo el ama; llame usted al chico de mari-juana, i berá usté cé pronto se planta acél en la cima i los coje todos; ce donde acél no suba no sube la ardilla mas lista del mundo.

—berdad es, contestó el señor cura; pero el tal pericillo tiene para eso un incombeniente, i es ce como es tan pillo i tan traga-fruta me ba a comer la mitá de los igos mientras coje la otra mitá.

el ama del señor cura, ce era lista como un demonche, encontró al instante modo de rremediar el incombeniente ce allaba el señor cura en balerse de pericillo para cojer los igos destinados a los pájaros del zielo, como los llama mistral, el poeta de probenza, a los igos ce cedan en la rrama mas alta.

—¡jesus, dijo, en cé poca agua se aoga usté, señor! ¿tiene usté mas ce ecsijir al chico que no deje de cantar asta enrroncezerse mientras coje los igos, i así no tendrá tiempo de comer uno siciera?

—¡pues es berdá! exclamó el señor cura. ¡cé cosas les ocurren a estas pícaras mujeres!

el ama del señor cura llamó a pericillo, i pericillo, tan despabilado y tan listo como siempre, corrió a ponerse a las órdenes del señor cura.

—bamos a ber, chicito, le dijo éste: ¿te atreberás a subir a acella cima i cojer todos los igos ce tiene?

—¡pues no me e de atreber! sí, señor. ¡concho i cé rricos son! añadió pericillo rrelamiéndose al ber los igos.

—pero, oye, le dijo el señor cura alarmado con la codizia ce los igos despertaban en pericillo: es indispensable ce mientras cojes los igos cantes sin zesar un momento.

—¿i cé ciere usté ce cante?

—lo ce a tí te parezca, con tal ce sea cosa buena. canta la letanía, la salbe, el credo; en fin, lo ce te dé la gana con tal ce cantes.

—está muí bien, señor.

pericillo se colgó del brazo una zestilla de asa, i en menos ce uno lo cuenta se plantó en lo mas alto de la igera i empezó a cojer igos, canta ce canta.

cería embaularse los mejores igos, pero para comer tenía que dejar de cantar, i así ce interrumpía el canto ya estaba el señor cura gritándole i amenazándole con un terron ce tenía en la mano.

cabilaba pericillo a ber si encontraba medio de jugársela de puño al señor cura, i al fin creyó aberlo encontrado. púsose a cantar un rresponso, i, naturalmente, al llegar al *pater-noster*, guardó silencio.

—¿cé es eso? le gritó el señor cura alarmado.

—ce estoi rrezando el padrenuestro, contestó pericillo con la boca llena de igos.

—rrezale cantando, condenado a muerte.

—¡ca, no señor! el padre nuestro le rreza usté siempre en boz baja.

el señor cura arrojó al suelo el terron ce tenía en la mano, i dijo, soltando una carcajada:

—¡ombre, por lo pillo se te puede perdonar el ce te comas la mitá de los igos!

la mitá de los igos no se comió pericillo; pero bamos, ce no se dió mala tripada de ellos mientras suponía rrezar el padrenuestro.

(TRUEBA.—*Abenturas de pericillo.*)

CAPÍTULO II

Sociedad de reforma ortográfica.

Expuesto ya el plan de reforma gradual que, á mi juicio, puede conducir mejor al planteamiento del *Proyecto de fonografía castellana*, tengo que decir algo acerca de la asociación

que juzgo de todo punto necesario crear, si este proyecto, como cualquier otro, no ha de caer en el olvido, y pasar, como los que le han precedido, sin producir ningún resultado práctico, ni aun dejar tras sí huella alguna.

Es bien evidente que nadie con más autoridad ni seguridad de éxito podría tomar á su cargo la rectificación de nuestra ortografía que la *Academia Española*. Si ella decretase de una vez, *auctoritate qua fungor*, la *fonografía*, planteada quedaría ésta sin ningún género de duda, á pesar de las protestas que en contra se levantarían al principio, protestas que por cierto no serían duraderas y se trocarían pronto en unánimes y permanentes aplausos.

Como tal cosa no hará la Academia, porque la mayoría, si no la totalidad de las respetables personalidades que actualmente la forman, profesan opiniones contrarias á las innovaciones en sentido fonético, según se desprende de las novísimas modificaciones que han hecho, es inútil detenerse en esta hipótesis. Por la misma razón tampoco podemos abrigar ninguna esperanza de que acepte el *plan de reforma gradual*, con que podría traernos la fonografía en tres plazos, sin exponerse, adoptando este medio, á las críticas y censuras francas y resueltas de nadie, ni siquiera un momento, porque las novedades planteadas de una vez en cada plazo son tan poco violentas, que apenas se comprende que tuviesen adversarios, dado sobre todo el beneficio que habían de reportar.

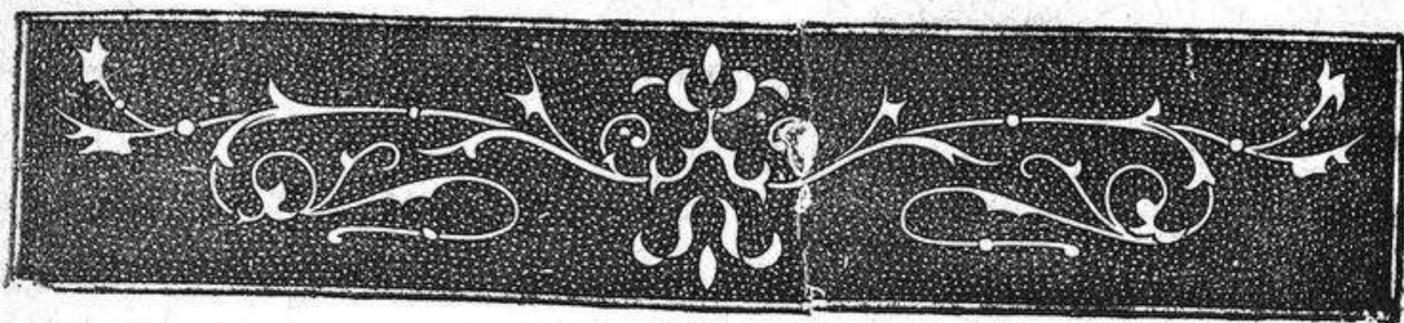
Si, pues, la reforma no ha de venir de arriba, será preciso que proceda de abajo, donde hay también fuerza y autoridad que hasta pueden superar en mucho á las de la Corporación Soberana, á condición, no obstante, de que se aunen los esfuerzos; porque es bien evidente que los conatos individuales nada pueden. Y de ahí la necesidad imperiosa de crear una *Sociedad de Reforma Ortográfica*, que, acometiendo con fe y decisión la tarea de propagar la fonografía para plantearla, bien de una vez, ó mejor gradualmente, excogite y ponga en ejecución los medios apropósito para lograrlo. Quizá en los comienzos no sea fácil reunir un fuerte núcleo de personas ilustradas á quienes apasione la idea de una re-

forma, cuya urgencia y aun necesidad no sienten; pero de tal magnitud son las ventajas de la fonografía y tan fútiles y deleznales los argumentos, todos conocidos y gastados, que á ella oponen sus enemigos, que basta parar mientes un momento con imparcialidad en la cuestión y enterarse de las muchas é irrefutables razones que en apoyo de aquella causa damos los que la defendemos, para ver con toda evidencia la luz de la verdad y alistarse como acérrimo partidario en el bando reformista. Por eso es de esperar que, una vez creado en Madrid el primer núcleo, y emprendiendo éste con decisión una campaña bien entendida, pronto irradiase y se fuese difundiendo el espíritu de reforma, no tardando en formarse en las provincias sucursales. Y unidos y en íntimo comercio estos centros por medio de la prensa (que si en todos los asuntos es elemento poderoso, para una empresa de esta índole, más que poderoso, sería vital) es de presumir que la ortografía tradicional diera al traste en no muy prolongado plazo, y que la Academia rindiese una vez más pleito homenaje al árbitro supremo de la lengua, al uso, cuya soberanía reconoce y acata ella en principio.

TOMÁS ESCRICHE Y MIEG.

(Concluirá.)





REVISTA DE TEATROS



UN suceso de gran importancia se ha verificado en esta última quincena, y ya comprenderán nuestros lectores que nos referimos á la apertura del regio coliseo, tan deseada por los amantes del *bell* canto que se posesionan de las alturas del paraíso, y no terrenal, y por los aficionados á exhibirse y cumplir con el exigente precepto de la moda, que excluye de su seno y arroja de su estadio á los que no inclinan la frente ante el dios poderoso del buen tono que los encumbra y enaltece por el solo hecho de figurar en el padrón de abonados al aristocrático y antiguo coliseo de los Caños del Peral.

Imposible nos es pintar el aspecto de la sala en la noche de la función inaugural, la belleza representada en sus múltiples manifestaciones, la riqueza ostentando sus valiosos atavíos, la política pintada al natural y la juventud entibiando sus naturales encantos con las ricas preseas del arte y de la industria moderna; y decimos que entibiaban sus juveniles resplandores porque una muchacha joven y bonita no necesita más que de sus encantos naturales, y la sencillez y la elegancia bastan y sobran para que sus atractivos luzcan como luce el

sol, sin pedrería ni trapos que oscurecerían sus más vivos y hermosos resplandores.

Todo aquel conjunto armado de punta en blanco, no con la acerada cota ni el pesado casco, sino con elegante frac y el flexible claqué, se preparaba no á combatir por su Dios y por su dama, sino á escuchar los acordes de la partitura de Wagner dirigida por el maestro Mancinelli é interpretada por la Arkel, la Sthal, Gayarre, Tabuyo y Navarrini, á diferencia de aquellos tiempos en los que nuestros padres, arrebuados en sus sendos karrics y redingots, acudían al prosaico teatro de la Cruz á escuchar de los labios de la Basoborio, de la Fanny Corripaltony, de Hunanue, Boticheli y Mayorotti los melodiosos acentos del *Belasario*, la *Norma*, *Il Furioso*, *Los Puritanos*, sazonados con algunos pasos de la Guy Stephan ó la Fuoco, acompañadas del célebre Athane y del correcto Manolito Casas. Entonces las óperas que se cantaban corrían en armónico son con aquellas costumbres y aquellos usos; hoy sucede lo mismo, y así nos lo probó la partitura del *Lohengrin*, que fué la elegida para la inauguración del antiguo salón de Oriente.

La vida de aquella generación se deslizaba en la apariencia tranquila, sin que los sucesos de Cádiz, los discursos de la Fontana, ni los sucesos del 7 de Julio, ni los del 43, pudieran con su aparente imperturbabilidad, y hoy se agitan nuestros contemporáneos y muchos se exaltan por lo más pequeño, se entusiasman por lo más insignificante y contemplan tranquilos de veras, y en la apariencia fuera de sí, al lado de un crimen horroroso, un idilio de amor; á la par de un desafío por un pretexto de honor político, un fraternal banquete para celebrar un fracaso, ó una velada literaria para cantar las excelencias de la disolución social, ó que la literatura, siguiendo las corrientes genuinas de la época, se presenta incolora, retratada en *Lohengrin* y en los dramas de Echegaray, y tanto en la una como en los otros, lo abigarrado, lo confuso, lo inmoral y lo antitético entusiasma y admi-

ra, y al terminar la ópera ó la leyenda musical, celebran á la Sthal, ponen en las nubes á Gayarre, discuten á la Arkel, esperan mucho de Tabuyo y confirman á Navarrini en la merecida opinión de reputado artista, y tributando elogios á Mancinelli, la orquesta y coros, confiesan que se han divertido y completan la noche en las últimas funciones de Lara, la Zarzuela, Apolo y Eslava. Una vez allí, olvidan las posturas académicas, cambian por completo de formas y se entregan con ferviente entusiasmo á contemplar las bellezas plásticas que dan realce á la sala, y como de paso, los chistes, ya que no la originalidad de las dos piececitas, que ni aun juguetes pueden llamarse, que con el título respectivamente de *Juicio de faltas* y *Entre parientes*, han medio escrito Flores García y Miguel Echegaray. Se jalean y se cantan y se bailan en el *Ole Sevilla* de Julianito Romea, y patean á su sabor el *Rey de los Mirlos*, al que el público de Eslava arrebató cetro y corona, y con el mismo procedimiento reciben en la Zarzuela y en Apolo la *Niña mimada* y *Pedidos á cuenta*, que suman en la crecida de los fracasos al por mayor, de los que esta vez se ha librado la Alhambra gracias á los señores Arniche y Lucía, que han fabricado un *Panorama nacional*, auxiliado con la música del maestro Brull, una buena decoración de los obligados Bonardi y Bussatto y una acertada interpretación por parte de la señora Parra y los Sres. Ferrándiz y Carreras.

Abandonados aquellos lares por los petimetres y damas del *tusón* de hogaño, se reparten no en las *leoneas* á *engarruchar*, mancebos, sino en los casinos, clubs, cervecerías y cafés, en los que mientras duerme el hombre pacífico, descansan los serenos y sueñan los guardias de ambos géneros, ellos, antes de saborear el clásico soconusco y prepararse para estudiar en el libro de las cuarenta hojas, comentan el éxito justo que ha obtenido en el Circo de Price la compañía Cereceda en la *reprisse* de *Carmen*, miran con ojos espantados las reminiscencias del melodrama que, representado por la *Abadía de*

Castro, muestra su lívida faz en Novedades, y contemplan con ademán despreciativo al histórico *Alcalde de Zalamea*, que mandando ahorcar á D. Alvaro de Ataide, se ha presentado para abrir las puertas del antiguo Corral de la Pacheca, dejando libre el campo al invicto y nunca bien ponderado *Don Juan Tenorio*.

Famoso héroe popular, del que no es posible decir más de lo que se ha dicho desde que Zorrilla le dió el ser y Carlos Latorre le imprimió movimiento, pero del que se puede muy bien decir aquello de *villanos, todos en él pusisteis vuestras manos*; porque efectivamente no ha habido cómico en lo antiguo, actor en lo moderno ni aficionado alguno que no haya interpretado á su sabor y antojo el legendario personaje, encarnación de la Edad Media y prototipo de los galanes antiguos y modernos, que ajustan á este patrón todos sus actos y toman como modelo de héroes de todos los tiempos, aunque la variación que éste lleva consigo haya cambiado con las costumbres y no quede rastro de aquellas tintas caballerescas que se dejaban traslucir al través de lo repulsivo del personaje, y que eran las únicas que le prestaban algo de la grandeza y brillantez que hoy produce la admiración de propios y extraños.

Escritores de gran fama han pretendido en la novela, en el drama y en la comedia presentar el Tenorio de hoy calcado en el de ayer, y preciso es confesar lo mucho que ha perdido con los años el inverosímil personaje, y que no han logrado los Don Juan de hogaño ni competir con el de antaño ni arrebatarle el color subido que tan bien le cuadra y que han acentuado más y más sus descendientes; porque si bien es cierto que hoy no existen claustros que se escalan, novicias que se roban, Doña Ana que se deja engañar, comendadores á quienes se desafia y amantes suplantados, á más de ser engañados como reses destinadas por su dueño al matadero, se encuentran á cada paso jóvenes inocentes que se escapan en la flor más de la infancia que de la juventud, que huyen del hogar paterno con su Adonis con biberón,

y no en un caballo blanco como aquella célebre Matilde de las Cruzadas, sino en un vagón de tercera, hasta que, no el Comendador indignado, sino el delegado del distrito, la trae al hogar doméstico, en el que no se muere de dolor ni de vergüenza, sino que recibe la bendición paternal gracias á la suegra en flor, que no quiere perder la ocasión de proporcionar á su futuro yerno más agónías que las que el célebre Don Juan *pasó junto al mármol de su bellísima Doña Inés*.

Tampoco existen, al parecer, padres que, cubierto el rostro con negro antifaz (á no ser el del disimulo), sigan á sus hijos hasta el hediondo chiscón de Butarelli; pero algunos habrá por ahí que pongan á sus infantiles Tenorios el cigarro en la mano á los ocho años, los vean sonrientes á los doce poner alguna peseta extraviada del acervo conyugal á una sota ó á un rey, tener novia á los quince, casarse á los diez y ocho, tener amigas á los veinte y los veinticuatro, no cantando como la Traviata ni exclamando como el héroe de nuestro drama, *que es el Dios de la clemencia el Dios de Don Juan Tenorio*, sino dudando de todo lo dudable, y sin dejar otro recuerdo ni otra historia que numerosa prole al cuidado de su *amante* mamá política, que se queda con el desconsuelo de no haberle clavado las uñas maternas, y sin haber podido pasar el *malogrado* joven del año preparatorio de derecho, medicina ó farmacia.

Claro es que ya no sale al paso Doña Ana que se deje engañar, pero sí se ven otras que mueren pletóricas de amor á la orilla del Manzanares, cerros de San Isidro ó en los Cuatro Caminos, Olimpos amorosos de los modernos tiempos, merced al filo del acerado puñal de su constante galán ó de su desdeñado amante, si no víctima de la inclemente cápsula del moderno revólver, dándose el caso de que el entusiasmado Amadís unas veces yerra el tiro que destinaba para sí, quedándose en este pícaro mundo, ó bien otras, si es *habido*, estrena el moderno Jurado ó se convierte en protagonista del juicio oral.

No sé yo si se extinguió la raza del célebre Comendador suegro; bien podrá ser, pero aún quedan restos que, en vez de recibir la estocada de su futuro yerno, le ven sereno contemplando desde las alturas de un kilométrico caballo inglés dos suntuosos carruajes que atraviesan al mismo tiempo por una de las calles más céntricas de la capital: uno conduce á la legítima esposa, otro á la segunda que legitima la moda; los tres se muestran indiferentes, al parecer, y los tres comen de la olla grande, es decir, de la del Comendador suegro, que dice para su capote: *Nunca, nunca. ¿Tú su esposo? Primero la mataré;* pero no la mató entonces, sino que le dió una pingüe dote, á cuyo seductor sonido exclama el Don Juan yerno:

Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,
no hay hembra á quien no suscriba,
y á cualquier empresa abarca
si en oro ó valor estriba.

Esto decía el Don Juan antiguo, esto repite el moderno, y nosotros nos contentamos con tomar el tiempo conforme viene y dar á cada época lo que es suyo, imitando la resignación evangélica de *El Cura de Longueval*, que este año, como el anterior, ha tenido en el Teatro de la Comedia un digno intérprete en Mario, admirablemente secundado por la Srta. Guerrero, que es ya una perfecta actriz, sin dejar nada que desear las Sras. Bernal y Guerra y los Sres. Balaguer, Montenegro y García Ortega, que nos hicieron disfrutar de los apacibles encantos que proporciona la vida de la aldea, sin ambiciones, mentiras y pasiones bastardas, y sin Tenorios de ayer ni Mejías de hoy.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

LUCHAS PARLAMENTARIAS



OMENZARON los debates políticos con la llamada cuestión económica, en el Congreso de los Diputados. No es cosa baladí: es asunto que envuelve la libertad de la regia prerrogativa, colocada hoy en cierto modo por el Sr. Sagasta en la imposibilidad de realizar un cambio político, que habría de encontrarse sin presupuestos y en una situación económica deplorable.

El exministro conservador Sr. Romero Robledo preguntaba el 29 de Octubre, no por curiosidad pueril, sino por necesidad de la política, cómo entiende el Gobierno el precepto constitucional respecto de la vida legal de las Cortes, y si cinco legislaturas han de durar cinco años, constituyendo cada año parlamentario una legislatura. En su concepto debe aclararse la cuestión, para que las oposiciones y el País lo sepan, porque si el término legal de las Cortes es por años y concluye el año 1891, no hay prisa para la discusión del sufragio universal. También preguntó qué se propone el Gabinete en lo que falta de las actuales Cortes, cumpliendo sus deberes de gobierno y el programa del partido liberal, pues si se discute y vota rápidamente el sufragio universal, las Cortes actuales habrán concluido sus tareas. Añadió que las minorías están dispuestas á facilitar la legalización económica y la discusión del sufragio.

Pero el Presidente del Consejo de Ministros contestó lo que ya se esperaba, es decir, que él cree que los Diputados son elegidos por cinco años solares. De este importante debate sobre la legislatura y su término debe tomarse nota, así como de la intervención de la minoría republicana, decidida y nuevamente interesada en favor de un Gobierno incapacitado para resolver ningún asunto financiero, Gobierno que, en épocas absolutamente tranquilas y aun normales, presenta los presupuestos con una tardanza de que no hay ejemplo, y todo á causa de las inconciliables tendencias de una mayoría desquiciada.

Con objeto de legalizar en breve plazo la situación económica, se levantó el Sr. Cánovas del Castillo y propuso, como transacción, el mismo medio indicado por el Ministro de Hacienda, á saber: que se diese carácter legal á los presupuestos vigentes, á fin de que rigieran durante el año económico de 1890 á 1891, para el caso de que los nuevamente reformados no pudiesen aprobarse antes de 1.º de Abril. Así pareció entendido y convenido por una y otra parte, cuando el incidente de las cuartillas vino á dar al País la medida de la seriedad de un Ministro y de una palabra, al parecer, claramente empeñada. Al día siguiente, quiso el Sr. D. Venancio González no haber dicho lo que todos habían entendido, consignando que no se podía convenir ni pactar nada con las oposiciones respecto de los asuntos que deben discutirse con preferencia, porque esto sería invadir las atribuciones de la Mesa..... y que, respecto de las cuartillas taquigráficas, éstas pertenecen al orador hasta que las publica el *Diario de las Sesiones*. Perfectamente.

Nada importó que el Sr. Romero Robledo demostrase que el Gobierno se parecía al muerto resucitado, que nunca sabe dónde está ni se acuerda de lo dicho la víspera; nada importó reiterar que no se trataba de discutir el presupuesto de 1889-90 ni el de 1890-91, sino de una cuestión política planteada por el Gobierno, la cuestión de dejar ó no en libertad la regia prerrogativa. El Gobierno estaba decidido á prolongar el conflicto en que ha colocado á la Corona. Muy bien puso el Sr. Cánovas del Castillo los puntos sobre las íes, diciendo:

«Realmente parecía que no nos entendíamos, que no podíamos llegar á ningún acuerdo, aun no tratándose de una cuestión no difícil ni ardua, y con ese objeto me levanté, accedí á todo lo que quiso el Sr. Ministro de Hacienda; por no haber tenido el honor de escucharle se lo concedí todo provisionalmente, para venir á parar en que lo menos que me parecía que el Sr. Ministro de Hacienda había aceptado, era el discutir el presupuesto de 1889-90 en una forma breve, que era tan constitucional como la forma más solemne, con el objeto de darle toda la autoridad que deben tener las leyes de Presupuestos. ¿Qué hay de inconstitucional?

»Y aquí debo advertir, Sres. Diputados, ya que estoy en el uso de la palabra, que yo no soy bastante nuevo, ni bastante cándido, por consiguiente, en la política, para haber creído nunca que el Gobierno tenga prisa por que se apruebe un presupuesto que, siendo susceptible de prolongación constitucional, deje expedita en los últimos meses del año económico la regia prerrogativa. Yo no he creído nunca eso; pero lo oí decir; me dijeron que se trataba de eso; me lo dijeron con suficiente formalidad y autoridad para que yo debiera creerlo; y entonces contesté á los que sobre esto me hablaron y preguntaron, que la cuestión era de una resolución fácil; que si empezábamos á discutir un nuevo presupuesto, un presupuesto antes de comenzar su ejercicio, tendríamos necesidad de examinarlo ampliamente bajo todos sus aspectos, y que en esas discusiones se han invertido siempre algunos meses desde que existe régimen parlamentario en España; que una discusión de tres meses ó de tres meses y medio nos llevaría á tiempos en que, ocurriera lo que ocurriera en el País, sería imposible cambiar el Ministerio, porque sería imposible cambiar la mayoría; pues las Cortes existirían obligatoriamente para todo el mundo, y de esta suerte podría decirse, con harta más razón que se ha dicho en otras ocasiones, que no quiero recordar para no agriar el debate, que la prerrogativa regia estaba confiscada; y para evitar eso que parecía que era lo que se temía que ocurriera en algún momento difícil, como aquellos que tuvieron lugar, por ejemplo, cuando la Corte estuvo en Aranjuez hace pocos meses, si se quería que hubiera un presupuesto prorro-

gable, era preciso discutirlo con más ó menos brevedad y votarlo; porque de otra suerte, el art. 85 de la Constitución no hace prorrogable el presupuesto. De esto era de lo que se trataba; de tener un presupuesto prorrogable para el caso de que, tardándose en la discusión del presupuesto que se presentara, llegara un día en que la regia prerrogativa estuviera, no diré ya confiscada, usaré términos más modestos, pero estuviera en la absoluta imposibilidad de ejercerse.

»Hé aquí mis frases: «Paréceme, pues, que no debemos hablar ya más de este particular, y que debemos quedar.....» Esto lo decía yo como resumen de lo que antes se había dicho, parte oído por mí mismo, parte referido por mis amigos, «....y que debemos quedar en que mañana presentaremos nosotros una proposición dando toda la fuerza y la autoridad de tal ley de Presupuestos al estado económico actual.» Es decir, haciéndolo prorrogable. ¿Qué dificultad constitucional había en hacerlo prorrogable? Pues si las dos Cámaras, en su alta sabiduría, con la sanción de S. M. la Reina, quisieran tener el mismo presupuesto diez años, ¿en qué atacarían esto la Constitución del Estado? Sin la autoridad de las Cortes claro está que un presupuesto no puede prorrogarse más que una vez; pero por el voto de las Cortes podría prorrogarse diez veces, si eso fuera compatible con las necesidades públicas. No lo es ni lo será, porque de esa manera no se atendería á las nuevas necesidades; pero en el aspecto constitucional, ¿qué duda ofrece esto? Por consiguiente, yo, sin ser el inventor de aquel estado de cosas, acogí con una frase que respondía á una realidad constitucional el estado de la discusión.»

Conocido el pensamiento del Gobierno, y bien clara la situación de la mayoría y de las minorías, el debate llamado económico quedaba terminado.

*
* *

Se discute todavía en la alta Cámara la interpelación iniciada el día 11 acerca de los famosos manejos del Ayuntamiento de Madrid.

El Senador reformista Sr. Bosch empezó recordando la fe-

cha de 22 de Mayo, en que se desarrolló el vergonzoso motín contra la majestad del Parlamento, del que el Gobierno hizo cómplice á la Reina, llevando á Palacio el decreto dando por terminada la legislatura y despojando de su investidura al Presidente de la Cámara, que debía su puesto al voto del Parlamento.

«La mayoría que apoya al Gobierno—dijo—queda reducida á D. Práxedes Mateo Sagasta, á un hijo de D. Práxedes Mateo Sagasta, á un hermano suyo, á su consuegro, á los sobrinos, parientes y tertulios de D. Práxedes Mateo Sagasta. Así, Sres. Senadores, cuando se diga se abren las Cortes, podrá decirse con propiedad: se abre el Sr. Sagasta. Creemos de nuestro deber el ejercicio del derecho de fiscalización que nos asiste, y estimamos que las verdades deben entrar en la cabeza del Gobierno, como los clavos en la madera, á fuerza de golpes.»

Culpó al Gobierno de esparcir en la esfera administrativa la nube de la inmoralidad, y censuró á los Sres. Sagasta y Vega Armijo por haber faltado á sus deberes morales huyendo del Ayuntamiento de Madrid para echar luego las responsabilidades sobre sus amigos de segunda y tercera fila, y nada más que sobre ellos.

Encauzó su fácil y elocuente palabra para demostrar que el expediente de la suspensión de los Concejales de Madrid es prototipo de la arbitrariedad gubernativa. Calificó la Memoria del Gobernador de obra de un literato que se ocupa de administración por afición y no por oficio. Censuró las vaguedades que contiene é hizo notar su ineficacia, que corrigió la Real orden de 1.º de Agosto, que fué seguida de la suspensión de las Comisiones de obras, consumos y ensanche. Encomió, como modelo de discreción, el voto particular del Consejero de Estado D. Miguel Martínez Campos, que cumple sus deberes por conocimiento reflexivo. Explicó la dimisión de este distinguido funcionario por algún escrúpulo ó preocupación, y afirmó que el Gobierno no debía admitirla, y mucho menos en forma desusada.

El Gobierno—decía—se indignó, sin duda, de que el señor Martínez Campos, poniendo los dedos en la llaga, llevase las

cosas contra el Presidente del Ayuntamiento. El Gobierno, queriendo salvar del ojeo al Alcalde, le admitió su excusa en términos muy lisonjeros. ¿Cómo es posible que haya un Alcalde bueno al frente de un Ayuntamiento malo? ¿Cómo es posible esta situación del Alcalde, cuando hay Concejales suspensos y procesados, y se exigen graves responsabilidades á empleados subalternos de la Administración municipal?

Recordó los cumplidos elogios que el Ministro de la Gobernación hizo de los Concejales de Madrid al contestar en época no lejana á una interpelación contra la administración y recaudación de consumos, elogios que más tarde se han convertido en suspensión y proceso. Citó un caso en que el Ministro de Hacienda se convirtió en Ordenador de pagos del Ayuntamiento de Madrid, en virtud de una Real orden de Febrero de 1888. Calificó de ilegal al actual Ayuntamiento, que no cuenta con el número de Concejales, y tiene en su seno, y con el carácter de Síndico, al Sr. Gómez Parreño, que hasta fin de Diciembre no reunirá las condiciones de la ley de Mellado.

Censurando la constitución del Ayuntamiento interino, hizo notar el nombramiento de Concejal de D. Andrés Tavira, que no pertenece al mundo de los vivos; dijo que la situación del Ayuntamiento de Madrid no es una excepción en España, é hizo una pintura del estado de la administración pública, diciendo que en todas partes estaba quebrantada y rota, atribuyendo este mal á la política del Gobierno, y especialmente del Sr. Sagasta, el más musulmán de los españoles ó el más español de los musulmanes.

El discurso del Sr. Bosch y Fustegueras fué, según su propia afirmación, no más que un prólogo de lo que piensa decir, y un prólogo bien hecho, en el cual esbozó ligeramente, y con su elocuencia de siempre, las materias de que ha de ocuparse y los argumentos que ha de ampliar en las que llamó, con gran hilaridad del auditorio, «conferencias».

Hábilmente aludidas por el Sr. Bosch tomarán parte en este interesante debate otras altas personalidades dispuestas á hacer entrar en razón al Gabinete del Sr. Sagasta.

* * *

Llegan á última hora los ecos del discurso del señor Duque de Tetuán, discurso lleno de vigorosas censuras y de justificadísimos anatemas contra la fatal política que aún impera. La primera parte de dicho discurso es un examen severo, pero justo, de los actos de los Ministros en relación con el Ayuntamiento de Madrid y con la inmoralidad, que es el vicio que consume al fusionismo; la segunda parte es una crítica implacable contra la desacertada jefatura del Sr. Sagasta. Niega que el partido liberal esté en el poder, afirmando que lo que vemos es simplemente un grupo sagastino, sin centro, derecha ni izquierda. Y si no, véase dónde están los señores Martínez Campos, Gamazo, Martos, Marqués de Sardoal, Camacho, Contralmirante Beránger, Maura, General Cassola y otros personajes dentro de lo que fué su partido.

Tales declaraciones tendrán indudablemente resonancia. Cree el Sr. Duque de Tetuán que ha fracasado esta política sagastina; dice que no debe el Presidente del Consejo seguir nutriéndose del jugo de la Monarquía, afirmando que, con presupuestos ó sin presupuestos, pues el caso urge, está obligado el Sr. Sagasta á presentar á la Reina la cuestión de confianza, para ver si le confirma los poderes ó se los retira, como entiende el Duque que debe ocurrir.

La batalla se generaliza. Veremos cómo se defiende el Gobierno más indefenso y débil, pero el más tenaz y aferrado de todos los habidos.

Y al mismo tiempo que menudean las descargas cerradas en el Senado, ha comenzado en el Congreso la discusión del sufragio universal, como por sorpresa, con asistencia de seis Diputados y los hujieres y maceros. Es otra prueba de entusiasmo por la reforma democrática, según lo ha hecho observar brillantemente el Diputado conservador Sr. Domínguez. ¿Qué dirá D. Emilio?

El Sr. D. Alejandro Pidal se encargará muy pronto de demostrar el valor de esos últimos jirones que quedan á la multicolor bandera con tanta sinceridad defendida por el Sr. Conde de Xiquena, dulcemente unido al Sr. Canalejas y compañía.

A.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

L'avenir de la Métaphysique, por ALFREDO FOUILLÉE.—
Paris, Félix Alcan, editor, 1889.—En 4.º, 304 páginas. Pre-
cio: 5 pesetas.

En una obra anterior demostró Mr. Fouillée la crisis que atraviesa la moral; la metafísica sufre otra análoga y no menos digna de atención. Existe en nuestra época marcada tendencia á quitar importancia á la metafísica; quién la cree poesía de orden superior, quién simple consecuencia de la moral, quién religión individual en la que á los mitos reemplazan los símbolos abstractos. Prueba el autor de la excelente obra que examinamos que la metafísica es imperecedera, porque es el complemento necesario de la ciencia y de la moral positivas; pero, según él, la metafísica debe ser de aquí en adelante una especulación fundada en la experiencia, concepción nueva que va prevaleciendo en los diferentes países. Al determinar las relaciones exactas de la metafísica con la ciencia, la moral y la religión—problemas de suma importancia,—se mantiene el autor á igual distancia de los positivistas, criticistas y dogmatistas. Esforzarse, por inducción, en reconstruir el universo en sus rasgos esenciales, cuidando de que esta reconstrucción esté de acuerdo en su conjunto con los resultados más generales de las ciencias

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

objetivas y con los datos primordiales de la conciencia, no será ya construir «palacios de ideas» en la región movediza de las imágenes.

*
*
*

Pablo y Virginia, por BERNARDINO DE SAINT-PIERRE, seguido de *La cabaña india*. Traducción de D. Torcuato Tasso Serra.—Barcelona, 1889.—En 8.º, 248 páginas con grabados. Precio: 1 peseta.

Nada hemos de decir de una obra tan popular por sus bellas condiciones literarias. Bástenos indicar que D. Torcuato Tasso Serra, inteligente director de la acreditada *Ilustración* de Barcelona, ha hecho una versión fiel y correctísima, en la que aparecen de realce todas las filigranas del original. Traducciones así son las que necesitamos, y los que conozcan las múltiples dificultades que ofrecen, no extrañarán que enviemos cordialísima enhorabuena al Sr. Tasso. Su hermano, el notable tipógrafo D. Luis, ha impreso con *amore* la preciosa obrita, que forma un volumen pulcro, hermoso y elegante.

*
*
*

Education et Héredité. Estudio sociológico, por MR. GUYAU.—París, Félix Alcan, editor, 1889.—En 4.º, 304 páginas. Precio: 5 pesetas.

Entre el poder que ciertos pensadores atribuyen á la educación y otros á la herencia existe una antinomia que domina toda la ciencia moral y aun la social, porque el moralista y el político resultan impotentes si no es dable remediar los efectos de la herencia. Mr. Guyau introduce en el problema un elemento nuevo, cuyo estudio interesa muchísimo: la *sugestión*. Para él la sugestión neuropática no es más que la exageración de hechos que pasan en el estado normal, y la educación misma es un conjunto de sugestiones sistemáticas. Otro punto de vista, original del autor, es lo que llama la alternativa de educación, análoga á las variedades de cultivos. Profundiza con notable acierto los principales problemas de la educación física, moral, estética y científica en los conceptos de la nacionalidad y de la raza. Por la altura del pensamiento y la elegancia del estilo corona esta obra dignamente la serie de grandes producciones sociológicas del joven filósofo.

—
El mismo acreditado editor Mr. Alcan ha publicado el interesante libro *La Psychologie de l'Effort et les Doctrines contemporaines*, por A. Bertrand, profesor de Filosofía de la

facultad de Letras de Lyon (precio: 2,50 pesetas). Su principal objeto es describir el papel del esfuerzo y de la voluntad en nuestra vida mental y poner en claro la iniciativa no bien conocida del entendimiento en los fenómenos psicológicos y hasta fisiológicos. Aunque el autor se declara partidario de la escuela experimental, mantiene los derechos de la conciencia.

*
* *

Elementos de la teoría de las formas, por D. LUIS OCTAVIO DE TOLEDO Y ZULUETA.—León, 1889.—En 4.º, 173 páginas. Precio: 6 pesetas.

Acerca de la teoría de las formas se han publicado obras fundamentales, en las que constan los principales trabajos de los matemáticos contemporáneos sobre esta importante rama del álgebra moderna; pero no existía ninguna de carácter elemental que sirviera para los alumnos de las Universidades y escuelas especiales. Este vacío lo ha llenado magistralmente con su libro el docto catedrático D. Luis Octavio de Toledo. Si la índole de este *Boletín* lo permitiera, examinaríamos detenidamente tan concienzuda y útil producción, que demuestra el claro entendimiento de su distinguido autor.

*
* *

Colección de escritores castellanos. Historia de las ideas estéticas en España, por D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. Tomo IV (siglo XIX), volumen II.—Madrid, 1889.—En 8.º, 369 páginas. Precio: 4 pesetas.

Tan importante como los anteriores es este volumen de la magnífica obra del ilustre y sapientísimo académico Sr. Menéndez Pelayo, prodigio de talento y de erudición. Prosigue la reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XIX, y estudia admirablemente la cuestión en las naciones de Inglaterra y Francia. La justísima é inmensa fama de que disfruta el autor nos exime de elogios que, por entusiastas que fueran, habían de parecer escasos á quien lea la producción objeto de estas líneas.

*
* *

Al pie de la torre Eiffel, por EMILIA PARDO BAZÁN.—Madrid, La España Editorial, 1889.—En 8.º, 299 páginas. Precio: 1,50 pesetas.

Este volumen, al que seguirá otro muy en breve, es una crónica interesantísima del gran certamen de París. La ilustre escritura luce en su último trabajo todas las cualidades

eminentes que en ella concurren: el lector, embebecido por las mil bellezas que esmaltan tan precioso libro, no lo deja de la mano hasta llegar, con pena, á la última de sus páginas. Sería difícil decidir cuál, de las diez y nueve cartas que lo forman, es más admirable.

*
**

El millón del tío Raclot, por E. DE RICHEBOURG.—*Madrid, La España Editorial, 1889.*—En 8.º, 308 páginas con 150 grabados. Precio: 4 pesetas.

Novela de mucho interés, de trama sencilla que emociona y despierta en el lector la curiosidad. Raclot es un usurero encubierto que arruina á sus convecinos, pobres aldeanos, y más tarde ve deshecha la fortuna que formó con sus torpes especulaciones. El libro es sumamente moral, como cuantos hasta ahora ha repartido *La España Editorial*.

*
**

Otras publicaciones.—El distinguido abogado de la Habana D. Francisco Carrera acaba de dar á la estampa, en primoroso volumen, un concienzudo trabajo que titula: *Exposición en cuadros sinópticos del derecho civil español*. Dicha obra ha sido, con harta justicia, declarada útil para la enseñanza.

Derecho consular de España, por D. Eduardo Toda y Güell. Obra muy interesante que publica el Ministerio de Estado.

Ideas generales del cultivo de la vid. Folleto que honra á su ilustrado autor D. Manuel García.

Los editores de París Sres. Gauthiers-Villars han repartido el quinto cuaderno del *Tratado enciclopédico de fotografía*, por Carlos Fabre, doctor en Ciencias. Con aquél termina el tomo primero de esta magnífica obra, que se ha de componer de cuatro volúmenes, y será seguramente la más extensa y notable que haya sobre fotografía. Las condiciones materiales son también inmejorables, como cumple á la fama de los que la editan.

D. Felipe Romero Gilsanz, bibliotecario de la Sociedad de Valladolid «Círculo de Recreo,» ha publicado un catálogo, cuidadosamente hecho, de las numerosas obras que hay coleccionadas en aquel culto centro.

R. A.



El Sr. D. Manuel Lorenzo D'Ayot ha resuelto abrir un concurso nacional de obras teatrales, costeado por su bolsillo particular, y se propone hacer representar las mejores obras que resulten premiadas y aceptadas por un Jurado nombrado al efecto, por una compañía especial.

El concurso queda abierto desde la publicación de este prospecto.

Las condiciones son las siguientes:

- 1.º El número de obras será ilimitado.
 - 2.º Quedan excluidos del concurso, en absoluto, cuantos autores hayan dado ya algunas obras al teatro.
 - 3.º Se admitirán, desde la tragedia hasta el sainete, todas aquellas obras que no revistan el carácter pornográfico grosero y vulgar que hoy desgraciadamente priva.
 - 4.º El certamen durará tres meses, á contar desde la fecha, es decir, desde el 1.º de Noviembre hasta el 1.º de Febrero.
 - 5.º Compondrán el Jurado personas competentes, pero ajenas en absoluto á toda clase de cábalas teatrales.
 - 6.º Las obras deben presentarse sin nombre de autor, que irá en pliego aparte, sobre el cual ha de ir escrito el título de la obra; acompañará al nombre del autor las señas de su domicilio.
 - 7.º Los primeros premios consistirán en un objeto de arte suntuario y la representación inmediata, con perfecto pago de derechos de autor, conforme lo marcan las leyes vigentes, para la mejor obra trágica, que sea considerada por el Jurado como la primera del concurso; una corona de plata para la segunda obra que sea digna de seguir á la anterior, teniendo esta obra, como la precedente, el mismo derecho de representación.
- Todas las obras que sean consideradas como buenas, serán representadas por turno hasta el número de cuarenta.
- 8.º El concurso volverá á abrirse anualmente hasta la consumación del repertorio que tenga la compañía.
 - 9.º El resultado del concurso se hará público el 2 de Febrero de 1890.
 10. Una vez terminado el concurso, empezarán las representaciones inmediatamente.
 11. Los manuscritos deben de dirigirse á D. Manuel Lorenzo D'Ayot, calle de las Huertas, núm. 49, principal, Madrid, en cuyo domicilio se halla establecido el Jurado.
 12. El fallo del Jurado será inapelable, una vez publicado.
 13. Los autores conservarán siempre la propiedad de sus obras.

El Secretario del Sr. D'Ayot,

GONZALO MARTÍNEZ MORATILLA.